

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

Amor auténtico

Karen Rose Smith

360 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $10.00

Amor auténtico

Karen Rose Smith

1º de la Serie ¿Aceptas a este extraño?



HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

360 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $10.00

Amor auténtico

Karen Rose Smith

Amor auténtico (1999)
Título Original: Wealth, power and a proper wife (1998)
Serie: 1º **¿Aceptas a este extraño?**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1047
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Christopher Langston y Jenny Langston

Argumento:

Su vida era perfecta, o al menos eso creía el millonario Christopher Langston. Pero eso era antes de que la dulce Jenny perdiera su memoria… y todo recuerdo de los votos que hizo al casarse.

Ahora, la desconocida que sostenía en sus brazos, despertaba nuevos sentimientos en el frío corazón de Christopher, emociones que siempre había evitado. Si Jenny recuperaba la memoria, y con ella los secretos que antes mantenía ocultos, ¿moriría su amor recién encontrado? ¿Saldría a la luz su verdadera pasión?

Prólogo

10 de abril

Christopher Langston empujó la puerta de su dormitorio con un mal presentimiento. Al entrar en su casa y sentir en ella un vacío inhabitual, su corazón se había puesto a latir con más rapidez. Esa noche había vuelto a perderse la cena debido a una reunión de última hora. A veces, Jenny trabajaba en su despacho de la planta baja hasta que él llegaba a casa. Pero sólo encontró oscuridad y silencio abajo, y asumió que su esposa se habría ido a la cama. Estaba decidido a despertarla para averiguar qué le pasaba últimamente; llevaba meses rehuyéndolo. La pasada noche, después de que le hablara del viaje de dos meses que le habían propuesto hacer a Europa, se quedó demasiado callada… incluso para ser ella.

Cuando entró en el dormitorio, su pecho se contrajo al ver la enorme cama adoselada vacía, aún perfectamente hecha. Recordó las dos últimas llamadas telefónicas anónimas de las últimas semanas, una un fin de semana, otra a última hora de una tarde… y el día que sorprendió a su mujer susurrando junto al auricular. Pero colgó enseguida, diciendo que era un vendedor. Él quiso creerla, porque hacer lo contrario habría resultado demasiado doloroso.

Miró a su alrededor y vio un sobre blanco en el tocador, apoyado contra una foto tomada cuatro años atrás, el día de su boda. La contempló. El precioso pelo negro de Jenny contrastaba con el velo blanco y el vestido. Él se estaba apartando su pelo rubio de la frente en el momento en que el fotógrafo tomó la instantánea.

¿Qué les había pasado?

Tomó el sobre, que tenía su nombre escrito en la parte delantera. Con el corazón latiéndole cada vez más deprisa, lo abrió.

Christopher:

Tengo que irme unos días. No podrás localizarme. Trata de comprender; por favor.

Jenny

La rabia se acumuló en su pecho, seguida por un sentimiento de traición que nunca había imaginado poder sentir. Un pensamiento lo atormentaba mientras descolgaba el teléfono; su mujer había huido con otro hombre.

Primero la encontraría.

¿Y luego?

¿Podría perdonarla alguna vez? ¿Querría ella que la perdonara?

La rabia volvió a surgir, apartando el dolor a un lado.

14 de abril

La lluvia golpeaba con fuerza el parabrisas del coche mientras Jenny conducía con cuidado por la ondulante carretera. Unas horas más y estaría de vuelta en Connecticut, con Christopher. Lo amaba tanto… Lo amó desde el momento en que lo conoció, en la fiesta de graduación de su universidad. No importó que fuera siete años mayor que ella. O que tuviera mucha más experiencia. Sin embargo, nunca estuvo absolutamente segura de sus sentimientos.

Desde luego, no había duda de la química que existía entre ellos.

Pero Christopher siempre mantuvo una parte de sí reservada y, desde el momento en que le propuso matrimonio, Jenny se preguntó si quería casarse con ella por auténtico amor, o porque era socialmente aceptable y una esposa adecuada para su posición de director de su empresa financiera en West Hartford.

Todo lo que siempre quiso fue agradarle y hacerlo feliz. Pero durante el último año eso había parecido imposible. Y durante los últimos siete meses…

Pensó en el hombre que la había abrazado hacía poco menos de una hora. Había llegado a conocerlo en tan poco tiempo… Y ahora debía enfrentarse a Christopher y contarle la verdad.

De pronto, una ráfaga de tormentoso viento zarandeó el coche a la vez que las ruedas entraban en un profundo bache. El volante se deslizó de entre sus dedos y el coche viró con violencia a su derecha, abalanzándose directamente hacia unos altos árboles.

Capítulo 1

19 de abril

Christopher se pasó la mano por el rostro y la incipiente barba, pensando que debería haberse cambiado y afeitado. Llevaba cinco días sentado junto a la cama de Jenny en la UVI, mirándola… rezando… esperando que despertara del coma, atormentado porque aún no sabía a dónde había ido o qué había estado haciendo antes del accidente.

Había recibido la llamada tras cuatro días de agobiante espera y búsqueda, cuatro días durante los que había sentido más rabia y frustración que en toda su vida. Pero entonces la policía del estado le notificó que el coche de Jenny se había salido de la carretera y había chocado contra un árbol y que la habían llevado a un hospital en Binghamton, Nueva York. ¿Qué diablos hacía su mujer en una carretera secundaria del estado de Nueva York?

No debía hacer la pregunta y no debía preocuparse por la respuesta. Mirando a Jenny, su pelo negro contra el blanco de la almohada, la palidez de su rostro, su frente, marcada por una hilera de puntos en el nacimiento del pelo, lo único que quería era que despertara y le sonriera de nuevo como solía hacerlo. Odiaba verla sujeta a todos aquellos tubos y cables. Las enfermeras acudían cada hora para comprobar sus constantes vitales y observar indicios neurológicos de cualquier posible cambio. También iba un fisioterapeuta a mantener en buen estado sus músculos.

Se había ocupado de que tuviera lo mejor.

Especialmente consciente de ella tras varios días esperando ver algún indicio de recuperación, Vio de repente que sus dedos se movían sobre la sabana. Entonces, milagrosamente, su brazo se movió. Christopher contuvo el aliento mientras ella volvía el rostro hacia el y abría sus ojos azules.

—Jenny, Jenny —susurró—. ¿Puedes oírme?

—¿Dónde… dónde estoy?

—En un hospital en Binghamton. Sufriste un accidente…

—¿Binghamton? Pero estaba en mi graduación… ¿Cómo he llegado a Binghamton? ¿Y tú… quién eres? ¿Dónde está mi madre?

Christopher se quedó helado, y supo que algo terrible había sucedido. Aunque tal vez se tratara de algo pasajero.

—Jenny, soy yo. Christopher. Sé que tengo que afeitarme…

Ella lo miró con curiosidad.

—No te conozco. No entiendo qué hago aquí —trató de erguirse y al hacerlo, los cables y tubos a los que estaba sujeta se tensaron y el monitor pitó a la vez que ella se llevaba la mano a la cabeza y cerraba los ojos.

Christopher pulsó el botón de aviso tres veces seguidas.

—Túmbate hasta que venga el doctor, Jenny.

El contacto de la mano de Christopher en su cuerpo, apenas cubierto por un fino camisón, fue eléctrico. Abrió de nuevo los ojos y lo miró, confundida.

—¿Quién eres? —repitió.

Christopher comprendió que necesitaba algo más que un nombre.

—Soy tu marido.

La expresión de confusión dio paso a otra de conmoción. En lugar de volver a tumbarse, como Jenny habría hecho, dijo con voz temblorosa:

—Llama a un médico, por favor. Ahora mismo.

Christopher estaba acostumbrado a dar órdenes, no a recibirlas Pero cuando entró una enfermera, hizo lo que Jenny había pedido.

Una hora después, aún caminaba de un lado a otro del pasillo, mirando de vez en cuando la puerta de la habitación en la que el médico examinaba a su esposa. Estaba a punto de entrar para ver qué sucedía, cuando vio un rostro familiar acercándose por el pasillo.

Luke Hobart era su primo, pero, sobre todo, era su amigo. Luke, otro primo, Jud, y él habían pasado muchos veranos juntos en el rancho de su tío en Tejas. Christopher no hablaba con su primo Jud ni lo veía tanto como le habría gustado, sobre todo desde que Jud se había hecho cargo del rancho Star Four, pero Luke vivía cerca de West Hartford y se las arreglaban para verse siempre que podían. Había mencionado que se pasaría por el hospital para ver qué tal iba Jenny. Christopher se alegraba de que hubiera ido.

Los vaqueros y la cazadora vaquera de Luke no daban ningún indicio de la multimillonaria fundación familiar que dirigía. Cuando estuvo junto a su primo, le palmeó la espalda.

—¿Qué tal está?

—Acaba de despertar. El médico la está examinando.

Luke sonrió.

—¡Eso es estupendo! ¿Podrá volver a casa pronto?

—No sabe quién soy, Luke.

—¿Qué quieres decir con que no sabe quién eres?

Christopher metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—No sabe cómo me llamo. ¡No sabe que soy su marido!

—No hablas en serio… la amnesia sólo existe en las películas. ¿Crees que trata de ocultar…?

En ese momento, el médico salió de la habitación con expresión seria.

Christopher sabía que Luke había estado a punto de expresar en palabras lo que él mismo sospechaba. Miró al médico, buscando las respuestas que necesitaba.

—Señor Langston, vamos a la sala de espera, donde podremos hablar con tranquilidad.

—Podemos hablar aquí mismo —dijo Christopher, con más sequedad de la que pretendía—. Este es mi primo y puede escuchar todo lo que tenga que decirme. ¿Por qué no sabe mi esposa quien soy?

Viendo la determinación de Christopher, el medico se quitó el estetoscopio del cuello y lo guardó en un bolsillo.

—Las costillas contusionadas de su esposa sanaran en unos días, como los puntos que ha habido que darle en la frente, pero el trauma cerebral es otro asunto.

—¿En qué sentido?

—Es impredecible, y a estas alturas no podemos afirmar si las consecuencias son temporales o permanentes.

Christopher se puso rígido al saber que se avecinaba un severo golpe.

—¿Quiere decir que nunca recordará que soy su marido?

—No puedo determinar si su pérdida de memoria es resultado del trauma del accidente o un daño físico causado por éste. Al parecer, Jenny recuerda todo hasta el día de su graduación en la Universidad. No recuerda nada posterior. Supongo que ustedes se conocieron después, ¿no?

El significado de aquello afectó profundamente a Christopher.

—Nos conocimos el día después de su graduación, en la fiesta que dio su madre para celebrarlo.

El doctor Bartlett ladeó la cabeza y miró a Christopher atentamente.

—¿Puede haber algún motivo por el que ella no quiera recordar su relación con usted?

—Un momento —intervino Luke—. Si está sugiriendo…

El médico habló directamente a Christopher.

—Estoy sugiriendo que, si quiere ayudar a su esposa a recuperarse, será conveniente que examine la situación con tanta objetividad como pueda. A veces es difícil separar lo psicológico de lo físico.

—¿Podría estar simulando?

La boca del doctor Bartlett se tensó en una fina línea.

—La joven a la que acabo de examinar está asustada porque cree tener veintiún años en lugar de veintiséis, porque no sabe dónde está ni cómo ha llegado aquí, porque no tiene recuerdos de un hombre que dice ser su marido. No sé por qué puede pensar usted que querría simular todo eso, pero su pulso acelerado y su respiración indican que el pánico que siente es muy real. No podemos sobrecargarla de información; es preferible que ella establezca el ritmo.

Las implicaciones de la pérdida de memoria de Jenny cayeron sobre Christopher como una losa. No tenían relación. No tenían ninguna conexión. Todo lo que tenían era un matrimonio que ni siquiera valía el trozo de papel de la licencia.

—Voy a trasladarla a una habitación normal para mantenerla en observación hasta mañana. Si todo va bien podrá irse el domingo Pero no deja de preguntar por su madre. Sería conveniente que volviera a casa con algún familiar.

Las palabras del médico hicieron que el pecho de Christopher se contrajera.

—La madre de Jenny murió hace dos años. No tiene más familiares. Yo soy todo lo que tiene. Vendrá a casa conmigo.

Aquellas palabras resonaron en su cabeza unas horas después, mientras estaba de pie ante la puerta de la habitación de Jenny. Se sentía enfadado consigo mismo por estar nervioso, frustrado, por la mezcla se sentimientos que se agitaban en su interior, rabia y sensación de haber sido traicionado un minuto y ansia de ver a Jenny recuperada y en casa al siguiente. Quería saber por qué se había ido… con quién había estado. Pero sabía que debía ser paciente. Jenny no podría responder a sus preguntas hasta que no recordara su matrimonio.

Y se dijo que lo haría. Haría todo lo que estuviera en su mano

para ayudarle a recordar, de manera que pudieran seguir adelante con sus vidas.

Empujó la puerta y se dio cuenta de repente de que debería haber llamado. Aún no podía acostumbrarse a la idea de que era un desconocido para ella.

Entró en la habitación y vio a Jenny sentada en una silla, mirando por la ventana. Cuando lo oyó, se volvió hacia él.

—El doctor Bartlett me ha dicho que mi madre murió hace dos años, mientras corría, a causa de una enfermedad congénita del corazón de la que no estaba al tanto. No me ha podido decir nada más. ¿Vendí la casa? ¿Conservé algo suyo? ¡No puedo creer que me desprendiera de todo lo que siempre quise!

Mientras veía la evidencia de las lágrimas en las mejillas de Jenny, Christopher trató de ponerse en su lugar. Quiso acariciar su largo y precioso pelo, decirle que todo iría bien. Pero no sabía cómo reaccionaría.

De manera que se sentó en el borde de la cama, frente a ella, y le contó lo sucedido con las posesiones de su madre. El padre de Jenny, que murió siendo ella una adolescente, era médico. Su madre era abogada. A pesar de todo, tras la muerte de ésta quedó una considerable hipoteca por pagar, además de otras deudas, Jenny sólo recibió una pequeña herencia.

—Vendimos la casa de tu madre No tuvimos otra opción. Tú te tomaste tu tiempo seleccionando las cosas que querías. Los muebles del dormitorio de tu madre los pusimos en una de las habitaciones para invitados de nuestra casa, y te quedaste con sus joyas y un armario lleno de recuerdos suyos. También conservaste todas las cosas de tu padre que tu madre había guardado. Todo está en nuestra casa, Jenny.

—Nuestra casa —Jenny movió la cabeza—, El doctor Bartlett ha dicho que quieres llevarme a casa contigo.

—Creo que eso te ayudará a recuperar la memoria con más rapidez Además, no tienes otro sitio al que ir.

—Pero no te conozco ¡No puedo ser tu esposa sin recordar haberme casado contigo!

Había un muro tan alto entre ellos… una clase de muro diferente al que se había elevado durante los últimos meses. A pesar de todo, Christopher se inclinó hacia ella y sintió la intensa atracción que aún

latía entre ellos.

—Creo que sí me conoces, Jenny. En el fondo, donde realmente importa.

El silencio enfatizó sus palabras mientras Jenny lo miraba atentamente, como tratando de reconocerlo.

—Te has afeitado —dijo, con suavidad. Christopher también se había cambiado y había comido una comida decente con Luke; la primera en los cinco días pasados.

—He pensado que si tenía mejor aspecto, tal vez me resultaría más fácil convencerte para que vinieras a casa conmigo.

Una cautelosa sonrisa curvó los labios de Jenny.

—Al menos eres sincero.

—Siempre trato de serlo.

Cuando Jenny ladeó la cabeza, se convirtió en la Jenny que Christopher recordaba, la mujer que deseaba más que a ninguna otra. Pero cuando habló, comprendió que lo que recordaba de ella podía no volver a ser real nunca más.

—¿Tengo mi propio dinero? ¿Tengo el estudio fotográfico que siempre quise?

Jenny se había licenciado en arte, pero su principal interés era la fotografía. Sin embargo, nunca le había dicho que quería su propio estudio, aunque habían preparado un cuarto oscuro en el sótano de la casa.

—El dinero de tu herencia está invertido. Nunca has necesitado trabajar, porque mis negocios marchan muy bien. La fotografía no ha sido tu mayor interés en los últimos años. Haces muchas labores de caridad… con mi madre.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Jenny, tras asimilar todo lo que había dicho Christopher.

—Soy analista de mercados financieros y director de mi propia empresa.

—Así que, si no quisiera volver contigo a tu casa, no tendría dinero para alquilar un apartamento.

El desafiante destello de la mirada de Jenny era algo que Christopher no había visto hasta entonces.

—Tienes tu propia cuenta en el banco.

—Pero eres tú quien ingresa el dinero.

Su esposa no le preguntaba aquellas cosas. Su esposa no discutía

con él.

—Sí, soy yo quien ingresa el dinero. Lo mismo hizo mi padre con mi madre. Eso nunca ha sido un problema para ti. Y en cuanto a lo del apartamento, si te fueras a vivir a uno no te encontrarías en un entorno conocido ni tendrías los estímulos que necesitas para recordar. ¿O no quieres recordar? —la sospecha de que Jenny quería borrar su pasado por motivos que Christopher desconocía se acentuó.

—No sé si quiero recordar. No sé si quiero ir a una casa desconocida… con un hombre desconocido…

Christopher pudo percibir el pánico en la voz de Jenny. Por un momento, olvidó sus sospechas de que le había sido infiel y sólo recordó el día en que se conocieron, sus noches de pasión, la vida que habían construido juntos. Tomándola de la mano, dijo con suavidad:

—La casa es grande. La puerta del dormitorio tiene cerradura. Puedo trasladar mis cosas a otra habitación. Y estoy seguro de que a Pauline no le importará que darse en casa por las noches si hace que te sientas mejor.

—¿Pauline?

—Pauline es la asistenta. Ella y su marido, Fred, viven en la casita que hay junto a los establos. Él se ocupa de los caballos y de cuidar los terrenos de la casa.

Jenny apartó la mano.

—El doctor Bartlett ha dicho que existe la posibilidad de que nunca recupere la memoria.

¿Encontraba su tacto repulsivo?, se preguntó Christopher, dolido. Se levantó y fue hasta la ventana, tratando de mantener la objetividad.

—El doctor también ha dicho que los recuerdos podrían regresar en cualquier momento. ¿Querrías estar sola si eso sucediera? Acabas de despertar de un coma. Aún no sabes si tendrás repercusiones físicas, como dolores de cabeza, o mareos. Pauline puede asegurarse de que te recuperes bien si no te sientes cómoda conmigo.

Miró por la ventana para darle tiempo a pensar.

—De acuerdo, Christopher. Iré a casa contigo. Es lo único razonable que puedo hacer. De momento.

De momento.

Al parecer, eso era todo lo que tenían.

El domingo por la mañana Jenny caminaba de un lado a otro de la habitación, ansiosa porque le dieran el alta. Se sentía más fuerte. Aún le dolían las costillas, pero sólo era cuestión de tiempo que se le curaran. Resultaba difícil creer que sólo dos días atrás estaba en coma. Aún no había logrado asimilar del todo lo que el doctor y Christopher le habían contado. Cada vez que pensaba en su madre…

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras un profundo sentimiento d pesar se aposentaba en su corazón. Su madre se había ido. Había perdido a su padre a los dieciséis años. Le resultaba casi imposible asimilar que nunca volvería a caminar por la casa en la que había crecido.

Imposible. Aquella palabra se estaba volviendo muy familiar para ella. ¿No era también imposible que estuviera casada con un hombre como Christopher Langston sin recordarlo? Emanaba de él tal autoridad, tal determinación… y atractivo sexual. Su pelo era del color de la melena de un león, sus rasgos faciales estaban firmemente definidos, sobre todo la línea de su mandíbula. Sus labios… Jenny no pudo evitar sentir calor al recordar el contacto de su mano cuando despertó, el cosquilleo de excitación que la recorrió cuando la tomó de la mano.

Los oscuros ojos de Christopher enviaban señales mezcladas, unas de preocupación, otras de rabia. El día anterior no la había tocado. Se había limitado a observarla mientras le describía la casa en la que vivían, en West Hartford. Se sentía incomoda con el, y sentía que a él le pasaba lo mismo.

Un sonido le advirtió que la puerta se estaba abriendo alzó la mirada, esperando ver a la enfermera, pero quien entró fue el hombre que decía ser su marido, con una bolsa de viaje en la mano.

Jenny, que estaba en camisón, se metió rápidamente en la cama y se cubrió con las sábanas.

Christopher suspiró.

—Estamos casados, Jenny. Te he visto muchas veces con menos ropa que esa.

—Puede que si tú no estuvieras tan vestido yo no me sintiera tan incómoda —replicó ella, sin pensar en lo que decía. Tal y como estaba, con la camisa color crema y los pantalones marrones, Christopher ya resultaba muy viril.

Él la miró, momentáneamente sorprendido. Luego sonrió.

—¿Quieres que me quite la ropa?

Jenny sintió que se ruborizaba, reconociendo que le encantaría ver el torso desnudo de Christopher.

—Me gustaría tener algo de ropa para cambiarme —murmuró—. No puedo salir así…

Christopher alzó la bolsa y la dejó sobre la cama.

—Mi madre envía esto para ti. Mi padre acaba de traerlo.

—¿Tu padre?

—Ha venido esta mañana en avión. Pilota su propia avioneta. Hemos pensado que será preferible que vuelvas volando. El viaje por carretera sería demasiado largo.

—¿Siempre tomas las decisiones por mí? —preguntó Jenny, sin gustarle la sensación que le producía la idea de que alguien controlara su vida.

La mandíbula de Christopher se tensó.

—Sólo estaba pensando en tu comodidad.

—No sé si me gusta la idea de volar en una avioneta.

—Ya has volado antes con papá. Es muy buen piloto.

—No recuerdo…

Christopher se acercó a la cama.

—Precisamente porque no recuerdas, vas a tener que confiar en mí.

Jenny cerró los ojos y respiró profundamente antes de volver a abrirlos.

—La confianza requiere tiempo —murmuro.

—Y también práctica. Puedes empezar con el viaje en avioneta — sugirió Christopher, razonablemente.

Jenny pensó que sus circunstancias no le permitían otra opción.

—De acuerdo. Empezaremos por eso.

Christopher asintió y señaló la bolsa.

—Mi madre ha sacado de tu armario la ropa que hay dentro.

Ropa de una vida que Jenny no podía recordar. Tal vez, si la reconocía… Abrió la cremallera de la bolsa y sacó un jersey verde oscuro y unos pantalones negros. Sostuvo las prendas en la mano, concentrándose… esperando. Pero sólo era una ropa desconocida que necesitaba ponerse para ir a una casa que no recordaba.

Christopher se sentó en la cama junto a ella, rozándole el muslo con

la cadera.

—El doctor Bartlett dice que no tienes que forzar las cosas. Eso podría impedirte recordar.

—También ha dicho que cualquier detalle podía bastar para que todos los recuerdos volvieran de golpe.

—Me ha dado el número de teléfono de un neurólogo en West Hartford. Ya le ha hablado de ti. Haremos todo lo posible para que te recuperes cuanto antes.

La preocupación que reflejaba el rostro de Christopher era tan sincera como la compasión de su voz. Parecía cansado, y Jenny comprendió que tampoco él lo estaba pasando bien. El día anterior se había comportado como un amable desconocido, pero si iban a vivir juntos, necesitaba saber más sobre él… sobre sí misma.

—Siento todo lo que ha pasado Christopher. Sé que no es fácil para ti. Tengo tantas preguntas y dudas en la cabeza… Sobre ti. Sobre nosotros. ¿A dónde iba cuando tuve el accidente? ¿Qué hacía en Binghamton?

La preocupación y la compasión desaparecieron del rostro de Christopher.

—Sólo tú puedes responder a algunas de esas preguntas —dijo con repentina frialdad—. Nadie más puede hacerlo —los breves momentos de cercanía que habían compartido desaparecieron mientras se levantaba—. Será mejor que te vistas. Yo voy a tratar de acelerar el papeleo.

Cuando Christopher salió de la habitación, Jenny se sentía más confundida que nunca… como si lo conociera… como si no lo conociera. La intuición le dijo que, si no tenía cuidado, aquel hombre podía ser una fuerza dominante en su vida. Y, por algún motivo, esa idea no le gustaba.

Iría a su casa. Pero tendría mucho cuidado.

Las hojas de los árboles reflejaban el sol de abril mientras la limusina recorría el sendero que conducía a una gran casa de ladrillo y piedra. Jenny estaba acostumbrada a las cosas buenas, pero de pronto comprendió que Christopher Langston debía tener mucho dinero.

El padre de Christopher, Wayne, que había pilotado la avioneta,

asegurándole varias veces que era un experto piloto, le sonrió desde el asiento que ocupaba frente a ella en la limusina.

—Mi hijo ha sabido salir adelante muy bien. Me sentí decepcionado cuando decidió no unirse a mi empresa para poner en marcha la suya, pero lo cierto es que estamos orgullosos de él.

A Jenny le gustaba la sonrisa de Wayne, su amable mirada tras las gafas redondas que usaba. Padre e hijo mantenían unas relaciones muy formales, pero sentía que había auténtico respeto entre ellos. Antes de que pudiera responder al comentario de Wayne, el conductor detuvo el vehículo frente a la casa. Christopher abrió la puerta y la ayudó a salir.

Subieron las escaleras juntos, pero sin tocarse. Wayne los siguió. Cuando la puerta de la casa se abrió, Jenny vio una mujer rubia y adivinó enseguida que era la madre de Christopher. Sus ojos también eran marrones, y sus rasgos, una versión suavizada de los de él.

Alargó una mano hacia Jenny.

—Soy Marjorie, la madre de Christopher. Me alegra que hayas venido a casa, querida. ¿Estás cansada del viaje?

—Un poco —contestó Jenny.

Marjorie enlazó su brazo con el de ella y pasaron al interior.

—Le he pedido a Pauline que prepare algo de comer. ¿Prefieres que te llevemos una bandeja a tu habitación?

Jenny miró en torno al vestíbulo, el oscuro suelo de madera, la escalera curva, el gran espejo que se hallaba junto a un armario de madera tallada.

—No sé…

—Supongo que necesitará adaptarse un poco —dijo una profunda voz desde el umbral de la puerta que daba al salón.

La mirada de Jenny topó con unos ojos verdes que parecían tratar de ver a través de ella.

Christopher se acercó a su lado.

—Este es mi primo Luke. Estuvo en el hospital, pero no pasó a visitarte para no confundirte aún más con otro rostro desconocido. ¿Te apetece comer con todos o prefieres hacerlo sola, en la habitación?

La mirada de Luke era casi retadora. El primo de Christopher. Él conocía su pasado con Christopher. Ella no. Tenía el estómago encogido, pero nunca lo habría admitido.

—Comeré con todos. Puedo descansar más tarde —dijo, obligándose a sonreír.

Christopher la tomó de la mano.

—El comedor es por aquí. Mamá, ¿te importa decirle a Pauline que ya puede servir la comida?

El gesto de Christopher fue protector, pero la sensación de los dedos en su palma reveló a Jenny en algún oculto lugar de su interior que había sido amada por aquel hombre… o que se sentía muy atraída por él.

Mientras Pauline servía, Jenny trató de responder adecuadamente cuando alguien le preguntaba algo. Durante la comida, la conversación giró en torno a personas y acontecimientos sobre los que no recordaba nada. El mero esfuerzo de alzar el tenedor la agotaba y las costillas le dolían cada vez que respiraba.

Cuando la asistenta sirvió el postre y puso un trozo de tarta de frutas ante ella, Jenny dijo:

—Tiene un aspecto delicioso, pero, si no le importa, tomaré la mía más tarde.

Pauline, una mujer madura de pelo corto, la miró con curiosidad.

—Por supuesto que no me importa, señora. Avíseme cuando le apetezca tomarla.

Tras disculparse y volver al vestíbulo, Jenny permaneció al pie de las escaleras, dándose cuenta de que no sabía a dónde iba. Más cansada de lo que se había sentido nunca, se apoyó en la barandilla de madera.

De pronto, Christopher apareció a su lado.

—¿Te encuentras bien?

Haciendo acopio de la poca energía que le quedaba, Jenny se irguió y cuadró los hombros.

—Estoy bien. ¿Puedes enseñarme dónde está mi cuarto?

Christopher apoyó una mano bajo su barbilla y la miró.

—Pareces a punto de desmayarte —sin previa advertencia, la tomó en brazos.

—¿Qué haces? Puedo subir las escaleras por mi cuenta…

—Antes no solías discutir tanto —interrumpió Christopher—. Y a menos que quieras que llame al médico, para que venga ahora mismo, te sugiero que cooperes.

—No pienso permitir que te hagas cargo de mi salud ni de mi vida

—protestó Jenny—. El que no recuerde algunos años de mi vida no me convierte en una inválida.

—Pero el accidente sí. No en una inválida, pero sí en una mujer que necesita recuperarse.

Jenny creyó percibir de nuevo una especie de rabia soterrada en las palabras de Christopher. Para mantener el equilibrio, lo había rodeado instintivamente con los brazos por el cuello, y tenía el rostro demasiado cerca de él. Podía oler su colonia mezclada con otro aroma básicamente masculino que aceleró su pulso y le produjo una sensación parecida al vértigo.

A pesar de la excitación que sentía, preguntó:

—¿Crees que tengo amnesia?

Christopher no respondió hasta que llegaron arriba. Se detuvo junto a la segunda puerta a la izquierda y allí la dejó en el suelo.

—El doctor dice que no recuerdas. Tú me has dicho que no recuerdas.

De nuevo en píe, con el duro cuerpo de Christopher presionado contra el suyo, Jenny respiró profundamente y decidió enfrentarse a las dudas que había percibido en él desde que despertó.

—No has respondido a mi pregunta. Quiero saber por qué piensas que simulo no recordar nuestro matrimonio.

Tras observarla con una intensidad que casi impulsó a Jenny a salir corriendo, Christopher dijo:

—No puedo responder a eso.

—¿No puedes, o no quieres?

Él alzó una mano y le acarició una mejilla.

—Eres diferente desde que despertaste del coma. Pareces la misma. Tu voz suena igual. Pero eres diferente.

—No sé qué quieres decir.

—Quiero decir que creía conocerte… pero ahora no sé si te conozco. Siempre eras muy tranquila. No cuestionabas ni mis decisiones, ni a mí.

Sí, siempre había sido tranquila y un poco reservada. Pero también había dirigido siempre su vida y había sabido lo que quería. ¿Había cambiado eso desde que conoció a Christopher? ¿Porque lo amaba? ¿O por otro motivo?

—No sé quién ni cómo era contigo. Sinceramente, no lo recuerdo.

Dejó de respirar mientras Christopher la miraba.

Cada fibra de su ser le decía que aquel era un momento muy importante de su vida, aunque no sabía por qué.

Finalmente, él se aparto y abrió la puerta.

—Este es nuestro dormitorio.

Jenny pasó al interior. Tan formal como el resto de la casa la habitación parecía la foto de una revista de decoración con su cama de madera de cerezo, el largo tocador con un jarrón de cristal lleno de flores en el centro un joyero a un lado y una foto de ella y de Christopher al otro. Una fotografía de su boda. Aunque la habitación era grande, la cama parecía ocupar en esos momentos casi todo el espacio, y el hombre que estaba junto a ella el resto.

Un pensamiento pasó por la mente de Jenny. Habían dormido juntos en aquella cama. Cuando miró a Christopher, supo que estaba recordando cosas que ella no podía recordar. La tensión de su rostro hizo que se le encogiera el corazón, y se preguntó si estaría pensando en lo que habían perdido o en algo que le hacía dudar de lo que ella le decía.

—Es un dormitorio precioso —dijo, sintiendo que la fatiga volvía a apoderarse de ella. Fue hasta la cama y se sentó en el borde, deseando tumbarse y quedarse dormida hasta el día siguiente.

Christopher se acercó a ella.

—Tu armario es el de la izquierda. Tus camisones y batas están en el lado izquierdo del vestidor. ¿Quieres cambiarte?

Jenny supuso que él sabía cuál era su camisón favorito y en qué cajón estaba. Revisar los armarios sin que Christopher estuviera presente le ayudaría a familiarizarse con la habitación.

—No. Voy a descansar así mismo un rato.

Señalando una puerta, Christopher dijo:

—Hay una bañera de masajes en el baño.

—Me he duchado esta mañana en el hospital.

—Solía gustarte tomar baños de sales.

—¿Contigo? —preguntó Jenny, mirando a Christopher a los ojos.

Creyó ver que se ruborizaba un poco antes de contestar.

—No soy muy aficionado a las sales.

Su mirada hizo que Jenny se sintiera muy consciente de sí misma, y bajó la vista a la vez que apartaba un mechón de pelo de su frente.

—Estás un poco pálida —añadió Christopher—. Voy a dejarte para que descanses. Hay un botón en la pared, junto a la mesilla. Pauline

lo oirá si lo pulsas y te traerá lo que necesites.

—Da las gracias a tus padres y a Luke por haber estado aquí para recibirme, aunque no estoy segura de por qué ha venido tu primo —la intuición le decía a Jenny que Luke tampoco creía en su amnesia.

—Luke y yo somos más que primos. Somos amigos. Ha estado muy preocupado por ti.

—Y por ti.

—Probablemente —cambiando de tema, Christopher dijo—: Túmbate para que te cubra con la colcha.

Jenny pensó en discutir, pero el tono de Christopher había sido muy amable. Tras quitarse los zapatos, se tumbó y él la tapó con la colcha, que se hallaba doblada a los pies de la cama.

Con él a su lado no podía relajarse. Pensó en la facilidad con que la había subido en brazos, en su duro y cálido cuerpo presionado contra el de ella.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por traerme aquí. Por tratar de comprender.

—Pero no comprendo —Christopher habló en tono tan serio que Jenny supo que no se refería sólo a su amnesia. Señalando con un gesto de la cabeza el botón añadió—: Llama si necesitas algo.

A continuación, como si aquel no fuera también su cuarto, como si su lugar no estuviera junto a ella, salió y cerró la puerta silenciosamente.

Capítulo 2

Cuando Christopher bajó las escaleras, Luke estaba sentado en el tercer peldaño de la parte baja.

—Nunca te había visto saltarte el postre —dijo Christopher, sentándose junto a su primo.

—Como deprisa. Tu madre está hablando con tu padre sobre un crucero por Grecia que le gustaría hacer en otoño. Él le está explicando por qué no puede irse precisamente en otoño.

Transcurrieron unos momentos de silencio. Finalmente, Christopher dijo:

—¿Han comentado algo sobre Jenny?

—No creo que sepan qué decir sobre Jenny. O qué pensar. Tu madre no deja de llamarla «pobrecita mía». No me parece que encaje.

—Creo que es cierto que Jenny tiene amnesia.

—Podría estar actuando.

Christopher negó con la cabeza.

—No es tan buena actriz. Si lo fuera, no habría estado tan desconcertada y disgustada los últimos meses. Desde que despertó es la misma que era cuando la conocí, y sin embargo…

—Ahora hay algo más —dijo Luke.

—Lo has notado.

—Desde el momento en que os conocisteis se quedó prendada de ti, y siempre te trató con cierta… timidez. Ahora te trata como a cualquier otro. Como si fuera tu igual. Es extraño.

—Su médico me dijo que, en estos casos, a veces se producen cambios de personalidad, arrebatos de rabia, impaciencia Aún no he notado nada de eso. Sólo más fuerza de carácter.

—¿Te gusta ese cambio?

—No estoy seguro. Es un poco inquietante.

—Y aún quieres saber si tuvo una aventura.

—No puedo mirarla o tocarla sin preguntármelo —confesó Christopher, que cada vez que pensaba en la posibilidad de que Jenny le hubiera traicionado sentía ganas de golpear la pared con los puños.

—¿Y si nunca recupera la memoria? —preguntó Luke.

—No sé, Luke —dijo Christopher, apesadumbrado—. No sé si podré perdonarla alguna vez. Y ahora mismo ni siquiera sé si quiere nuestro matrimonio.

Luke se levantó.

—Necesitas tiempo para aclarar las cosas. Con paciencia, lo conseguirás. Ahora he de irme. Tengo una cita caliente esta noche.

Christopher sonrió.

—Todas tus citas son calientes.

—Eso es exactamente lo que quiero que pienses —dijo Luke, guiñándole un ojo—. Tengo que mantener intacta mi reputación.

Luke tenía reputación de mujeriego en la actualidad, pero Christopher sabía por qué. Luke había perdido a su mujer tres años atrás. Trataba de olvidarlo trabajando y actuando como si disfrutara saliendo con una mujer diferente cada fin de semana. Pero Christopher sabía la verdad, y el propio Luke se daría cuenta algún día.

—Puede que en cualquier momento, cuando menos lo esperes, una mujer vea más allá de tu reputación.

Luke lo miró con gesto escéptico.

—Por cierto, ¿has hablado últimamente con Jud?

—Con todo lo que ha pasado, había olvidado decírtelo. Dentro de una semana va a venir de Tyler con un nuevo caballo para mi cuadra. Tal vez podamos vernos.

—Estaría muy bien.

Christopher se levantó para acompañar a Luke a la puerta.

A punto de salir, Luke dijo:

—Llámame si me necesitas.

Recordando la noche en que encontró la nota de Jenny como acudió enseguida al teléfono para llamar a su primo Christopher asintió.

—Lo haré.

Los veranos pasados en el Star Four habían unido a los tres primos como si fueran hermanos. Sabían que podían depender los unos de los otros.

Pero mientras cerraba la puerta, Christopher también comprendió que sólo él podía llegar a la verdad de lo sucedido en su matrimonio. Estaba solo, como sentía que había estado la mayor parte de su vida.

Ya había atardecido cuando Jenny despertó. Se sentó en la cama, mirando a su alrededor, desorientada. Luego contempló cada pieza del mobiliario de la habitación, esperando reconocer algo. Eso no

funcionó, de manera que fue al armario y abrió la puerta lentamente, como si se tratara de la caja de Pandora. Era un armario vestidor, lleno de ropa a ambos lados. Unas estanterías cubrían el fondo desde el suelo al techo.

Tras mirar varios vestidos comprendió que la ropa no le decía nada, ni tampoco los sombreros y los zapatos. Cuando se volvió vio una bata de color azul pálido colgada de un gancho en la parte trasera de la puerta.

¿Por qué no darse un buen baño de sales y espuma? Tal vez le sentaría bien.

El baño era tan elegante como el resto de la habitación.

Sobre una repisa había unos candelabros de cristal con velas blancas. Encontró unas cerillas junto a uno de ellos y lo encendió. Luego llenó la bañera. En un armarito encontró las sales y una botella de espuma. Tras echar una generosa cantidad en el agua se desvistió y entró en la bañera, que era lo suficientemente grande como para contener a dos personas.

«No sigas esa línea de pensamiento», se dijo. Las burbujas flotaron a su alrededor mientras cerraba los ojos.

De pronto, la puerta del baño se abrió y Christopher apareció en el umbral.

Instintivamente, Jenny se sumergió aún más en el agua, sintiendo a la vez cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

—¿Jenny? ¿Qué sucede?

—Nada. Sólo estaba… No sucede nada. Pero te agradecería que salieras y cerraras la puerta hasta que haya acabado.

Christopher apartó la mirada, avergonzado.

—Lo siento. Me he preocupado al no encontrarte. Te espero en la habitación.

Mientras Christopher salía del baño, Jenny respiró profundamente. ¿Había recordado a Christopher por un momento? La sensación era tan extraña… como si aquello hubiera sucedido antes. ¿Pero por qué había sentido aquel pánico al verlo, aquella ansiedad?

Confundida, y también avergonzada, salió de la bañera, se secó rápidamente y se puso el camisón y la bata. Cuando entró en el dormitorio vio que Christopher había dejado bandeja sobre una mesa de mármol de la habitación.

—Pauline te manda té y galletas. No has comido mucho al

mediodía.

¿Se había fijado él o se lo habría dicho la asistenta?

—Creo que una taza de té me sentaría bien. La verdad es que no tengo mucho apetito.

—Ya has perdido bastante peso —dijo Christopher—. No deberías perder más.

Jenny se preguntó hasta dónde la habría visto bajo las burbujas. Notó sus mejillas acaloradas mientras se sentaba en el sofá a servir el té. Christopher se sentó junto a ella, rozándole el muslo con el suyo.

—Tienes una cita con la doctora Coswell mañana a las nueve —dijo—. Le he pedido que te citara temprano porque luego tengo que ir a trabajar. Llevo demasiados días sin ir al despacho.

—Yo podría haber concertado personalmente mi cita. Y no necesito que me lleves como si fueras mi niñera o algo así —el tono de Christopher había puesto a Jenny a la defensiva. Estaba actuando como si ella fuera responsable del accidente y de sus consecuencias.

—Quiero llevarte —dijo Christopher, mirándola—. Es importante para mí hablar con tu doctora.

—No confías en mí, ¿verdad? Crees que te oculto algo. ¿Por qué iba a hacerlo?

Christopher frunció el ceño, pero su tono fue paciente.

—Necesito hablar con tu doctora para saber cómo cuidarte, qué esperar, para conocer sus conclusiones después de que te examine.

—Yo podría decirte todo eso.

—No quiero discutir por esto, Jenny —la mandíbula de Christopher se tensó.

Pero Jenny no podía pasar por alto aquello.

—¿Por que tú lo dices? ¿Eran las cosas así en nuestro matrimonio? ¿No discutíamos sobre nada hasta el final?

Christopher tardó unos segundos en contestar, evidentemente desconcertado.

—No discutíamos —dijo, finalmente—. Nuestras conversaciones eran…

—¿Superficiales? ¿Sin sustancia?

Christopher miró a Jenny como si fuera tan desconocida para él como él lo era para ella.

—Supongo que eso depende de lo que quieras decir con «sin sustancia» —contestó, con cautela.

Jenny se volvió en el sofá para mirarlo y la bata se deslizó de su rodilla, dejándola descubierta.

—Me refiero a las cosas que nos importaran, que nos afectaran. Es inevitable que dos personas discutan o no estén de acuerdo de vez en cuando sobre esas cosas.

Los ojos de Christopher brillaron mientras contemplaba el pelo aún húmedo de Jenny cayendo sobre sus senos.

—¿Y qué cosas te importan? —preguntó, con voz ligeramente ronca.

La atracción que sentía Jenny hacia aquel hombre era casi magnética. Quería apoyarse contra su pecho, sentir que la rodeaba con sus brazos. En lugar de ello, respondió a la pregunta.

—Me importa mi fotografía, llegar a tener un estudio algún día, hacer del mundo un lugar mejor en el que los niños puedan crecer a salvo, con todo lo necesario.

—¿Y qué necesitas? —Christopher hizo aquella pregunta como si no la hubiera hecho nunca.

Jenny movió la cabeza.

—No sé. Me siento tan desorientada… Supongo que sobre todo necesito tiempo para ver si recupero la memoria, para saber cuál es mi lugar.

Christopher deslizó una mano por el pelo de Jenny.

—No pretendía asustarte entrando en el baño como lo he hecho. No dejo de olvidar que, en tu mente, no estamos casados.

Jenny no pudo evitar imaginar lo que sentiría si Christopher deslizara su mano por otros lugares de su cuerpo.

—Eres un desconocido para mí —dijo, recordándoselo tanto a sí misma como a él.

—Tal vez deberíamos cambiar eso —murmuró Christopher, inclinándose hacia ella, tentándola a reencontrar la pasión que, al parecer, conocieron en otro tiempo.

Pero cuando sus labios se acercaban a los de Jenny, el mismo pánico que había experimentado en el baño se apoderó de ella.

Apoyando las manos contra su pecho, lo apartó de si.

—No. No puedo.

La expresión de Christopher se endureció.

—No te asustes tanto. Nunca te forcé en el pasado, y nunca lo haré.

Jenny no estaba asustada. Sabía intuitivamente que Christopher no le haría daño. Pero el tumulto de sentimientos y sensaciones que se agitaban en su interior le hicieron permanecer en silencio.

Christopher se levantó y fue hasta puerta.

—Si necesitas algo, estaré en mi despacho —dijo, y salió del dormitorio.

Mientras los latidos del corazón de Jenny recuperaban su ritmo normal, pensó que ni siquiera sabía dónde estaba ese despacho.

Elegir ropa en aquel armario era como ir a una tienda. Había montones de vestidos, pantalones, jerseys y blusas. Pero Jenny buscaba algo cómodo, y, finalmente, optó por un chándal color melocotón que encontró en uno de los cajones. Para calzarse eligió unas zapatillas de deporte y se sujetó el pelo en un moño trasero con las horquillas que había en el baño.

Además del dormitorio principal, la planta superior de la casa tenía tres habitaciones para invitados con baños incluidos. Se preguntó si solían tener muchos invitados o si esperaban tener muchos hijos para llenar las habitaciones. Cuando vio la habitación con los muebles de su madre y recordó dónde los había visto por última vez, no pudo evitar el dolor que se adueñó de su corazón.

Recorrió toda la casa, mirando, tocando, tratando de recordar. Pero, excepto los muebles de su madre, nada evocó el más mínimo recuerdo. En un pequeño vestíbulo que se hallaba tras el salón vio una sólida puerta. Llamó con suavidad.

Christopher la abrió.

—He estado explorando la casa —dijo Jenny—. Espero que no te importe.

—¿Por qué iba a importarme? También es tu casa.

Jenny asintió mientras pasaba.

—¿Este es tu despacho? —preguntó, mirando a su alrededor.

Christopher permaneció un momento sin decir nada, fijándose en su atuendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Jenny.

—Hacía tiempo que no te veía así vestida.

—Quería estar cómoda.

Christopher sonrió sin humor.

—Creo que los dos hemos olvidado cómo estar cómodos.

—¿A qué te refieres?

—Yo me paso el día vestido de traje. Tú siempre parecías vestida para asistir a alguna comida o a alguna función de caridad.

Jenny se acercó a las estanterías para mirar los libros.

—¿Y por las noches?

—Suelo llegar tarde a casa. Normalmente ya te has puesto el camisón o el pijama.

—¿No cenamos juntos?

—En muy raras ocasiones.

—Ya veo —dijo Jenny, pero en realidad no era así. ¿No pasaban tiempo juntos? Tal vez, los fines de semana—. Has mencionado que había unos establos. He pensado ir a verlos.

—¿Estás segura de encontrarte bien como para salir?

—La siesta me ha venido muy bien. Y me siento inquieta. No tienes por qué venir conmigo.

Tras mirar un montón de papeles impresos que había sobre el escritorio, Christopher dijo:

—Te acompaño y de paso te presentaré a Fred.

—Y a los caballos —dijo Jenny, sonriendo.

Mientras iban hacia los establos, Christopher se fijó en el brillo de los últimos rayos de sol sobre el pelo de Jenny. Parecía tan joven con aquel chándal y el pelo sujeto tras la cabeza… tan deseable. Cuando la había visto desnuda en la bañera…

No lograba quitarse la imagen de la cabeza. Más o menos un mes atrás, un día que volvió a casa después del trabajo, encontró a Jenny en el baño. Le pareció que había estado llorando, pero cuando le preguntó si sucedía algo malo, Jenny le dijo que se le había metido jabón en los ojos mientras se lavaba el pelo. Luego lo invitó a bañarse con ella. Pero él le dijo que sólo había pasado para recoger su bolsa de viaje porque tenía que volar a Boston. Volvería al día siguiente. Jenny parecía tan… triste. Pero sonrió y le deseo buen viaje.

¿Y si se hubiera quedado en casa esa noche? ¿Y si se hubiera metido en la bañera con ella? ¿Le habría escrito Jenny de todos modos una nota y se habría ido sin decirle a dónde? ¿A reunirse con alguien, tal vez?

Antes, cuando se había sentado junto a ella en el dormitorio, casi había olvidado su nota… su traición. Pero la forma en que Jenny lo

había apartado de su lado había hecho que todo regresara. La distancia entre ellos. Las sospechas. Su amnesia.

No podía esperar a ver qué pasaría con los caballos. Aquella era una forma de averiguar de una vez por todas si su amnesia era o no era real.

Al llegar ante la puerta de los establos, Jenny no se detuvo y esperó a que él la abriera, como habría hecho en el pasado, sino que pasó directamente al interior. Una vez dentro, Christopher llamó a Fred, pero no obtuvo respuesta.

—Probablemente estará en su casa. Vamos. Te presentaré personalmente a los caballos.

Jenny lo siguió hasta la primera casilla, donde una gran yegua baya relinchó al verlos. Jenny permaneció a una distancia prudencial de la valla, con las manos a la espalda.

—Siempre he pensado que los caballos son unos animales preciosos.

Christopher recordó la primera vez que llevó a Jenny a ver los establos. Se mostró valiente, simulando que salir a cabalgar, a pesar de no haberlo hecho nunca, no le asustaba. Pero durante el paseo, el caballo que Christopher eligió para ella se asustó y pasó del trote a un medio galope, y Jenny se asustó lo suficiente como para no querer volver a montar. Al principio de su matrimonio trató de convencerla para que volviera a cabalgar con él, pero fue inútil.

Ahora, Jenny se acercó con cautela a la yegua que tanto la asustó en el pasado y preguntó:

—¿Puedo acariciarla?

Christopher pensó que, en el pasado, no había abordado de forma adecuada la introducción de Jenny a los caballos. Si hubiera sabido lo asustada que estaba, lo habría hecho todo de forma distinta. El destino le había concedido una segunda oportunidad.

Se acercó a un armarito que había sobre unos montones de heno y sacó un terrón de azúcar.

—Las zanahorias son más sanas, pero hoy es un día especial. Dame tu mano —Jenny obedeció y Christopher colocó en su palma el terrón —. Se llama Wind Feather. Extiende la palma para que pueda tomar el azucarillo. Sus labios son suaves y te harán cosquillas.

—¿No me morderá?

Christopher negó con la cabeza.

—Quiere el azúcar, no tu mano, aunque puede que te la empuje para pedir más. Mantenla siempre abierta y con la palma hacia arriba.

Jenny se acercó al animal y extendió la mano.

Wind Feather se acercó y tomó el azucarillo. Jenny rió, y Christopher se dio cuenta de que hacía mucho que no escuchaba aquel sonido.

—Le gusta que le rasquen detrás de las orejas —dijo, esperando ver qué pasaba a continuación.

Sin dudarlo, Jenny se subió a la primera tabla de la valla. Al ver que Wind Feather no se echaba atrás, acarició su crin con una mano y luego le frotó tras las orejas.

—Es preciosa. Si me quedo, ¿crees que podrías enseñarme a montar?

No había duda de que su amnesia era real. Antes del accidente, Jenny no se habría acercado tanto a Wind Feather, y no se le habría ocurrido pensar en volver a montarla. Pero acababa de decir algo que había hecho que el estómago se le encogiera. «Si me quedo…»

Jenny bajó de la valla y al hacerlo se llevó las manos a las costillas.

—¿Te duele?

—Estoy bien, Christopher. Aún me duele un poco, eso es todo. Pronto se me pasara.

Tomándola por los hombros, Christopher sintió la repentina necesidad de tocarla, de besarla, de abrazarla.

—No quiero que corras riesgos. No quiero que vuelvas a viajar por una carretera oscura en una noche lluviosa.

—Si me dices qué hacía allí, puede que no vuelva a hacerlo.

—No sé por qué estabas allí —dijo Christopher, sin poder ocultar parte de su rabia.

—Y quieres que me quede para averiguarlo.

—Quiero que te quedes porque hemos estado casados cuatro años y porque eres mi esposa. No tienes otro sitio al que ir. ¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Porque no siento que este sea mi sitio. Nada es mío…

—¡Todo es tuyo! —Christopher tomó una mano de Jenny y la condujo hacia la puerta—. ¿Ves ese jardín de rosas? No estaba ahí antes de que vinieras. Pero te encantaban las rosas. Así que Fred las

plantó. Encargamos los bancos y la fuente. En cada estación le dices a Fred qué flores plantar y dónde hacerlo.

—¿Decoré yo la casa?

Algo le dijo a Christopher que Jenny ya conocía la respuesta, aunque quería que se lo confirmara.

—No. Lo hizo un decorador de interiores después de que la comprara. Antes de que nos casáramos.

—Y yo no cocinaba, ¿no?

—Pocas veces. Pauline se encargaba de la cocina.

—¿Y qué hacía, Christopher? ¿Con qué ocupaba mis días?

Christopher empezaba a darse cuenta del poco tiempo que había pasado en casa. O con Jenny. Pero su ego no le dejaba admitirlo ante ella.

—Siempre has querido hacer del mundo un lugar mejor. Mañana te enseñaré los archivos en los que organizabas los detalles de las obras de caridad en que estabas implicada.

—¿Trabajaba como voluntaria?

—Sí. Mi madre quiere saber si… Bueno, será mejor que te lo pregunte ella misma.

—Tengo la sensación de que mi vida era muy… aislada.

Christopher miró a su esposa, que se estaba esforzando por comprender la vida que había elegido. ¿Volvería a elegirla ahora? ¿Le elegiría a él?

—Puede que te dé esa sensación, pero tenemos familia, amigos…

—¿Salía con amigas? ¿Venían aquí a tomar café y yo iba a su casa? ¿Tenía esa clase de amigas?

A Christopher le avergonzó admitir que no lo sabía.

—No sé cómo pasabas el día, Jenny. Yo estaba trabajando.

Ella lo miró con gesto preocupado y se apartó un mechón de pelo del rostro. Era un gesto que Christopher empezaba a reconocer, porque lo hacía cuando estaba tratando de comprender algo. Volviéndose, Jenny se encaminó de nuevo hacia Wind Feather, y, sin ninguna vacilación, acarició su nariz.

—Entonces, cuando se me curen las costillas… ¿me enseñarás a montar?

Parecía haber tomado alguna decisión, aunque Christopher no sabía de qué se trataba. Pero, al menos de momento, se quedaría.

—Te enseñaré a montar —dijo, pensando que en esa ocasión lo

haría con calma, paso a paso—. Mi primo Jud va a traerme un caballo desde Tejas la próxima semana. Espero convencerlo para que se quede unos días, si no te importa, claro.

Jenny ladeó la cabeza.

—No me importa. ¿Pero por qué crees que iba a costarte convencerlo?

—El trabajo en el Star Four le tiene muy atado y no puede ausentarse mucho tiempo. Tío Thacher sufrió un ataque al corazón en febrero y Jud se ha tenido que hacer cargo de todo.

—¿Lo conozco bien?

—Conoces mejor a Luke, porque vive más cerca. Pero Jud y tú siempre os habéis llevado bien.

La angustia del rostro de Jenny ante su falta de recuerdos era tan real como las sospechas de Christopher de que le ocultaba algo antes del accidente. Le resultaba muy difícil separar el pasado y el presente.

—Jenny, quiero ayudarte a recordar.

—Necesito recordar —dijo ella, casi con pasión.

A pesar del enfado y la sensación de haber sido traicionado, Christopher tenía sentimientos muy profundos por Jenny, sentimientos que surgieron cuando la conoció. Jenny había alcanzado un lugar en su interior que necesitaba su suavidad, su delicadeza y dulzura. Aún la necesitaba. Tal vez, si la besaba, los recuerdos volverían…

Deslizó una maño por su pelo y tomó como una señal de consentimiento el hecho de que no se apartara. Inclinándose hacia ella, le tocó los labios con los suyos. Todo el anhelo y el dolor acumulado le llevaron a empujar la lengua al interior de su boca y a tomar la pasión que quería que ella le devolviera.

Y así lo hizo Jenny durante unos momentos incendiarios que hicieron que el pulso de Christopher se acelerara locamente.

Pero entonces, bruscamente, se apartó de él.

—Jenny…

—Crees que soy tu esposa. Yo no recuerdo ser tu esposa. No puedo volver a interpretar el papel que esperas de mí.

—¿Un papel? ¿Crees que eso es lo que quiero? ¡Quiero recuperar nuestra vida en común!

Los ojos de Jenny destellaron.

—Tal vez eso no sea posible.

Christopher movió la cabeza, sintiendo que el mundo se tambaleaba a sus pies.

—No puedo creer que no recuerdes nada, que no sientas nada.

—No he dicho que no sienta nada. Quería que me besaras —admitió Jenny.

—¿Por qué? ¿Como un experimento? ¿Por curiosidad? ¿Para ver si te excitaba? —Christopher se arrepintió de haber dicho aquello en cuanto las palabras salieron de sus labios.

Jenny se encaminó hacia la puerta del establo. Volviéndose antes de salir, dijo:

—Puedo volver sola a la casa. Si decides que no quieres llevarme mañana a ver a la doctora, deja sus señas en la mesa del vestíbulo. Puedo pedir que me envíen un taxi.

Aún odiando la idea de que se fuera, Christopher supo que no tenía más remedio que dejar que lo hiciera. Ambos necesitaban espacio.

Fue al almacén a por una silla de montar. Cabalgar un rato le ayudaría a pensar con calma. Desde luego, besar a Jenny no le había ayudado a hacerlo.

Cuando Jenny volvió a la casa, pasó por el comedor para mira la vajilla de su madre que se hallaba en el aparador. Abrió la puerta de éste y sacó un pequeño plato, necesitando sostener algo familiar en las manos. Aquella vajilla había estado en casa de su madre desde que podía recordar. Sostener el platito le trajo recuerdos de comidas especiales de su infancia, de celebraciones especiales, una época en que su madre y su padre eran las personas más importantes de su vida.

Besar a Christopher le había conmovido mucho. En esa ocasión no había sentido ni ansiedad ni pánico. En el establo, la atracción que sentía por él había sido intensísima, como una fuerza invisible que la atrajera más y más hacia una llama. Pero no podía dejarse llevar por aquella fuerza. No sabía quién era Christopher. No sabía quién era ella misma.

Y ahora volvía a sentirse agotada, inquieta y confusa. El médico le había dicho que recuperaría la energía poco a poco. Pero recuperarse

emocionalmente iba a ser más difícil. Dejó el platito en el aparador y cerró éste.

Cuando entró en su dormitorio vio una maleta y un bolso sobre la cama que antes no estaban. Una de las esquinas de la maleta estaba aplastada, y supuso que era que llevaba cuando tuvo el accidente. La abrió, ansiosa. Pero todo lo que encontró fueron unas ropas arrugadas y un neceser.

Esperando despertar algún recuerdo, abrió el bolso de cuero y arrojó el contenido sobre la cama. Un lápiz de labios, una pluma, unos pañuelos de papel y una cartera. Dentro de la cartera encontró su carnet de conducir, tarjetas de crédito y fotografías. Había una foto de ella con su madre y su padre tomada muchos años atrás. Su padre era quince años mayor que su madre, pero siempre fue un hombre fuerte y vital, hasta que le diagnosticaron un cáncer cuando Jenny aún estaba en el colegio.

Apartando aquellos tristes recuerdos, miró otra foto en la que aparecían Christopher, Luke y otro hombre con sombrero vaquero. Supuso que sería Jud. Y había otra foto de Christopher y ella tomada en el jardín de rosas.

Con un suspiro, revisó la billetera. Había varios billetes, pero lo que llamó su atención fue un trozo de papel que se hallaba entre ellos. Lo tomó y vio que había algo escrito en él. *Marty 6/8*. ¿Quién era Marty? ¿Indicarían una fecha aquellos números? Era su escritura. Eso lo reconoció.

¿Por qué no podía recordar?

Volvió a dejar el papel donde estaba y metió todo en el bolso. Luego fue a la habitación de invitados en la que estaban los muebles de su madre. Christopher había dicho que guardaron muchas cosas de su madre. Fue directamente al armario.

Cuando lo abrió, encontró un tesoro en su interior. El joyero de su madre, libros, un vestido y un abrigo, también una caja de madera llena de fotos y otros recuerdos. Mientras miraba las fotos, los ojos se le llenaron de lágrimas, con una mezcla de recuerdos felices y tristeza que nunca había experimentado.

Finalmente, agotada por todo lo sucedido aquel día, se acurrucó en la cama con el pañuelo de seda favorito de su madre entre las manos.

El trabajo que Christopher tenía acumulado en el escritorio le causó más consternación que satisfacción mientras pasaba los datos al ordenador. Finalmente, a medianoche, decidió que la concentración era una causa perdida y que más le valía apagar el ordenador y acostarse.

Cuando subió a la planta de arriba vio la puerta del dormitorio grande abierta y se asomó. Estaba vacía y la maleta y el bolso de Jenny seguían sobre la cama. Si el bolso estaba allí, ella no podía estar muy lejos. Desde luego, no se habría ido a esa hora de la noche. A menos que…

Tras cerciorarse de que no estaba en el baño, salió del dormitorio. Estaba a punto de bajar cuando notó que la puerta de una de las habitaciones para invitados estaba entreabierta. Al empujarla vio a Jenny acurrucada sobre la cama, sosteniendo entre las manos un pañuelo. La puerta del armario estaba abierta, y dedujo que había estado revisando las cosas que conservaba de su madre. Conmovido, sintió que su corazón volaba hacia ella.

Mientras la miraba, Jenny murmuró en sueños. Moviéndose de un lado a otro, dijo:

—No. No. No te vayas. No.

Christopher se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—Jenny. Despierta. Jenny.

En cuanto oyó su voz, Jenny abrió los ojos. Le llevó un momento centrar la vista en lo que la rodeaba.

—He tenido un sueño.

—¿Sobre qué?

—Mi madre caminaba por un largo túnel, alejándose de mí. También estaba la sombra de un hombre…

—¿De tu padre? ¿Mía?

—No sé. Sólo era una sombra. Era alto, pero… —Jenny movió la cabeza.

—¿Era un sueno o un recuerdo?

—Un sueño.

Parecía muy segura de lo que decía, pero Christopher se preguntó si los recuerdos estarían tratando de aflorar. Y el hombre podía ser su amante. Jenny no era consciente ahora de esa posibilidad, pero él sí.

—Si no te importa, voy a dormir aquí esta noche —murmuró ella.

—¿Por qué iba a importarme? —preguntó Christopher mientras se levantaba—. Duerme donde te sientas cómoda. Nos veremos por la mañana.

Antes de que pudiera irse, Jenny lo sujetó por el brazo.

—Christopher, antes te besé porque quería hacerlo. Me siento muy atraída hacia ti. Pero ahora mismo, esa atracción me confunde tanto como no recordar.

Su honestidad hizo que Christopher deseara sentarse a su lado, tomarla en sus brazos y hacerle el amor hasta que su confusión desapareciera. Pero sabía que eso no le serviría a Jenny para resolver el misterio de sus andanzas anteriores al accidente.

Al ver que Christopher no decía nada, Jenny le soltó el brazo.

—Nos veremos a la hora del desayuno y luego te llevaré al médico —antes de salir, Christopher añadió—: Espero que el resto de tus sueños sean agradables. Si me necesitas, estoy en la habitación contigua.

Mientras salía, comprendió que quería que Jenny lo necesitara, pero él no quería necesitarla a ella.

Sin embargo, la necesitaba.

Capítulo 3

El desayuno de Jenny con Christopher fue tenso, y la conversación no fluyó con naturalidad mientras iban en coche a la consulta de la doctora. En la sala de espera, Christopher consultó su reloj por lo menos tres veces. Jenny pensó que parecía más distante que el día anterior.

No tardaron mucho en pasar a la consulta, donde una mujer de mediana edad los esperaba sentada tras su escritorio.

Señaló dos sillas, diciendo:

—He pensado que conviene que hablemos antes de examinarla —poniéndose en pie, estrechó la mano de Jenny y de Christopher—. Soy Mary Coswell. He hablado con el doctor Bartlett, que me ha enviado sus informes por fax. Sé que la paciente es su esposa, señor Langston, pero me alegra que haya venido también usted. Con el tipo de trauma experimentado por Jenny, necesitará contar con todo su apoyo.

Jenny miró a Christopher. Su expresión no revelaba sus pensamientos, hasta que dijo:

—Quiero ayudar a mi esposa a recordar.

La doctora asintió.

—Estoy segura de ello. Pero ambos deben saber que existe la posibilidad de que Jenny no recupere nunca la memoria.

Jenny se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Cuándo lo sabré? ¿Cómo?

—Si empieza a tener imágenes mentales, destellos de recuerdos, será un indicio positivo. Pero debe entender que no hay normas en esto. Cada persona es diferente. Sé que decirle esto no aliviará su frustración por haber perdido parte de sus recuerdos, pero no debe olvidar lo afortunada que ha sido. Sobrevivió al accidente. Ha perdido cinco años de su pasado. Algunos de mis pacientes han perdido todos sus recuerdos, junto con su habilidad para caminar y hablar.

Si Jenny había sentido lástima por sí misma los pasados días, las palabras de la doctora pusieron su accidente en perspectiva. Tenía la suerte de estar viva y completa en casi todos los sentidos. Estaba dispuesta a hacer lo posible por construir sobre lo que conocía, sobre lo que tenía y podía hacer. Porque la única dirección que podía seguir era hacia adelante.

Su mirada buscó la de Christopher. Estaba segura de que le ocultaba

algo, pero no sabía de qué podía tratarse. Se prometió averiguar con exactitud la clase de matrimonio que tenían.

Tras examinarla y quitarle los puntos de la frente, la doctora Coswell le entregó dos tarjetas. Cuando Jenny se reunió con Christopher en la sala de espera, le entregó una.

—La doctora ha dicho que si tienes alguna pregunta que hacerle, o si sucede algo que no comprendamos, que la llamemos.

—¿Le has hablado de tu sueño?

—No me ha parecido que tuviera ninguna relevancia. Era sólo un sueño.

—¿Cuándo tienes tu próxima cita? —preguntó Christopher.

—Dentro de dos semanas. La doctora piensa que mis costillas ya estarán bien para entonces. Puede que me dé permiso para cabalgar.

Christopher la miró atentamente.

—¿Aún quieres hacerlo?

—Por supuesto. Voy a pasar un rato cada día con Wind Feather para que se acostumbre a mí. Así, cuando vaya a montarla ya seremos amigas.

Las tensas líneas en torno a los ojos de Christopher se relajaron cuando sonrió.

—Buen plan.

—Y tengo otro. Es una tontería que me lleves hasta casa para ir luego a la oficina. Tomaré un taxi.

—Jenny…

—Soy perfectamente capaz de entrar en un taxi y dejar que me lleve a casa. No puedes seguir tratándome como si fuera a quebrarme en cualquier momento.

Christopher no parecía compartir la decisión de Jenny, pero, tras mirar su reloj, asintió.

—De acuerdo. Pero no me separará de ti hasta que te haya dejado en el taxi.

El martes por la mañana, Jenny pasó un rato en el establo con Wind Feather y luego exploró los terrenos de la casa, disfrutando del cálido sol de abril. Debía admitir que echaba de menos a Christopher. Él era su ancla en aquel mundo desconocido. Pero no lo había vuelto a ver desde el día anterior, cuando la dejó en el taxi. Pauline le dijo que no

volvería hasta tarde. Ella oyó su coche hacia las tres de la madrugada. Por la mañana, Christopher ya se había ido cuando ella se levantó. Empezaba a sospechar que aquella era la clase de vida que llevaban. A menos que Christopher se estuviera manteniendo alejado a propósito.

Después de comer descansó un rato y luego fue a preguntar a Pauline si sabía dónde guardaba su equipo fotográfico. Pauline pareció sorprendida por su pregunta, pero enseguida sonrió y le hizo una seña para que la siguiera. Bajaron por unas escaleras que había en la cocina al sótano, donde había otro grupo de habitaciones.

—Antes pasaba mucho tiempo aquí, señora —dijo Pauline, mientras le enseñaba una gran sala con una televisión, un largo sofá blanco y una mesa de ping-pong en un rincón. Luego señaló una puerta—. Ese es su cuarto oscuro —abrió un armario que había junto a la puerta. Todo el equipo fotográfico de Jenny estaba allí apilado, en varias estanterías. Daba la sensación de que llevaba bastante tiempo allí metido.

—¿Cuándo dejé de sacar fotos? —preguntó.

—Hace dos años, más o menos.

—¿Sabes por qué?

—Nunca me lo dijo, señora. Pero supongo que se debió a que cada vez se involucraba más en su trabajo de caridad. Este era su despacho.

Pauline abrió una puerta que daba a una habitación con un ordenador y una impresora situados en un juego de estantes. Junto a un equipo de música había un armario archivador. Debía tratarse del que había mencionado Christopher.

El despacho estaba pintado de blanco y de las paredes colgaban varios cuadros abstractos en tonos marrones.

—Supongo que yo tampoco decoré esto —murmuró Jenny.

—No, señora. Siempre llamaba a la decoradora del señor Langston y ella se hacía cargo.

—Esta habitación necesita algo de color, y esas pinturas tienen que desaparecer.

—Son originales, señora.

Jenny arrugó la nariz.

—Me gustaría saber en qué.

Pauline rió.

—Supongo que a la decoradora se lo parecían.

Jenny sonrió al oír el irónico tono de Pauline.

—Supongo. Pero a mí no me dicen nada. Y, por favor, Pauline, llámame Jenny.

—Se acuerdo, se… Jenny.

—Voy a quedarme un rato aquí abajo.

—Hay un intercomunicador —dijo Pauline, señalándolo—. Llama si necesitas algo.

Pauline dejó a Jenny en el despacho, que no permaneció allí mucho rato. En lugar de ello, volvió al armario a revisar sus cámaras. Encontró una de treinta y cinco milímetros que solía utilizar en la universidad y buscó algún carrete para cargarla, pero no encontró ninguno. Tampoco encontró nada en el cuarto oscuro. De pronto, sentía unas ganas imperiosas de sacar fotos. Iría a la galería West Farms a comprar lo que necesitaba.

Tras cambiarse y pedir un taxi por teléfono, le dijo a Pauline que se iba de compras. La asistenta dijo que Fred podía acompañarla, pero Jenny le explicó que ya había pedido un taxi. Estaba deseando moverse por su cuenta.

Tres horas más tarde, Jenny miró su reloj mientras volvía a casa en otro taxi. Las compras le habían llevado más tiempo del que esperaba. Notó el pelo corto en su nuca y sonrió. Tras comprar los carretes y encargar lo que necesitaba para el cuarto oscuro, había visto una peluquería y no pudo resistir el impulso de entrar. Se sentía más ligera ahora, sin tanto pelo, más dispuesta a enfrentarse a una nueva vida. Después de cortarse el pelo fue a otra tienda a comprar unos cojines en tonos verdes, azules y rosados para la habitación del televisor y dos alfombras de los mismos tonos para su despacho. Lo siguiente que pensaba hacer era descolgar los cuadros.

Cuando el taxi se detuvo frente a la casa, Jenny vio el coche de Christopher aparcado junto al garaje. Tras pagar al taxista, le dio las gracias y salió del coche.

Estaba subiendo las escaleras, pensando en lo agotada que le había dejado aquella excursión, cuando se abrió la puerta y Christopher salió al porche con un evidente gesto de enfado en el rostro.

—¿Dónde has estado? —preguntó, antes de que Jenny pudiera

sonreír o decir «hola».

—En la galería.

Como si acabara de fijarse, Christopher exclamó:

—¿Y qué diablos has hecho con tu pelo?

Jenny movió la cabeza y luego se pasó una mano por la nuca.

—¿No te gusta?

Christopher se limitó a mirarla, boquiabierto.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella, extrañada.

—El problema es que he llamado para ver qué tal estabas y Pauline no tenía idea de a dónde habías ido —las palabras de Christopher casi parecieron un gruñido.

—Le he dicho que iba de compras. Soy una mujer adulta, así que no me trates como si fuera una adolescente que se ha escapado de casa.

Christopher señaló la pequeña bolsa que Jenny llevaba en la mano.

—¿Comprar eso te ha llevado tres horas?

—¡Por supuesto que no! Lo demás lo van a enviar, porque no quería cargar con ello.

—¿Y qué era tan importante que no has podido esperar a que Fred o yo te lleváramos?

Jenny no sabía con exactitud cuál era el problema de Christopher, pero decidió que estaba preocupado porque le preocupaba algo más que su salud.

—Me apetecía salir sola. Tengo más de dieciocho años y este es un país libre, así que, ¿te importaría decirme qué he hecho mal?

—¡Estaba preocupado!

—¿Estabas preocupado? —repitió Jenny en tono irónico—. ¿Es por eso por lo que ayer no volviste hasta las tres de la madrugada? ¿Y por eso te has ido esta mañana antes de desayunar? ¿Y por eso no te has molestado en dejarme una nota diciendo si ibas a venir a comer? No creo que la palabra «preocupado» sea la más adecuada. ¡Y si este constante control es tu idea del matrimonio, no me extraña que ninguno de los dos sepamos qué hacía yo de noche en una carretera secundaria cerca de Binghamton!

Al ver la anonadada expresión de Christopher, Jenny comprendió que no debería haber sacado su mal genio a menudo desde que se conocían. De hecho, él había dicho que nunca discutían. Pero ella no estaba discutiendo. Estaba exponiendo unos hechos.

Abriendo la puerta de la casa de par en par, pasó al interior y

subió a su habitación.

Las palabras de Jenny habían golpeado a Christopher casi físicamente. ¡Nunca se había enfrentado a él de aquella manera! Pero lo cierto era que él tampoco la había interrogado nunca así. Estaba preocupado por ella.

No pudo evitar preguntarse si su preocupación se debía al temor de que Jenny hubiera recuperado la memoria y se hubiera arrojado en brazos de otro hombre.

Maldijo entre dientes mientras se pasaba una mano por el pelo. Jenny nunca se había quejado por sus horas de llegada. Siempre estaba esperándolo, dispuesta a darle la bienvenida con su cuerpo, o en su despacho, donde desarrollaba nuevas ideas para ganar dinero para sus obras de caridad.

Pero ahora…

Ahora empezaba a darse cuenta de cuánto tiempo la había dejado sola.

Christopher no había tenido que disculparse numerosas veces en su vida. Pero sabía que si no lo hacía ahora, Jenny podría marcharse. De hecho, era posible que estuviera haciendo el equipaje en esos momentos…

Cerró de un portazo y subió rápidamente a la planta superior. La puerta de la habitación de Jenny estaba entreabierta. La abrió sin preámbulos, esperando ver una maleta abierta en la cama. En lugar de ello encontró a Jenny sentada, cargando una cámara.

Cuando alzó la cabeza y lo miró, Christopher respiró, aliviado.

—Supongo que debería haber llamado —dijo.

Jenny se encogió de hombros.

—Había dejado la puerta abierta.

—¿Esperando que entrara?

Jenny dejó la cámara a un lado.

—No sé lo que esperaba. ¿Tienes idea de lo desorientada que estoy?

Christopher se sentó en la cama junto a ella.

—No, probablemente no.

Cuando Jenny ladeó el rostro para mirarlo, su pelo corto le acarició la mejilla.

—Gracias por ser sincero.

Christopher pensó que ella sí que parecía sincera, y que

sobrellevaba muy bien su desorientación y que se enfrentaba a su situación con gran coraje. Pero no pudo evitar recordar la sombra que había percibido en sus ojos y en su rostro durante los meses anteriores al accidente.

Deseaba tocarla, besarla, hacerle el amor hasta convertirse para ella en su único mundo… Pero sabía que les aguardaba un largo camino antes de que pudieran convertirse de nuevo en marido y mujer. Al menos su cabeza lo sabía, aunque su cuerpo tuviera sus propias ideas.

—Me he pasado cuando has llegado a casa —dijo, dejándose llevar por su cabeza—. Lo siento.

—Me has tratado como si no pudiera hacer nada sin tu autorización. No podría vivir así.

Christopher percibió la convicción que había en las palabras de Jenny y se maravilló de que lo tratara con tanta franqueza, preguntándose por qué la antigua Jenny se habría vuelto tan sumisa.

—Se que no podrías. Y nuestro matrimonio no era así. Has dicho que estás desorientada, Jenny. Yo también lo estoy, aunque imagino que no tanto como tú. Después del accidente no sabía si ibas a sobrevivir, y, si lo hacías, en qué estado. Sólo hace tres días que has salido del hospital y lo cierto es que estoy preocupado por ti.

Jenny apoyó su mano sobre la de Christopher con tal naturalidad que la excitación de sentir el contacto de su piel quedó eclipsada por la satisfacción de saber que quería tocarlo.

—Estoy bien, Christopher. En serio. Mis costillas mejoran rápidamente. Aún me canso, pero cada vez menos. Así que no tienes de qué preocuparte.

Deseando que no apartara su mano, que siguiera hablando, Christopher preguntó:

—¿Qué has comprado?

—Carretes y pilas. Líquidos y papel para revelar. Quiero volver a sacar fotos. También he comprado algunas cosas para mi despacho. He pagado todo con la tarjeta. Espero que no te importe.

—Claro que no me importa. No tienes que pedirme permiso para comprar nada. Tienes tu chequera en el escritorio de tu despacho. Pauline me ha dicho que ya has visto tu armario archivador. Pensaba enseñártelo, pero…

—Ibas retrasado con tu trabajo —concluyó Jenny por él.

Christopher nunca se había sentido culpable por las horas que

trabajaba. ¿Por qué se sentía así ahora?

—Mi negocio no sólo se centra en investigaciones sobre empresas norteamericanas. También incluye mercados extranjeros. Debo hacer muchas llamadas internacionales de noche.

—¿Qué haces exactamente?

—Invierto el dinero de otras personas, además del mío.

—Y debes hacerlo bien.

Había curiosidad en el tono de Jenny. Christopher nunca había hablado con ella sobre su trabajo, pensando que le aburriría.

—De niño tenía mucho tiempo y aprendía rápido. Así que mis padres me enviaron a un colegio especial, pensando que eso me supondría un reto. Pero no me gustó nada la actitud de superioridad de los niños de la escuela. No me gustó tener que alejarme de todo lo que me resultaba familiar, de Luke, que era más un hermano que un primo. El caso es que no lograba relacionarme con los otros chicos de la escuela como con mis primos en verano, así que, cuando no estaba estudiando o jugando al fútbol, me dedicaba a analizar los mercados financieros.

Jenny sonrió.

—Como pasatiempo.

—Sí. Empezó siendo una simple afición, pero me fascinaba. Luke, Jud y yo cobrábamos un sueldo en verano por trabajar en el rancho de mi tío. Cuando cumplí catorce años los convencí para que me dejaran invertir su dinero. Le expliqué a mi padre mis ideas y él las siguió e hizo la inversión por mí.

—¿Y ganaste?

Christopher rió.

—Desde luego. Desde entonces, Luke y Jud siguieron dándome su salario y también sus ganancias.

Jenny lo miró con una leve sonrisa en los labios.

—¿Qué? —preguntó él.

—Trato de imaginarte con botas y un sombrero vaquero.

—¿Y?

De pronto, Jenny apartó la mirada de él y retiró su mano. Christopher podría haber pasado por alto el incidente, pero quería saber qué pasaba por la cabeza de su mujer. Apoyando una mano bajo su barbilla, le hizo volver el rostro hacia él. Estaba ruborizada.

—Contéstame —dijo, con suavidad.

Jenny bajó la mirada.

—Creo que debías ser un vaquero muy sexy.

Lo dijo con tal sencillez, con una timidez que excitó tanto y tan rápidamente a Christopher, que ni siquiera la cabeza de éste pudo impedir que la rodeara por los hombros con un brazo. Deseándola más de lo que creía posible, buscó sus labios, hambriento de ellos.

Cuando Jenny alzó una mano para apoyarla en su hombro, rogó para que no lo apartara. Pero, en lugar de resistirse, Jenny pasó una mano tras su cuello con tal exquisita sensación de descubrimiento que un ronco gemido surgió inevitablemente de lo más profundo de Christopher. A la vez que penetraba con su lengua en la boca de Jenny, la tumbó en la cama, sin pararse a pensar en las consecuencias…

El teléfono empezó a sonar en ese momento.

Por el motivo que fuese, Pauline no respondió. Cuando Christopher había llamado a casa y había averiguado que Jenny no estaba, decidió no asistir a una reunión, diciendo a sus asociados que lo llamaran si lo necesitaban.

Apartándose de Jenny, con la respiración agitada, descolgó el auricular.

—Langston.

Hubo un largo silencio antes de que la línea se cortara.

Christopher maldijo entre dientes, con el pulso acelerado por un motivo distinto al anterior.

Jenny tenía el pelo revuelto y los labios ligeramente inflamados debido al beso.

—¿Que sucede? —pregunto.

Christopher cerró los ojos un momento tratando de controlar sus emociones. Otra llamada sin respuesta. Había alguien al otro lado de la línea. Estaba seguro de ello.

¿El amante de Jenny?

No sabía cómo separar el presente del pasado, al igual que no podía separar a la mujer que tenía ante sí de su esposa antes del accidente.

—Alguien se ha equivocado de número —dijo, conteniendo apenas la rabia y la necesidad de saber quién llamaba a su mujer.

—Christopher.

No quería hablar sobre el beso, ni sobre su deseo, ni sobre lo que

había estado a punto de suceder entre ellos.

—Será mejor que vaya a ver por qué no ha contestado Pauline. Luego tengo que volver a la oficina. Trabajaré hasta tarde. No sé a qué hora volveré a casa.

—No hace falta que vayas a la oficina para alejarte de mí.

—No voy… —Christopher cerró la boca. No tenía sentido mentir—. Tengo que aclarar unas cosas. Me resulta más fácil si no estoy aquí.

—Porque estoy yo —dijo Jenny, mirándolo con la esperanza de que lo negara.

—Tú necesitabas salir esta tarde —replicó Christopher—. Yo necesito salir, ahora —se levantó y fue hasta la puerta. Se volvió antes de salir y vio el desconcierto que había en los grandes ojos azules de su esposa—. No tengo respuestas, Jenny. Todavía no. Nos veremos mañana.

Mientras cerraba la puerta, no pudo olvidar la mirada de Jenny. No pudo olvidar su cuerpo presionado contra el de ella. No pudo olvidar que tal vez le había sido infiel.

Dos horas más tarde, Christopher estaba sentado al escritorio de su despacho, esperando una llamada y sintiéndose incapaz de concentrarse. Cuando el teléfono sonó, lo descolgó de inmediato, dándose cuenta de que, probablemente, aquella era la primera vez que iba a pedir consejo en su vida. Pero el incidente de la llamada sin respuesta lo había arrinconado, haciéndole enfrentarse a la realidad.

—Langston —contestó.

—Soy la doctora Coswell, señor Langston.

—Dijo que la llamara si tenía alguna pregunta que hacerle. Necesito saber cómo afrontar algo.

—Adelante.

—Supongo que lo que diga quedará entre nosotros.

—Por supuesto. La confidencialidad se extiende a los miembros de la familia de mis pacientes. Pero si lo que quiere es que le oculte algo a Jenny, ese es otro asunto.

Christopher decidió seguir adelante, porque necesitaba la opinión de la doctora.

—Algo estaba desgarrando nuestro matrimonio antes de que Jenny sufriera el accidente, y creo que ella tenía una aventura. No sé por

qué estaba en aquella carretera cerca de Binghamton ni a dónde iba. Me gustaría poder hablar de todo esto abiertamente, pero si Jenny no lo recuerda, no podemos hacerlo.

—Supongo que eso está afectando a su relación.

—Tanto como su amnesia.

—Y quiere saber si debe comunicarle sus sospechas.

—Sí.

Se produjo un momentáneo silencio.

—¿Está teniendo Jenny algún destello de recuerdos?

—Si es así, no me lo ha dicho.

—¿Quiere hacer lo que sea mejor para usted o lo que sea mejor para ella?

En el escritorio de Christopher había una foto de la luna de miel que pasaron Jenny y él en Hawaii.

—Haré lo que sea mejor para ella.

—En mi opinión, es mejor que Jenny recuerde de forma natural, sin revelaciones traumáticas. Ni siquiera hace una semana que ha salido del hospital, señor Langston. Cuando se adapte de nuevo a su entorno, los recuerdos podrían regresar. Déle tiempo para recordar por su cuenta.

—¿Cuánto tiempo? ¿Dos meses? ¿Seis?

—No lo sé. Comprendo que no es esto lo que quiere escuchar, pero lo cierto es que en caso de conmoción cerebral es casi imposible dar una respuesta.

—De manera que no puedo hacer nada.

—Puede apoyar a su mujer. Empezar a construir una nueva relación con ella. Puede ser paciente y esperar.

Cuando colgó el teléfono, Christopher comprendió que no había conseguido el consejo que buscaba, pero la doctora Coswell había respondido a su pregunta. No podía compartir sus sospechas con Jenny.

Tendría que vivir con sus dudas y esperar que su matrimonio sobreviviera.

El viernes por la mañana, Wind Feather trotaba por la explanada de hierba mientras Jenny le sacaba fotografías, tratando de distraerse para no pensar en Christopher y en los sentimientos que despertaba

en ella. Había descubierto algo sobre él en los últimos días. Cuando no quería enfrentarse a sus sentimientos, la rehuía. ¿Había hecho siempre eso?

Estaba sacando otra foto cuando sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Bajó la cámara, sabiendo que Christopher se acercaba. Preguntándose por qué habría vuelto a casa después de haberse ido antes de la hora del desayuno, se volvió hacia él.

La intensa mirada de Christopher le hizo sentirse como si no llevara puestos los vaqueros ni el jersey.

—¿Qué haces en casa? —preguntó—. ¿Sucede algo malo?

—No he venido a vigilarte, si eso es lo que te preocupa —contestó él con brusquedad—. Necesitaba venir a por unos papeles. Y también quería preguntarte algo.

—Aquí me tienes —dijo Jenny, con una sonrisa que sólo sirvió para que Christopher frunciera aún más el ceño.

—Ha llamado mi madre. Da una fiesta esta noche y quiere saber si nos apetece ir. No he querido darle una respuesta sin consultarte.

—Claro que me apetece. ¿Quienes asistirán?

—Algunos amigos de mis padres, Luke y sus padres. Los conoces a todos. Por eso no estaba seguro de que quisieras ir.

La expresión de Christopher no revelaba lo que estaba pensando y Jenny no pudo entender su comentario.

—¿Prefieres que me esconda?

—Por supuesto que no. Estaba pensando en ti y en las preguntas que tal vez tengas que soportar…

—Que tengamos que soportar, querrás decir. Tuve un accidente. No recuerdo nuestro matrimonio. No tengo nada de qué avergonzarme, ni tú tampoco.

Christopher permaneció un momento en silencio.

—¿Te has parado a pensar alguna vez que esas preguntas también podrían resultar incómodas para mí? A fin de cuentas, nuestro matrimonio es la única parte de tu vida que no recuerdas.

De manera que eso era lo que le tenía preocupado.

—Oh, Christopher. Siento no haber pensado en eso. No tenemos por qué ir.

Él metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—No necesito tu compasión —murmuró—. Y no vamos a escondernos. Sólo quería que comprendieras a qué nos enfrentamos.

Incapaz de contenerse, Jenny alargó una mano hacia él y lo tomó por un brazo.

—No es compasión. Es comprensión. Y no sé porque no logro recordar nuestro matrimonio más que tú. A menos que sepas algo que me ocultas —añadió con suavidad.

Por unos instantes hubo un auténtico torbellino en la mirada de Christopher. Pero su expresión volvió a cerrarse enseguida.

—Llamé el otro día a la doctora Coswell porque estaba preocupado por ti. Insistió en lo que ya dijo. La evolución de una conmoción cerebral es impredecible.

—¿La llamaste porque estabas preocupado por mí?

—¿Por qué te sorprende? Me preocupo por ti, Jenny.

Ella no pudo evitar decir lo que pensaba.

—Entonces ven a casa por la noche para que podamos volver a conocernos —había permanecido levantada las tres últimas noches, esperando. Pero se había quedado dormida cada noche antes de que Christopher llegara.

Cuando él sacó la mano del bolsillo, Jenny pensó que iba a apartarse. Pero no lo hizo. Se limitó a mirarla y a preguntar.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí —contestó Jenny, con sencillez.

—Volveré a casa esta tarde a las seis para vestirme. Mis padres nos esperan a las siete.

—¿Qué debo ponerme?

Christopher sonrió.

—A mi me gustas en vaqueros. ¿Dónde los has encontrado?

Al parecer, pensó Jenny, solía vestir elegantemente incluso para estar en casa.

—En el cajón más bajo del armario. Pero no creo que resulten apropiados para la cena.

—Busca en tu armario. Sabrás qué elegir. Tienes un gusto excelente. Por cierto, las cosas que compraste el jueves ya han llegado. Están en el vestíbulo.

—¿Quieres verlas? —preguntó Jenny, sonriendo. Al ver que Christopher miraba su reloj, añadió—: No importa. Tampoco tienen nada de especial.

—Enséñamelas de todos modos. ¿Dónde quieres llevar los paquetes?

—Abajo. Pero si tienes que irte…

—Tengo un cuarto de hora aún. Vamos. Enséñame lo que has comprado.

En el vestíbulo, Christopher tomó dos grandes bolsas, preguntándose qué contendrían. Jenny había conseguido picar su curiosidad. Parecía excitada respecto a lo que había comprado. Ella tomó un tercer paquete, más pequeño, y empezó a desenvolverlo mientras bajaban.

Una vez abajo, Christopher la miró mientras sacaba de una de las bolsas los cojines de colores y los distribuía por el sofá. Cuando sacó una de las alfombras de la otra bolsa, vio que se llevaba una mano al costado. De inmediato, se la quitó.

—¿Dónde quieres que la ponga?

—Frente al armario archivador del despacho. Y la otra en la entrada.

Después de poner las alfombras donde le había indicado Jenny, Christopher miró a su alrededor.

—No hay duda de que así está más bonito.

Jenny sonrió.

—Ahora, sólo me falta quitar esos terribles cuadros de la pared. He pensado en pasar por la galería Seneft para elegir algo con qué sustituirlos.

—¿Qué tienes pensado?

—No estoy segura. Pero tiene que ser algo que vaya a juego con los colores de las alfombras.

—Hay algunas fotos tuyas enmarcadas en la planta de arriba.

—¿En serio? —la expresión de Jenny fue como la de una niña a la que acabaran de entregar su regalo de navidad.

—En serio. ¿Quieres que las baje?

—Tal vez pueda hacerlo Fred. Sé que tienes que irte.

Christopher se dio cuenta de que no quería que Fred hiciera aquello… porque quería ver la expresión del rostro de su esposa cuando viera por primera vez las fotos que había tomado.

—¿Te importa esperar hasta esta noche, cuando volvamos a casa? Me gustaría estar aquí cuando las veas.

—¿Por si me traen algún recuerdo?

Por unos momentos, Christopher había olvidado las circunstancias en que se encontraban. Pero no podía olvidarlo.

—Sí, creo que será mejor que las veamos juntos —tratando de protegerse de nuevo, dijo—: Dile a Pauline que retire todos estos papeles y bolsas. Trataré de volver a tiempo esta tarde.

—¿Christopher?

Él se detuvo en el umbral de la puerta y miró a Jenny.

—Estoy deseando que llegue esta noche —dijo ella.

¿Para estar con él? ¿O para ir a la fiesta? Christopher no lo preguntó. Se limitó a asentir y salió del despacho, pensando lo guapa que estaba Jenny y cuánto la deseaba.

Capítulo 4

Bajando las escaleras a toda prisa, Christopher se detuvo en el tercer escalón al ver a Jenny sacando un ligero abrigo blanco del armario del vestíbulo.

Cuando ella alzó la vista, él la estaba mirando.

—No recuerdo ese vestido —dijo, con voz grave.

—Se supone que ese es mi problema —replicó Jenny, sonriendo con intención de empezar la tarde con buen pie.

—Date la vuelta —ordenó él mientras bajaba los dos últimos peldaños.

Colocando el abrigo sobre un brazo, Jenny giró. El corpiño del vestido era cerrado, pero la parte trasera revelaba un círculo de piel bajo los omóplatos.

—Nunca habías llevado un vestido como ese —dijo Christopher, deslizando un dedo por la espalda de Jenny.

Un intoxicante estremecimiento de excitación la recorrió al sentir su contacto, como si su cuerpo supiera lo que pasaría a continuación, a pesar de que ella no lo supiera.

—Tal vez fue un capricho.

—O puede que lo compraras con un propósito definido —la voz de Christopher sonó repentinamente fría, pero antes de que Jenny pudiera preguntarle por qué, añadió—: Vamos, o llegaremos tarde.

Un momento le parecía que se sentía atraído por ella y al siguiente era como si no quisiera tocarla. ¿Por qué le producía aquella reacción que llevara un vestido nuevo?

Los padres de Christopher vivían a sólo unos kilómetros de distancia. Durante el trayecto apenas hablaron, y Jenny no pudo evitar pensar con cierta ironía en su intento por empezar la tarde con buen pie.

Aunque fue una doncella quien abrió la puerta, Marjorie Langston salió a recibirlos al vestíbulo.

—No sabes cuánto me alegra que hayas venido —dijo, tomando una mano de Jenny entre las suyas—. ¿Cómo te encuentras? Tienes un aspecto maravilloso. Me gusta mucho cómo te queda el pelo así.

Jenny sintió que la amabilidad de la madre de Christopher era muy sincera.

—Me encuentro bien. Y te agradezco que nos hayas invitado. Pero tendrás que presentarme a todo el mundo.

—Los demás invitados saben lo de tu accidente. Les he dicho a todos que te traten como si acabaran de conocerte. Ven a que te los presente.

Christopher permaneció junto a Jenny mientras su madre llevaba a ésta al salón. Luke fue el primero en acercarse. Jenny se alegró de ver un rostro familiar. Pero cuando Luke se fijó en su nuevo corte de pelo y en su vestido, arqueó las cejas, mirando a Christopher como para decir algo que sólo ellos podían entender. Por algún motivo, Jenny no estaba segura de si Luke era un amigo o no. Sin embargo, se mostró muy amistoso cuando la presentó a sus padres. Su madre era hermana de Marjorie. Los Hobart fueron tan cariñosos con ella como los padres de Christopher, y Jenny se relajó enseguida cuando comprobó que la trataban más como a una recién conocida que como a una especie de extraño fenómeno.

Durante la cena estuvo sentada entre Christopher y Marjorie.

—Puede que sea demasiado pronto, Jenny —dijo la madre de Christopher en determinado momento—, pero necesito saber qué piensas hacer sobre el último proyecto en que estabas trabajando.

—Aún no he tenido oportunidad de revisar los archivos en los que tengo todo anotado.

—Este proyecto implica bastante compromiso. Aceptaste ocuparte de organizar una subasta cuyos beneficios irán a parar al hospital para cubrir los gastos médicos de niños que carecen de seguro. Necesito saber si aún quieres hacerlo.

—¿Qué tendré que hacer?

—Tú organizaste casi todo y elegiste el comité. Ya están llegando las donaciones para la subasta y las estamos almacenando en uno de nuestros garajes. También ibas a actuar como maestra de ceremonias durante la subasta, porque nadie quería hacerlo.

—Necesito ocuparme en algo. Pero necesitaré que me pongas al tanto de todos los detalles.

Marjorie sonrió.

—Por supuesto, querida. ¿Por qué no quedamos para la semana que viene? Aún quedan unas semanas hasta que llegue la noche de la subasta. Si prefieres pensártelo…

—No. Es exactamente lo que necesito.

Christopher se inclinó hacia ella. Cuando habló, su aliento acarició la mejilla de Jenny.

—¿Sabes en lo que te estás metiendo?

Cuando Jenny se volvió, sus labios quedaron a escasos centímetros de los de él.

—Quiero hacer esto, Christopher. Tengo tiempo. No puedo pasarme el día en casa esperando recordar cómo era mi vida.

Jenny creyó percibir un destello de admiración en los ojos de Christopher, pero éste apartó enseguida la mirada.

Después de cenar, Jenny se excusó para ir al servicio a retocar su maquillaje. Estaba a punto de salir cuando oyó que alguien mencionaba su nombre tras la puerta.

—Es muy raro que estuviera en Binghamton, y nadie sabe qué hacía allí. O si lo saben, al menos no lo dicen.

—Marjorie no habla para nada del tema. ¿Crees que es posible que Jenny estuviera bebida cuando se salió de la carretera y por eso están siendo tan discretos?

Jenny se quedó helada. ¿Bebida?

Sabía que durante sus años en la universidad nunca bebió más que un ocasional vino con sus compañeros, pero…

¿Sería aquel el motivo de la actitud de Christopher? ¿Habría desarrollado una dependencia del alcohol durante su matrimonio? ¿Era ese el problema que había entre ellos?

Tenía que averiguarlo.

Abrió enérgicamente la puerta para que las dos mujeres que esperaban fuera supieran que iba a salir.

Tras dedicarles una forzada sonrisa fue en busca de su marido.

Lo encontró charlando con otros dos hombres en la biblioteca.

—Siento interrumpiros —dijo, dirigiéndose a Christopher—, pero necesito hablar contigo un momento.

Él permaneció en silencio unos instantes, y una vocecita en el interior de la cabeza de Jenny susurró, «va a decirte que está ocupado». El pensamiento fue una impresión. ¿O fue un eco de algo sucedido anteriormente? Antes de que pudiera decidir de qué se trataba, Christopher se excusó con los hombres con los que estaba hablando. Luego tomó a Jenny por el codo y la llevó a una habitación que había junto al vestíbulo. Tras seguirla al interior, preguntó:

—¿Cuál es el problema?

Jenny no había dicho que hubiera ningún problema, pero Christopher parecía leer en su expresión con facilidad.

—¿Tuve el accidente porque iba bebida?

—¡Jenny!

—¿Es así, o no es así?

—No. Por supuesto que no. ¿Por qué se te ha ocurrido eso?

—Porque he escuchado a dos de las amigas de tu madre hablando sobre mí y han sugerido que ese podía ser el motivo por el que ninguno de vosotros menciona el accidente.

—Son meras cotillas, Jenny, aunque sean amigas de mi madre. Creen que tienen que saberlo todo sobre todo el mundo. Mis padres tienen más delicadeza.

—Pero tiene sentido. El hecho de que yo me aficionara al alcohol durante nuestro matrimonio podría ser la causa de que te muestres tan distante conmigo, de que no me cuentes nada sobre cómo era nuestra relación…

Christopher la sujetó por los hombros.

—Olvida eso. No tienes ningún problema con el alcohol. Si no me crees, puedes comprobar tus informes médicos. Después de un accidente como el tuyo siempre se analiza el nivel de alcohol en sangre. No habías bebido.

Jenny sintió tal alivio al saber aquello que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Y en cuanto a nuestro matrimonio —continuó Christopher—, estoy siguiendo las indicaciones de la doctora Coswell. Ella piensa que debes recordar por tu cuenta.

Jenny deseó sentir las firmes manos de Christopher sobre su piel desnuda.

—¿Y la distancia? —su pregunta fue apenas un susurro.

Christopher la soltó y se apartó.

—Estamos en una situación muy extraña. Es lógico que haya cierto distanciamiento entre nosotros.

—Pero yo siento que estás enfadado conmigo por algún motivo. Y si no me dices cuál…

—¿No es suficiente que nuestras vidas se hayan vuelto del revés debido al accidente? ¿Que antes del accidente tuviera una esposa y ahora no?

—Sigo siendo tu esposa —dijo Jenny con suavidad.

—Has borrado todos tus recuerdos sobre nuestro matrimonio, ¡y yo estoy durmiendo en una de las habitaciones para invitados!

—Te he pedido un poco de tiempo…

Christopher movió la mano en el aire con gesto de impotencia.

—De acuerdo, tómate el tiempo que necesites. Pero entonces no me preguntes por qué hay ese distanciamiento entre nosotros.

Sin más, se volvió y salió de la habitación.

Sintiendo que las rodillas le temblaban, Jenny se sentó en un sofá, luchando por contener las lágrimas. Tenía que recuperar la compostura antes de volver a la fiesta. Y también debía averiguar qué era lo más conveniente para su relación con Christopher y hacerlo.

Oyó pisadas acercándose y supuso que sería él…

Pero al alzar la vista vio que el que entraba era Luke. Este la miró con gesto serio.

—Christopher parece dispuesto a pelearse con el primer oso gris que se cruce en su camino —dijo—. ¿Te encuentras bien?

Jenny respiró profundamente antes de hablar.

—No sé, Luke. ¿Puedes contarme algo sobre nuestro matrimonio? ¿Me dirás si algo iba mal?

Luke se sentó junto a ella.

—No puedo decirte nada, Jenny. Esto es entre Christopher y tú.

—A veces resultan confuso… No estoy segura de qué hacer, qué decir o cómo actuar.

Luke la miró con expresión cariñosa.

—Sigue tus instintos. Y tu corazón.

La mirada de sus ojos verdes parecía tan amable, su voz sonaba tan compasiva… Una imagen destelló frente a Jenny con tal claridad que tuvo que cerrar los ojos. Era Luke. No con un traje, como iba vestido en ese momento, sino con un polo rojo y vaqueros. Estaba sentado en ese mismo sofá con ella, entregándole un regalo, una cajita. La cajita contenía un broche, un círculo de oro con perlas alrededor. Y oyó su voz.

«Quería hacerte un regalo de cumpleaños tan elegante como tú misma».

—¿Jenny? ¿Qué sucede, Jenny? —preguntó Luke, en el presente—. Te has puesto muy pálida…

—¡Acabo de recordar algo! Tú y yo… sentados aquí. ¡Aquí me regalaste un broche por mi cumpleaños!

Luke se puso en pie de un salto.

—¡Voy a buscar a Christopher!

Jenny lo sujeto por una mano.

—No. No es mucho…

—Pero es un comienzo. No te muevas de aquí.

Jenny volvió a cerrar los ojos, esperando que las imágenes volvieran, esperando recordar más. Pero no recordó nada más, y cuando Christopher entró en la habitación con Luke, lo miró y dijo:

—Sólo ha sido un destello.

—Cuéntamelo —la apremió Christopher, sentándose junto a ella, pero sin tocarla.

Jenny le contó lo que había recordado, describiendo el broche, la ropa que llevaba Luke y lo que le dijo.

—¿No recuerdas que hubiera nadie más?

—No había nadie más. Al menos, yo sólo he visto a Luke. ¿Fue así?

—No lo sé. Recuerdo que surgió un compromiso de última hora y tuve que volar a los Angeles.

—Te di el regalo antes de comer —dijo Luke—, porque te había disgustado que Christopher tuviera que irse. Tía Marjorie y tío Wayne te dieron su regalo después.

Jenny recordaba su alegría por el regalo de Luke, no su decepción por la ausencia de Christopher. Sin embargo, se sentía decepcionada, pero esa era una emoción del presente, no del pasado. Al parecer, Christopher se había perdido su cumpleaños.

—¿No recuerdas el día siguiente? —preguntó su marido—. Noté que habías llorado y te compré rosas y un perfume.

Jenny negó con la cabeza.

El dolor que reveló la expresión de Christopher le hizo daño, y supo por qué. Recordaba a Luke, pero no recordaba a su marido.

—Debo haberlo recordado porque Luke se ha sentado en el mismo sitio que aquella tarde.

—No tienes por qué darme explicaciones. La situación se está aclarando. Por el motivo que sea, tu mente me ha borrado.

—Christopher…

Él se levantó y fue hacia la puerta.

—¿Por qué no hablas un poco más con Luke? Puede que así recuerdes algo más.

Mirando a su primo, Luke dijo:

—No seas a… —pero los pasos de Christopher ya se alejaban por el

pasillo.

Luke se volvió hacia Jenny con el ceño fruncido.

—No sé si ir tras él o quedarme contigo.

—Vete. Comprendo que se sienta frustrado. Necesita hablar con alguien de su confianza, y confía en ti. No se por qué, pero en mí no confía. No te preocupes por mí. Estoy bien.

—¿Estás segura?

Jenny logró sonreír.

—Estoy segura.

Cuando Luke se fue, cerró los ojos y trató de discernir los sentimientos que había en su interior. Se sentía apegada a Christopher de un modo profundo. Pensó en su primera noche en casa, cuando Christopher había entrado en el baño mientras ella estaba en la bañera. No podía asegurar que el pánico que sintió fuera un recuerdo. Sin embargo, hacía unos momentos había visto a Luke con tanta claridad…

¿Por qué no podía recordar a Christopher de la misma manera?

Mirándose las manos que apoyaba en el regazo se dio cuenta de que no llevaba anillos. Sin duda, antes del accidente tenía un anillo de casada y, probablemente, otro de compromiso. ¿Los llevaba puestos cuando el coche se salió de la carretera? ¿O se los había quitado antes de ir a Binghamton?

Otra pregunta que tenía que hacer a su marido.

El resto de la velada pasó lentamente. Christopher habló con sus padres y amigos, actuando como si todo fuera normal.

Después de lo sucedido, empezaba a tener una imagen de su matrimonio que no le gustaba. Antes del accidente de Jenny, nunca se había dado cuenta de cuánto tiempo la había dejado sola. Nunca pensó que le importara. Jenny nunca se había quejado. Siempre lo apoyó en todo, asistiendo sin la más mínima queja a las fiestas y cenas a las que él acudía cuando no estaba trabajando de noche.

El éxito siempre había sido importante para él. Había elegido a Jenny para que estuviera a su lado. Pero ahora no sabía si era allí donde ella quería estar.

Y si alguna ver recuperaba la memoria…

Era posible que el obtuviera sus respuestas, pero también correría

el riesgo de perder su matrimonio.

Buscó a Jenny con la mirada y la vio sentada junto a su madre. El bonito color rosado de sus mejillas había desaparecido y se notaba que estaba cansada.

Se acercó a ella y preguntó:

—¿Estás lista para que nos vayamos?

—Oh, Christopher, tenéis que… —empezó Marjorie, pero entonces miró a Jenny—. Tienes un aspecto tan encantador, querida, que a veces olvido que aún te estás recuperando.

Jenny se puso en pie y tomó la mano de Marjorie.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por invitarnos.

Wayne se acercó a ellos.

—Tú quédate con nuestros invitados, Marge. Yo los acompaño a la puerta.

—Nos vemos el miércoles a la hora del almuerzo —dijo Marjorie a Jenny—. Avísame si quieres que mandemos a nuestro chofer a recogerte.

Tras despedirse de los demás invitados, Jenny y Christopher fueron al vestíbulo acompañados por Wayne. Mientras éste ayudaba a su nuera ponerse el abrigo, preguntó:

—¿Vas a hacer ese viaje a Londres ahora que Jenny ha vuelto a casa?

—Aún no lo he decidido —respondió Christopher, tratando de indicar a su padre con un gesto que no quería hablar de ello.

—¿Tenías planeado hacer un viaje antes de mi accidente? —preguntó Jenny.

Cuando Christopher le habló del viaje, ella le pidió que lo pospusiera hasta el verano. Él no estaba muy dispuesto a cambiar el plan, pero el accidente de Jenny no le dejó otra opción.

—Sí, iba a viajar a Londres para abrir allí una sucursal de Langston Financial.

—Establecer la sucursal podría llevarte seis semanas, o algo más —dijo Wayne—. Pero ahora que Jenny se está recuperando…

—He decidido meditarlo mejor —dijo Christopher.

—Pero insististe en que debías aprovechar la oportunidad mientras las condiciones económicas…

—Papá, este no es el momento de hablar de ello. Jenny lleva menos de una semana en casa.

—Con mi pérdida de memoria, tenemos que volver a adaptarnos el uno al otro.

—¡Pues llévala contigo y disfrutad de una segunda luna de miel!

Christopher respetaba a su padre, pero en ese momento le habría gustado hacer que desapareciera.

Con una sonrisa, Jenny dijo:

—Señor Langston, si Christopher y yo decidiéramos pasar una segunda luna de miel, no creo que me apeteciera demasiado que se dedicara a trabajar.

Wayne sonrió.

—En eso tienes razón. De acuerdo, me callo. Pero Jenny, si no puedes llamarme «papá», ¿qué tal si me llamas Wayne?

—Me gustaría llamarte papá. Hace mucho que no tengo un padre —dijo Jenny, y, a continuación, abrazó a su suegro.

Christopher nunca había visto a su padre tan encantado.

Durante el trayecto de regreso, Christopher miró a Jenny en varias ocasiones. Ella había cerrado los ojos y apoyaba la cabeza contra el respaldo del asiento. Tenían que hablar, pero quería esperar a poder mirarla a la cara.

Jenny salió del coche en cuanto Christopher lo detuvo en el garaje. Este parecía casi vacío sin un segundo coche, y Christopher pensó que ella necesitaría uno en cuanto pudiera conducir.

—Si quieres, mañana podemos ir a elegir un coche para ti —dijo.

—Supongo que podré volver a conducir después de mi siguiente cita con la doctora Coswell. ¿No trabajas los sábados?

Christopher sintió que se ruborizaba y agradeció la tenue luz que iluminaba el garaje. Normalmente trabajaba los sábados por la mañana, y a veces también por las tardes.

—He pensado que podíamos pasar mañana el día juntos. Es tarde para sacar tus fotos esta noche…

Una vez en el vestíbulo, mientras Jenny se quitaba el abrigo y lo colgaba en el armario, Christopher supo que, o decía en ese momento lo que debía decir, o Jenny subiría a su dormitorio y cerraría la puerta.

—No debería haberte dejado como lo he hecho hoy en casa de mis padres —dijo, finalmente—. No ha estado bien.

Jenny se volvió hacia él.

—Te ha disgustado que recordara a Luke y a ti no. Lo comprendo.

Aquel aspecto de la personalidad de Jenny seguía siendo el mismo. Siempre había sido muy comprensiva, y Christopher empezaba a preguntarse si él se habría aprovechado de ello, si habría dado demasiadas cosas por sentadas.

—Si me hubiera quedado contigo si hubiéramos hablado de ello, tal vez habrías recordado algo más.

—Tal vez sí. O tal vez no. Tengo la sensación de que tratar de recordar deliberadamente no funcionaría. Los recuerdos llegarán por sorpresa, como esta noche.

—¿Y me lo dirás cuando suceda? ¿Sin importar qué recuerdos sean?

—Por supuesto que lo haré, Christopher. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Porque tal vez fueran demasiado íntimos. Porque podían romper su matrimonio.

—Por cómo he reaccionado hoy —dijo Christopher guardándose sus temores—. Prométeme que me contarás todo lo que recuerdes.

—Lo prometo.

Los ojos azules de Jenny eran tan transparentes… sin sombras… sin secretos. Christopher deseó acariciar sus brazos desnudos, quitarle aquel vestido, más sexy que ninguno de los que se había puesto nunca. Juraría que casi podía ver sus pezones a través de la tela. Cuando esa tarde la había visto con él, había sospechado que lo compró para que otro hombre disfrutara quitándoselo.

Sin embargo, esa noche había elegido ponérselo para él.

Arriesgándose, deslizó un dedo por el borde del escote del vestido.

—¿Llevas sujetador debajo? —murmuró.

Los ojos de Jenny parecieron dilatarse.

—Sí. Estaba colgando junto con el vestido. Es… muy pequeño.

El pensamiento del pequeño sujetador, la idea de quitárselo, llevó las manos de Christopher a los brazos desnudos de Jenny. Los acarició suavemente, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Christopher… —susurró ella—… ¿dónde está mi anillo de casada?

Los pensamientos de una posible noche de pasión viraron repentinamente en otra dirección.

—Tu anillo de casada y el de compromiso están en la caja fuerte. La enfermera te los quitó cuando te ingresaron en el hospital. ¿Quieres

ponértelos? —preguntó Christopher, esperanzado.

—No se si debiera. Aún no. No me siento casada.

—Eso podemos remediarlo fácilmente —dijo él, y, tomándola entre sus brazos, la besó en los labios.

Oyó que Jenny tomaba aire rápidamente y aprovechó el momento para deslizar la lengua en su boca. Su dulce y erótico sabor lo excitó tanto que no fue capaz de pensar más allá del presente. Cuando ella deslizó las manos por su pecho hasta sus hombros, él deseó caricias más íntimas. No hacían el amor desde varias semanas antes del accidente. La tensión los había mantenido separados.

Para Christopher, besar a Jenny siempre había sido un placer, no un deber. Y ahora, aquel beso tenía algo nuevo, excitante, intoxicante, algo que los iba llevando a donde querían ir.

Siguiendo su propio impulso, las manos de Christopher se deslizaron hacia la espalda de Jenny. Mientras se presionaba contra ella, le acarició la cintura, el trasero, abarcando sus glúteos con las manos y apretándola contra sí para hacerle sentir la intensidad de su deseo.

Por unos explosivos segundos, ella se acurrucó contra él y frotó con sus senos su pecho. Pero cuando Christopher empezó a desabrocharle el vestido, se apartó.

—Estar… estar casados significa más que acostarse —la voz de Jenny tembló debido a la pasión que se había agitado en su interior.

Dándose cuenta de que le estaba diciendo que no, Christopher la soltó.

—Podría ser un comienzo —sugirió, tenso.

Jenny parecía triste, esperanzada e insegura, todo a la vez.

—No creo que se pueda empezar con sexo. Eso no es suficiente.

—Tenemos algo más que el sexo, Jenny. Tenemos una vida en común.

—Una vida que no recuerdo. Te he pedido que me des tiempo, Christopher. Aún lo necesito. Ahora que he recordado algo, puede que llegue a recordarlo todo. Quiero ser justa contigo. Quiero serlo con nosotros.

Examinando sus propios motivos, Christopher comprendió de repente que la sensación de urgencia que tenía se debía a que quería crear un lazo de unión entre ellos antes de que Jenny recordara. ¿Habría utilizado siempre el sexo para asegurar su relación? Si

lograba seducir a Jenny y ella no estaba preparada, haría más daño que bien.

La besó con delicadeza.

—Sacaré los anillos de la caja fuerte para que puedas guardarlos en tu joyero. Si te los pones de vez en cuando, es posible que recuerdes las promesas que nos hicimos. Puede que te des cuenta de que la pasión puede ser un poderoso lazo.

Mientras iba a su despacho a por los anillos, Christopher recordó sus propias promesas. Probablemente, no lo había hecho muy bien.

El sueño llegó como una sombra, pero alcanzó a Jenny con la fuerza de un golpe. De nuevo era su madre, y un túnel, y la figura de un hombre.

Cuando abrió los ojos, estaba sentada en la cama y temblando tanto que tuvo que respirar profundamente varias veces para calmarse.

¿Qué era aquel sueño? ¿Qué la llenaba de tal ansiedad y temor?

¿Debía decírselo a Christopher? ¿Debía ir a su cuarto? Recordando el beso con que había concluido la velada, pensó que no sería muy buena idea. Sus caricias, su voz y, sobre todo, sus besos, empezaban a volverse irresistibles. Pero algo le hacía comportarse con gran cautela, casi con temor.

Sin embargo, estaba segura de no temer a Christopher. Tenía miedo de algo tan intangible como el hombre del sueño.

Salió de la cama, fue al tocador y abrió su joyero. Dentro estaban sus dos anillos. Sabía que, cuando Christopher se los había dado, ambos esperaban algún indicio de reconocimiento. Pero cuando se los puso, sólo vio dos bonitos anillos, nada más.

Con un suspiro, cerró la tapa del joyero, sabiendo que ya no iba a poder dormir más esa noche. Pero sabía con exactitud lo que quería hacer. Revelar sus fotos. El día anterior por la tarde había montado el laboratorio. Pero antes de empezar a revelar tendría que vestirse.

Acababa de sacar unos vaqueros del armario cuando oyó el timbre de la puerta. Era extraño que alguien se presentara tan temprano. Al salir del dormitorio tras ponerse la bata oyó con claridad que alguien golpeaba la puerta.

Encendió las luces de vestíbulo y echó un vistazo por la mirilla. ¡Era

un vaquero! Al menos, lo parecía. El hombre llevaba un Stetson negro, camisa a cuadros, vaqueros y botas. La mandíbula, ligeramente cuadrada, resultaba familiar…

La foto de su cartera. Aquel debía ser Jud, el primo de Christopher. Sin pensárselos dos veces, abrió la puerta.

—¡Hola, Jenny! ¿Tienes una cama vacía para un vaquero agotado?

Jud era casi tan alto como Christopher y tenía los hombros igual de anchos.

—Tu debes ser Jud —dijo Jenny, sonriendo—. Adelante. Christopher está dormido…

Jud maldijo entre dientes mientras se quitaba el sombrero.

—Había olvidado que no me recordarías.

Al parecer, Christopher había puesto al tanto de lo sucedido a su primo.

—Tengo una foto en la que salís Luke, Christopher y tú —explicó Jenny—. Creo que Christopher no te esperaba tan pronto.

—Lo sé, pero, para variar, todo ha ido bien y he podido escaparme antes de lo que espejaba Fred me ha ayudado a descargar a Best Chance.

—¿Best Chance?

—El nuevo caballo de Christopher. He dejado el trailer tras los establos. Será mejor que no te acerques mucho a mí. Apenas he parado unos minutos durante todo el viaje, así que necesito una ducha y cambiarme antes de acercarme a una dama. Si me enseñas el dormitorio en que voy a alojarme…

—¿Qué necesitas más? ¿Dormir o comer? —preguntó Jenny, sonriendo. Algo le decía que un hombre como Jud podía comerse varias hamburguesas seguidas, y probablemente había conducido el último tramo de un tirón para llegar cuanto antes.

Jud pasó una mano por sus oscuros cabellos.

—Nunca rechazo la comida. Pero no quiero que hagas venir a Pauline por mí…

—No tengo intención de hacerlo. Soy perfectamente capaz de batir unos huevos y meter unos panes en la tostadora.

Jud se disculpó, avergonzado.

—Yo… er… lo siento si te he ofendido, pero nunca te he visto cocinar.

Jenny rió.

—No debo haberlo hecho en los últimos cuatro años. Pero si averiguo cómo encender el fuego, no creo que vaya a tener ningún problema. Vamos.

Jud la siguió a la cocina. Mientras Jenny abría la nevera para buscar los huevos, él preguntó:

—¿De verdad no recuerdas nada posterior al día que te graduaste en la universidad?

Abriendo un armarito tras otro hasta encontrar un recipiente adecuado, Jenny movió la cabeza.

—Anoche tuve un breve destello de memoria y recordé algo sobre Luke, pero nada más.

—Luke siempre ha tenido éxito con las mujeres —dijo Jud con expresión irónica—. Todas piensan que es memorable.

—No fue por eso. Creo que tuvo más que ver con su compasivo tono de voz, o algo parecido…

—Eso pretendía ser una broma —dijo—, pero tu amnesia no es nada sobre lo que se pueda bromear. Achácalo a la falta de sueño y al hecho de haber estado en compañía de caballos y vacas durante horas, días, y años.

Jenny supo que Jud tenía buen corazón.

—No te preocupes por eso. Soy bastante más dura de lo que parezco.

Jud dio un paso atrás y sus ojos parecieron ver a través de ella.

—Eres diferente.

—Eso está empezando a parecer un viejo dicho. ¿Qué prefieres en tu tortilla? ¿Cebolla, champiñones, pimientos?

—Todo.

—Voy a ver lo que encuentro.

Mientras el café salía y la tortilla se hacía, Jenny preguntó a Jud sobre el Star For. Jud era menos parlanchín que Christopher, también menos sociable, pero Jenny intuyó desde el principio que se llevaban bien.

Christopher apareció en el umbral de la puerta de la cocina. Su primera expresión fue de sorpresa, pero luego ésta se transformó en cautela al ver la bata de seda de Jenny, la comida sobre la mesa y el sombrero negro de Jud en la encimera.

—He olido café, pero no esperaba encontrarme un desayuno para dos.

—No he querido despertarte. Estas últimas noches te has acostado muy tarde… —Jenny se quedó callada.

—No necesito dormir mucho, Jenny.

Ella tampoco recordaba eso.

—Si te apetece, queda un trozo de tortilla. Estaré en el laboratorio si me necesitas para algo —mientras pasaba junto a su marido, murmuró—: Puede que quieras reconsiderar cuánto necesitas dormir. Si dedicaras un rato más al sueño, tal vez no te levantarías tan quisquilloso por las mañanas.

Salió de la cocina antes de que alguno de los hombres pudiera reaccionar.

Capítulo 5

—¿A qué diablos ha venido eso? —preguntó Jud, dedicando a su primo una severa mirada.

—No sé a qué te refieres —murmuró Christopher, tratando aún de poner la mañana en perspectiva. Había despertado planeando dar un beso de buenos días a Jenny y luego salir a correr un rato. Pero, al ir a su habitación, había vuelto a encontrarla vacía. Bajó rápidamente, temiendo una vez más que su memoria hubiera vuelto y que se hubiera ido a pasar su vida con otro. Al verla con Jud, en bata, hablando y riendo…

—¡Por supuesto que sabes a qué me refiero! —gruñó Jud—. No sé a quién tratabas de insultar, si a tu esposa o a mí, pero ella te ha puesto en tu lugar con mucha más dulzura de la que yo habría utilizado, desde luego.

—Es distinta a como era.

—Ella tiene amnesia. ¿Cuál es tu excusa?

Christopher siempre había admirado la capacidad de Jud de ir directo al grano. Pero esa mañana, aquella capacidad le irritaba.

—No estás al tanto de todo.

Jud se apoyó contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—Pues ponme al tanto. Una hora más despierto no supondrá ninguna diferencia.

Christopher sabía que Jud, Luke y él nunca habían mantenido secretos. Cuando llamó a Jud para informarle de lo sucedido, no habló con él sobre las sospechas que tenía. Tras servirse una taza de café, decidió que ya era hora de ponerle al tanto.

—Creo que Jenny estaba teniendo una aventura antes del accidente.

La respuesta de Jud fue inmediata.

—¡Imposible!

—Hubo llamadas sin respuesta. Ella estaba suspicaz… distante. Cuando yo mencionaba la posibilidad de que tuviéramos un hijo, ella cortaba la conversación. Ya conoces a Jenny. Decía que teníamos tiempo de sobra… Pero cada vez se volvía más silenciosa…

—Se había vuelto más silenciosa con el paso de los años.

—¿Y eso qué significa?

Jud se encogió de hombros.

—No estoy seguro.

—Dime lo que viste, Jud. Yo siempre he trabajado mucho. Ahora empiezo a darme cuenta de la poca atención que he prestado a Jenny.

—Creo que ella renunció.

—¿A qué renunció? —preguntó Christopher, sin entender.

—A conseguir tu atención —contestó Jud—. Todo lo que siempre quiso Jenny fue hacerte feliz. Eso era evidente. Eras siete años mayor que ella, tenías éxito en tu trabajo y necesitabas una mujer socialmente aceptable a tu lado. Y ella lo era. Venía de una buena familia, tenía una educación, era preciosa y se esforzaba por ser exactamente cómo tú querías que fuera.

Las palabras de Jud conmocionaron a Christopher. Su orgullo le hizo ponerse a la defensiva.

—Le di todo lo que podía querer. Nunca se quejó. Nunca dijo que no fuera feliz.

—Creo que era feliz siendo la esposa que creía que tú necesitabas. Sólo te estoy diciendo lo que yo veía. Pero incluso aunque no se hubiera sentido feliz, no puedo imaginarla teniendo una aventura. No Jenny. No es esa clase de mujer.

La actitud de Jud sorprendió a Christopher. Normalmente, la visión que tenía su primo de las mujeres era bastante cínica, no optimista.

—Entonces, ¿a qué podía deberse su actitud? —preguntó.

—¿No recuerda nada?

Christopher hizo una mueca, pensando en la noche anterior.

—Sólo a Luke.

—Sí, me lo ha dicho. Y eso te duele.

A veces, Jud podía ser demasiado. Pero lo cierto era que él podía ser objetivo en esos momentos. No tenía una esposa que perder.

—¿Qué más te ha dicho? Estos días nunca sé qué va a salir de su boca.

—No mucho. Pero tengo que decirte algo, amigo. Me gusta como es ahora. Es como la vieja Jenny, pero mejor —Jud dio un sorbo a su café antes de continuar—. ¿Qué piensas hacer respecto a todo esto? Si ella no recuerda nada de lo que podría haber hecho…

Si al menos las cosas fueran tan sencillas, pensó Christopher. Si él también pudiera olvidar…

—Hace unos días hubo otra llamada sin respuesta. Si Jenny estaba viendo a algún hombre, éste se pondrá en contacto con ella. Apostaría

mi vida a que así será.

—¿Tu vida o tu matrimonio? —preguntó Jud, alzando una ceja.

Christopher se pasó una mano por el pelo.

—La quiero, Jud. Pero no sé si voy a poder vivir con estas dudas. Y si Jenny recuerda…

—Todos tus problemas se resolverían. Averiguarías que estabas equivocado.

Christopher esperaba que su primo tuviera razón. Pero tenía la sensación de que si Jenny recordaba, sus problemas no harían más que empezar.

Cuando Jud se acostó, Christopher fue a ducharse. Tras vestirse con unos vaqueros y una camiseta, llamó a Luke y luego fue a buscar a su esposa. Mientras bajaba al despacho de ésta, Jenny salió del cuarto oscuro. Al verlo, se detuvo.

—Iba a asegurarme de que Jud tenía todo lo que necesitaba.

—Ya se ha acostado. Ha puesto el despertador a las once. Piensa que si duerme hasta más tarde le costará conciliar el sueño por la noche.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Hasta el lunes por la mañana. Teme que, si tarda demasiado en volver al rancho, tío Thatcher tome alguna decisión sin él. Esos dos podrían pasarse discutiendo de la mañana a la noche si encontraran un motivo para ello.

—Pero viven juntos, ¿no? —preguntó Jenny.

—Sí, aunque tratan de no cruzarse demasiado. Ya que Jud está durmiendo, ¿qué te parece si vamos a ver unos coches?

—¿No preferirías salir a cabalgar con tu nuevo caballo?

Christopher pensó que por supuesto que lo preferiría. Pero había hecho una promesa y pensaba mantenerla.

—Te dije que hoy iríamos a elegir un nuevo coche para ti.

—Eso fue antes de que supieras que Jud iba a venir. ¿Sabe Luke que Jud está aquí?

—Lo he llamado hace un rato. Si viene antes de que tú y yo hayamos vuelto, puede hacer compañía a Jud.

—No necesito ir a ver los coches hoy, Christopher. Ve al establo hasta que Jud se despierte o llegue Luke —al ver que Christopher dudaba, Jenny añadió—: En serio. No me importa. El lunes voy a salir. Entonces iré a ver algún coche.

—¿Tú sola?

—¿Acaso crees que una mujer no puede comprar un coche por su cuenta? —había cierto desafío en el tono de Jenny, pero también diversión.

—Preferiría no apostar nada al respecto —dijo Christopher, sonriendo—. ¿A dónde vas el lunes?

—Necesito algunos marcos para las fotos que estoy revelando.

De pronto, Christopher recordó algo más que había dicho que harían.

—Vamos a ver tus fotos. A esta hora no hará mucho calor en el ático.

—¿No despertaremos a Jud?

—Podría dormir en medio de un bombardeo. Además, estaremos en el otro lado de la casa.

—¿Y Best Chance?

—Best Chance puede esperar a que veamos tus fotos —impulsivamente, Christopher tomó la mano de Jenny—. Vamos.

Ella miró su mano y luego le dedicó una sonrisa tan genuina que Christopher casi sintió dolor.

—De acuerdo —dijo Jenny—. Vamos a ver si encontramos algo para decorar mis paredes.

Mientras subían, pensó que tanto Christopher como ella esperaban que aquella excursión a la tercera planta sirviera para algo más que para elegir unas fotos. Quería recordar su vida con él, las emociones que debió sentir.

Christopher se detuvo ante la puerta del ático y la tomó con suavidad entre sus brazos. Había un torbellino en sus ojos marrones. Algo que quería decir. Pero en lugar de hablar inclinó la cabeza y besó a Jenny. Fue un beso muy distinto al de la noche anterior, lleno de dulzura, deseo y anhelo. Cuando alzó la cabeza, soltó la mano de Jenny y abrió la puerta.

Cinco escalones llevaban a un rellano del que partían otros cinco hasta el ático. El sol entraba a raudales en éste por dos claraboyas. Christopher señaló varias cajas de cartón que había en un extremo.

Cerca había un pequeño sofá cubierto con una sábana. Christopher retiró ésta e hizo una seña para que Jenny se sentara. Luego empezó a sacar fotos enmarcadas de las cajas de cartón y las fue poniendo a los pies de Jenny.

Observándolas, ella reconoció de inmediato algunas que tomó en la universidad. Trató de recordar un momento y un lugar para las otras. Mientras se concentraba en una en la que aparecían tres niños que hacían cabriolas en los aparatos de un gimnasio, sus ojos empezaron a empañarse.

—Relájate, Jenny —dijo Christopher con suavidad—. No te esfuerces.

Mientras él seguía dejando fotos ante ella, ya sin enmarcar, Jenny se preguntó si alguna significaría algo para él. Casi todas las fotos eran de niños, animales o paisajes bucólicos. Pero entonces Christopher sacó una de un cielo tormentoso, y otras cuantas de una ciudad, con vendedores callejeros, vagabundos y fachadas de un teatro y algunos edificios que habían visto mejores días.

—¿Nueva York? —preguntó.

Christopher asintió.

Jenny se sintió decepcionada al no reconocer nada.

—¿Y las fotos en las que salimos nosotros… de nuestra luna de miel, de las vacaciones?

—Nuestros álbumes están abajo.

—Vamos a mirarlos. Deja esto como está y yo elegiré más tarde las que quiero.

—De acuerdo. Voy a por los álbumes, que están en lo alto del armario de mi dormitorio.

Mientras Christopher bajaba, Jenny pensó en lo que podría pasar si miraran las fotos de los álbumes en el dormitorio, a escasa distancia de la cama. Imaginó a Christopher besándola, casi pudo sentir cómo la acariciaba…

¿Era un recuerdo o un deseo?

Christopher volvió enseguida con tres álbumes de fotos. Jenny tomó uno de ellos, lo abrió y miró las fotos de su boda. No dejó de buscar algún indicio. Cualquier cosa. Pero sus sonrisas y las de Christopher parecían pertenecer a otra pareja. Cuando vio una foto en la que aparecía junto a su madre, su corazón empezó a latir más deprisa y su respiración se aceleró.

—¿Qué sucede, Jenny?

—Yo… no sé. Supongo que es porque la echo mucho de menos… —de pronto tuvo una visión de sí misma en aquel ático. Estaba sentada en el suelo, con varias cajas y papeles alrededor. Cerró los ojos y se

vio sacando una carta de un sobre. Luego nada. Nada.

Tomándola con suavidad por la barbilla, Christopher le hizo volver el rostro.

—¿Jenny?

Su corazón aún latía aceleradamente y sentía una ansiedad parecida a la que se apoderó del ella el primer día, cuando Christopher entró en el baño sin llamar, y cuando creyó que iba a besarla. Se apartó de él de nuevo… confundida. Y, de inmediato, vio la preocupación en su rostro.

—Recuerdo haber estado aquí arriba, revisando unas cajas llenas de cartas y papeles…

—Tras la muerte de tu madre nos ocupamos de inmediato de sus papeles. Lo tenía todo muy ordenado en un motón de cajas y subimos varias aquí. El año pasado empezaste a revisarlas. Terminaste con esa caja de ahí.

Jenny se sintió conmocionada sin saber por qué. Respiró profundamente y cerró el álbum.

—¿Te importa si seguimos con esto más tarde? Vamos a ver a Best Chance.

Christopher no la tocó, pero parecía querer hacerlo.

—Háblame, Jenny. No te cierres a mí.

Los ojos de Jenny se llenaron de lágrimas.

—No me estoy cerrando a ti. Es como recordar algo y, sin embargo, no recordarlo. Es tan difícil de entender.

Christopher pasó un brazo por los hombros de Jenny y la estrechó contra sí.

—¿Quieres que llamemos a la doctora Coswell?

En esa ocasión, Jenny no trató de apartarse. Christopher era la fuerza, el cariño, la estabilidad, y, a pesar de lo que hubiera sentido antes, ahora sus sentimientos hacia él se volvían cada vez más profundos.

—No, no hace falta que la llamemos. Creo que lo que está pasando es precisamente lo que ella dijo. Sólo tengo que dejar que los recuerdos vengan y esperar que acaben uniéndose hasta que adquieran coherencia.

Christopher apoyó la barbilla en lo alto de su cabeza y permaneció en silencio. Jenny sabía que él también esperaba que recordara pronto.

La música surgía de los altavoces del escenario mientras un cuarteto interpretaba canciones populares el sábado por la tarde.

Jud estaba sentado frente a Jenny y Christopher, con el ceño fruncido.

—No sé por qué dejo que me traigáis a sitios como este cada vez que vengo a veros.

—Tenías que comer —dijo Christopher, sonriendo.

—Había comida de sobra en la casa. Pauline mantiene la nevera bien llena —gruñó Jud.

—Hace años que Luke y yo decidimos aprovechar cualquier oportunidad para ponerte en un entorno civilizado, alejado de vacas y caballos. Mira a tu alrededor, vaquero, y amplía tus horizontes.

Jud entrecerró los ojos mientras comía su última patata frita.

—Luke y tú me habéis traído aquí para algo más que para comer. Si no me cayeras bien, bailaría el resto con la tarde con tu esposa y dejaría que tú te las apañaras con el tipo de educadas señoritas que Luke quiere presentarme. No veo por aquí ninguna con aspecto de estar dispuesta a limpiar un establo o a dormir al aire libre, bajo las estrellas.

—No sé —dijo Jenny—. Esa morena con la que está hablando Luke ahora mismo podría dar el tipo.

Jud movió admonitoriamente el dedo hacia ella.

—No me digas que te has aliado con estos dos. Creía que estabas de mi parte.

—Y lo estoy. Pero Luke me ha dicho que trabajas demasiado y que necesitas un poco de diversión.

—Creo que eso también podría aplicarse a alguien que conozco —replicó Jud, mirando fijamente a Christopher.

Pero Christopher no picó el anzuelo. Estaba en el ruedo, luchando con sus propios diablos. Por eso había insistido en que Jenny los acompañara esa noche. Quería que se divirtiera un poco. Que ambos se divirtieran juntos.

En ese momento, Luke volvió a la mesa con una esbelta rubia que lo había tomado por el brazo. La morena en que Jenny se había fijado los acompañaba.

—Esta es Sharon, una vieja amiga —dijo Luke, deslizando un brazo

en torno a la cintura de la rubia. Luego, señalando a Jud, dijo—: Y esta es Tamara, primo. Asegura que conoce el típico pase de baile tejano, y si podemos convencer a la banda para que toque un tema adecuado, tú serás su pareja.

Jud miró a la morena y se encogió de hombros.

—Puedo bailar bailes tejanos y temas lentos.

Casualmente, la banda empezó a tocar una balada.

Luke miró a su primo con las cejas alzadas y Jud se puso en pie.

—¿Quieres bailar? —preguntó a Tamara.

Luke se inclinó hacia Christopher y Jenny.

—Nos vemos luego.

Christopher rió.

—Luke siempre ha conseguido que Jud haga cosas que yo nunca consigo que haga.

Jenny se acercó a él para hacerse oír por encima de la música.

—Gracias por incluirme en el grupo esta noche. He disfrutado escuchando vuestras aventuras veraniegas en el Star Four.

Su pelo prácticamente rozó la mejilla de Christopher, su perfume lo rodeó y su risa le sonó a música.

—Temía que te aburrieras.

Jenny sonrió.

—En absoluto.

Aquella sonrisa… Christopher sintió la imperiosa necesidad de tenerla en sus brazos.

—¿Te gustaría bailar?

Cuando Jenny asintió, él se levantó rápidamente y la condujo hasta la pista de baile. Allí la tomó entre sus brazos y la atrajo hacia sí. Jenny era el sol y la risa y toda una mujer… lo que él siempre había querido de una esposa. Tal vez no lo había apreciado hasta ahora. Había dado demasiadas cosas por sentadas. No sólo su plena dedicación al matrimonio, sino también su presencia al final de cada día, su habilidad para hacerle sentir que él era lo prioritario en su vida. Al menos hasta hacía seis meses.

¿Le había dicho la verdad en el ático hoy? ¿O había recordado más de lo que había reconocido?

Christopher se aclaró la garganta y dijo:

—Siempre te llevaste bien con Luke, pero parece que Jud y tú también tenéis mucho de qué hablar.

Aquella tarde, después de preparar a Best Chance, Luke y él habían salido a cabalgar. Cuando volvieron, Jud y Jenny mantenían una apasionada conversación sobre la cría de caballos.

Jenny movió una mano sobre el hombro de Christopher, alertando cada nervio de su cuerpo. Tenía los dedos muy cerca de su cuello, y la idea de que lo tocara hizo subir varios grados la temperatura en la pista de baile.

Ladeando la cabeza, Jenny lo miró a los ojos.

—Me gusta Luke, pero… me mira como tú lo haces a veces. Como si conociera algún secreto sobre mí. Sin embargo, Jud me acepta tal y como soy.

Tan directa… tan abierta respecto a sus pensamientos. ¿Era la soledad la causa de que se hubiera vuelto tan reservada? ¿Llegó a creer que él no quería escuchar lo que pensaba?

Jud creía en la lealtad de Jenny. Christopher deseaba que creer fuera tan fácil como tomar una decisión.

—No quiero secretos entre nosotros, Jenny.

—Pero los habrá hasta que recuerde, ¿no?

No era una pregunta fácil y Christopher no tenía un modo sencillo de responderla. Sin decir nada, atrajo a Jenny hacia sí, necesitando sentirse conectado a ella, esperando encontrar el lazo de unión que una vez compartieron. En lugar de ello encontró ardiente deseo. No podía estar tan cerca de ella sin desear llevársela a la cama.

No había forma de ocultar su excitación.

—Te deseo —murmuró junto a su oído. Sintió el temblor que la recorrió, esperando que por su mente pasaran pensamientos tan eróticos como los suyos. Cuando la besó en la mejilla, ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Tal vez deberíamos volver a la mesa —susurró Jenny.

—¿No te gusta bailar conmigo así?

—Sí me gusta… pero no quiero que creas que esto nos va a llevar a…

Cuando la voz de Jenny se apagó, Christopher acabó la frase por ella.

—A la cama —sintió que ella se apartaba ligeramente y se preguntó si la sinceridad podría llegar a ser un obstáculo entre ellos.

Entonces, con una ternura totalmente inesperada, Jenny le acarició la mandíbula.

—Espero recordar todo pronto. Yo tampoco quiero que haya ningún secreto entre nosotros.

¿Y si realmente llegaba a recordarlo todo?

Christopher la besó entonces, en medio de la pista, diciéndose que tenerla entre sus brazos, tan cerca, por excitante y frustrante que fuera saber que no podía llevar su deseo más allá, era mejor que dejar que se marchara.

Cuando Luke y su pareja pasaron junto a ellos, rozándolos, Christopher apenas se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado saboreando el momento y castigándose por no haberlo hecho más en el pasado.

El lunes por la mañana temprano, Christopher y Luke acompañaron a Jud a su vehículo. Luke había ido a desayunar con ellos y Jenny ya se había despedido de Jud en casa.

—Es una pena que tengas que irte tan pronto —dijo Luke—. Podríamos jugar otros partidos de tenis. O mejor aún, yo podría presentarte a otra de las amigas de Sharon.

Jud frunció el ceño.

—Si no vuelvo, papá podría excederse trabajando. Se supone que Mack tiene que mantenerlo controlado, pero eso es muy difícil. Y en cuanto a volver a buscarme una pareja… no conoces mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo? —preguntó Christopher, sinceramente interesado.

Hubo un largo momento de silencio.

—Que me aspen si lo sé —dijo Jud, quitándose el sombrero y golpeándolo contra su pierna—. O puede que lo sepa. Hice algo estúpido.

—¿Qué clase de «algo»? —preguntó Luke.

Jud miró a Christopher.

—¿Recuerdas la noche que me llamaste para decirme que mi padre había sufrido un ataque al corazón?

—¿A aquel rancho en Montana? —a Christopher le costaría olvidar aquella noche. Recibió una frenética llamada de la asistenta de Thatcher, que estaba buscando a Jud. Él llamó a Montana, pues sabía que su primo estaba allí.

—Sí. El tipo que contestó… cuando se presentó casi me encontró…

nos encontró —Jud maldijo entre dientes—. Me acosté con una virgen de veintiún años. Sin protección.

Los tres primos habían hecho un pacto varios años atrás para tener cuidado en aquellos casos, tanto por ellos mismos como por las mujeres. Si Jud no había tenido cuidado, Christopher estaba seguro de que había un buen motivo… incluso aunque su primo aún no lo supiera.

—¿Así acabó todo? —preguntó.

—Me fui esa noche. Ella ni siquiera sabe cuál es mi apellido. Ya sabes que entonces me hacía llamar J.T., y me fui sin volver a hablar con ella.

—¿Y qué vas a hacer? —Christopher estaba preocupado por Jud. Desde el ataque sufrido por su padre había asumido cargas y responsabilidades que en realidad no quería tener.

—Suelo pensar en llamarla, en escribirla… Pero es diez años más joven que yo —movió la cabeza—. Aunque tal vez será mejor que no lo haga —encogiéndose de hombros, añadió—: Además, no es vuestro problema. Tengo que resolverlo yo —volvió a ponerse el sombrero y palmeó sucesivamente la espalda de sus primos—. Venid a visitarme. Así mi padre se distraerá un poco y me dejará en paz.

Con el destello de una sonrisa que muy raramente asomaba a sus labios, Jud subió al trailer y lo puso en marcha.

—Fuera quien fuera esa chica, le llegó al corazón —dijo Luke, mientras el vehículo se alejaba.

Christopher permaneció en silencio, pero estaba totalmente de acuerdo.

El lunes por la mañana, a última hora, Jenny pagó al taxista y bajó frente a la galería Seneft, pensando en el fin de semana. Christopher había estado irresistible.

Y Sexy, y en su corazón anidaban sentimientos que no podían haber surgido en una mera semana. Su corazón y su alma lo sabían, aunque no lo recordara. Habían pasado un fin de semana muy agradable.

El día anterior, los padres de Christopher habían invitado a todos a comer, y antes, Jud, Luke, Christopher y su padre jugaron al tenis. La tarde estuvo llena de sol y risas. Jud no se parecía en nada a un vaquero con los pantalones cortos y la camiseta que le había dejado

Christopher y con la raqueta que le había dejado Luke. De hecho, Jenny sentía que Jud se escondía tras su fuerte, silenciosa y dura fachada para protegerse. Pero no había descubierto por qué.

Esperaba que volviera a visitarlos pronto. O tal vez podían ir ellos a su rancho… Jenny comprendió de repente que quería un futuro con Christopher, pero para eso él tenía que contarle lo que le preocupaba, lo que se interponía entre ellos. Porque estaba segura de que había algo.

La galería Seneft Siempre fue uno de sus lugares favoritos durante sus vacaciones. Solía ir a visitarla siempre que podía. Cuando entró, comprobó que el lugar había cambiado bastante respecto a como lo recordaba.

No reconoció al hombre que había tras el mostrador. Era atractivo, de unos treinta y cinco años, con un bigote castaño que se movió cuando sonrió.

—¿Puedo ayudarla?

Tras dejar el bolso en el mostrador, Jenny sacó de un sobre grande las fotos que había seleccionado.

—Me gustaría enmarcar estas fotos. Tengo entendido que ahora también se hacen estos trabajos en la galería. Cuando venía, sólo estaba dedicada a las exposiciones.

El hombre alargó una mano hacia ella.

—Dave Hedgewick. Le compré la galería a George hace un año. La sección de enmarcar es un indicio de los tiempos que corren. La galería llevaba varios años perdiendo dinero, pero con esa pequeña ampliación del negocio puedo mantenerla abierta.

Jenny estrechó la mano del hombre y luego colocó las fotos sobre le mostrador.

—Quiero elegir colores complementarios para los marcos. Estoy pensando en dos grupos distintos.

Mientras estudiaba las fotos, Dave tomó los muestrarios de los marcos. Luego miró a Jenny especulativamente.

—¿Es aficionada o profesional?

—Nunca he vendido ninguna —al menos, Jenny no recordaba haberlo hecho—. Pero me gustaría abrir mi propio estudio.

—¿Tiene más fotos?

Jenny rió.

—Varias cajas llenas y dos carretes que revelé ayer.

—¿Ha visto el cartel que hay a la entrada?

Ella negó con la cabeza.

—He organizado una exposición de nuevos artistas para el fin de semana del dieciocho de mayo. Habrá una recepción el sábado por la noche y la galería estará abierta el domingo. ¿Le gustaría participar? De momento van a exponer dos acuarelistas y una ceramista. Sus fotografías podrían añadir una nueva dimensión a la exposición.

—¿Quiere mostrar mi trabajo?

Él hombre sonrió.

—Sí, si podemos tenerlo enmarcado a tiempo. ¿Podría volver mañana con más fotos?

—Por supuesto. ¡Es estupendo!

—Será incluso más estupendo si se venden. Y creo que se venderán. Tiene talento, señorita… —Dave esperó a que Jenny le diera su nombre.

—Jenny… Jenny Langston.

—La esposa de Christopher Langston. Recuerdo haber leído sobre su accidente. Su foto salió en el periódico junto con noticia. Parecía algo serio. Me alegra ver que se ha recuperado.

—Gracias —Jenny no vio motivo para entrar en el tema de su amnesia.

—Deje que le enseñe la galería mientras hablamos de mi comisión y sus beneficios.

Jenny siguió a Dave Hedgewick a la sala de exposiciones. ¡No podía esperar a decírselo a Christopher! Se iba a sentir muy orgulloso de ella.

Jenny estaba sentada en el suelo del ático, tratando de decidir qué fotos llevar a la galería al día siguiente. También estaba pensando en el vehículo que había visto que mejor se adaptaba a sus necesidades, cuando oyó las pisadas de Christopher en la escalera. Alzó la mirada y sonrió al verlo entrar.

Había llegado a casa antes de la comida. Con la corbata aflojada y la camisa arremangada parecía más relajado que la semana anterior. El fin de semana le había servido para descansar.

—¿Qué tal te ha ido el día? —preguntó, acercándose a Jenny.

Ella quiso levantarse, acariciarle el rostro y besarlo. Sin saber si el

impulso provenía del presente o el pasado, y no sintiéndose suficientemente libre como para seguirlo, permaneció sentada.

—Me ha ido muy bien.

Christopher se sentó junto a ella y tomó una foto de dos cisnes en un lago. El perfil de sus elegantes cuellos formaba un corazón.

—¿Has elegido coche?

—He encontrado uno que me gusta mucho. Aún no lo he conducido. El vendedor me ha llevado en él. Pero es justo lo que necesito. Solo que… no es del concesionario al que me enviaste. No es un coche de lujo. Es un todo terreno con tracción a las cuatro ruedas.

Christopher dejó caer la foto.

—¿Qué?

—Oh, Christopher, es estupendo. Los asientos traseros se doblan y dejan sitio suficiente para que pueda meter todo mi equipo fotográfico. Puede ir a cualquier lugar. Si quiero entrar por un camino embarrado para hacer una foto, podré hacerlo. Es justo lo que necesito.

Christopher volvió a ponerse en pie, dominando el espacio con su altura.

—Estás viva porque conducías un coche sólido y bien construido. No quiero que arriesgues tu seguridad comprando algo peor.

—No sabía que necesitaba tu aprobación para elegir el coche. Y por supuesto que no quiero arriesgar mi seguridad. Puede que no recuerde el accidente, pero sé que ha cambiado mi vida. He traído información sobre el coche, incluyendo los informes de una revista del consumidor. Dime algo, Christopher; ¿me has tratado siempre como a una niña? ¿Y yo lo aguantaba?

La frente de Christopher se arrugó y sus ojos brillaron de enfado.

—Sólo porque me preocupe tu seguridad…

Sintiéndose en desventaja, Jenny se levantó del suelo.

—No. Lo que quieres es tomar decisiones por mí. ¿Te dejaba hacerlo porque tú ganabas dinero y yo no?

—¡Esto no tiene nada que ver con el dinero! —explotó Christopher —. Nunca discutimos por el dinero.

Jenny no se arredró.

—Recuerdo que dijiste que nunca discutíamos. ¿No me sentía con derecho a expresar mi opinión? ¿Hacía siempre lo que tú querías?

Christopher maldijo y se volvió.

—Haces que parezca que te trataba como un dictador…
Jenny lo tomó por el brazo antes de que pudiera alejarse.
—¿Lo hacías?
—¡No! —Christopher la sujetó por los hombros—. No, no lo hacía. Y tú no eras así. Nunca cuestionabas mis motivos. Confiabas en mi criterio.
—¿Confiabas tú en el mío?
—Jenny…
—¿Confiabas? ¿Tomaba yo alguna vez una decisión importante?
—Tomabas toda clase de decisiones para las obras de caridad…
—Me refiero a decisiones relacionadas con nuestras vidas, con nuestro matrimonio.
Christopher dejó caer las manos y se apartó.
—No querías tomar decisiones sobre coches y decoraciones. Dejabas que yo lo hiciera.
—¿Me casé contigo y perdí mi personalidad?
—¿Por qué no puedes dejarlo de una vez?
—Porque necesito saber por qué me convertí en otra persona. Por qué dejé que dirigieras mi vida. Por que no fui tras mis sueños.
—Puede que tus sueños cambiaran —dijo Christopher en voz baja, cargada de frustración.
—¿Te convertí en mi mundo hasta que nada más me importó? —preguntó Jenny, luchando por encontrar su identidad.
Cuando Christopher la miró, ella vio en sus ojos un destello de repentina comprensión.
—Tal vez sí.
Jenny entendía que si había amado a su marido con todo su corazón, los deseos de éste se hubieran convertido en todo para ella. ¿Pero y los suyos? ¿La había amado él con tanta intensidad?
—Supongo que simplemente sucedió. No hay por qué culpar a nadie —dijo, para tranquilizar a Christopher tanto como a sí misma.
—No, supongo que no hay por qué culpar a nadie —la expresión de Christopher había cambiado, se había vuelto más cerrada.
—Pasara lo que pasara en el pasado, Christopher, ahora necesito más independencia.
—Eligiendo tu propio coche.
—Esa es una forma. Pero hay más.
—Me asusta preguntar —dijo él, con expresión preocupada.

El accidente de Jenny no sólo había cambiado la vida de ésta; también había cambiado la de Christopher.

Cada día suponía un nuevo ajuste para ambos.

—Te he dicho que he pasado un día estupendo. No sólo he elegido el coche —el silencio que había en lo alto de la casa magnificaba las vibraciones que había entre ellos, urgiendo a Jenny a redescubrir lo que tuvieron o a encontrar algo aún mejor—. Cuando he ido a la galería con las fotos, Dave me ha dicho que le gustaban. Quiere incluir mi trabajo en una exposición que va a organizar para dentro de tres semanas. Puede que logre venderlas y empezar a tener una reputación.

—¿Dave? —preguntó Christopher.

Jenny y el dueño de la galería habían acabado tuteándose con toda naturalidad.

—Sí. Dave Hedgewick. Me ha dicho que le compró la galería a George Seneft hace un año.

—¿Lo recordabas?

Sin comprender la severidad del tono de su marido, Jenny repitió:

—No. Cuando le dije mi nombre, él me reconoció a mí. Dijo que había visto mi foto en el periódico.

—¿Por qué quiere exponer tus fotos?

Christopher parecía cauteloso y suspicaz.

—Porque cree que tengo talento. ¿Acaso te parece imposible?

—¿Estás segura de que no quiere tus fotografías porque tienes un apellido conocido y eso puede atraer a clientes ricos? ¿O por que…?

En esa ocasión fue Jenny la que se volvió y se encaminó hacia las escaleras. Antes de empezar a bajar se detuvo.

—A veces quiero lanzarme entre tus brazos y otras desearía golpearte en la cabeza. Puedes ser tan… tan machista a veces. Voy al cuarto oscuro. Si decides que esto puede emocionarte tanto como a mí, podemos hablar al respecto. Si no, preferiría que te guardaras tu opinión.

Mientras bajaba, creyó oír maldecir a Christopher. Creyó oír que la llamaba.

Pero necesitaba la paz del cuarto oscuro, y esperaba recordar pronto por qué había renunciado a su pasión por la fotografía.

Capítulo 6

Jenny solia ser azúcar. Ahora era una frustrante mezcla de azúcar con especias, pero Christopher debía admitir que esa mezcla le gustaba. El problema era que si no aprendía a tratar con ella, podría abandonarlo… y esa vez para siempre.

Mirando las fotos dispersas por el suelo del ático, se dio cuenta de la personalidad que tenían; eran unas imágenes simples y a la vez complejas. Jenny no se limitaba a sacar fotos. Analizaba el encuadre y la luz en busca del mejor efecto.

Atraído por su trabajo como nunca hasta entonces, se sentó donde ella había estado y contempló las fotos una a una, tratando de encontrar en ellas a Jenny. ¿Había llegado a conocer realmente a la mujer con que se había casado?

Debía acudir a ella para convencerla de que se arrojara entre sus brazos en lugar de golpearlo en la cabeza. Casi sonrió hasta que recordó por qué se había enfadado Jenny con él. Tenía toda la razón…

Excepto…

¿Sería cierto que acababa de conocer a David Hedgewick? Aparentemente, Jenny había acudido a la galería con un propósito totalmente inocente. ¿Y si se había sentido impulsada a ir porque conocía a aquel hombre de antes?

¿Y si era Hedgewick quien había llamado y colgado?

La idea no era tan descabellada. Jenny y aquel hombre podían tener intereses comunes. Aunque ella no fuera consciente de una relación pasada, el dueño de la galería podía manipularla para que pasara más tiempo con él. La próxima exposición era una excusa perfecta.

Christopher sospechaba que las personas tenían patrones de comportamiento, incluso las personas con amnesia. Pero antes de empezar a divagar debía obtener información y cerciorarse de lo que sucedía.

Media hora y unas cuantas llamadas telefónicas después no había podido alejar sus sospechas. Hedgewick había comprado la galería hacía un año. En lugar de ser un hombre mayor y casado, como Christopher esperaba, estaba divorciado y tenía treinta y seis años. Además, tenía un hermano en Elmira, un lugar que no se encontraba muy lejos de Binghamton.

¿Estaba siendo paranoico? ¿Podía ser todo una coincidencia?

Sabía que no podía impedir que Jenny tomara parte en aquella exposición conjunta. Además, no quería hacerlo si era lo que ella deseaba. Pero sí podía entretenerla. Debía convencerla de que el matrimonio podía ser más ardiente y excitante que cualquier otra aventura.

Decidiendo que no había mejor momento que el presente, se encaminó hacia el laboratorio.

Al ver la luz roja del cuarto oscuro encendida y oír la música que sonaba en el interior, llamó con los nudillos.

—Un momento —dijo Jenny que, tras bajar la música, abrió la puerta.

Una hilera de fotos aún húmedas colgaban con pinzas de una cuerda.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Christopher.

Jenny se apartó de la puerta con evidente cautela. Él pensó que no podía culparla.

Tras mirar las fotos, dijo:

—Son buenas, Jenny.

—Algunas lo son. Otras podían ser mejores.

—Tienes talento. Si te he insultado antes, no pretendía hacerlo.

—¿Sí? —repitió Jenny.

—Nunca he sido muy bueno disculpándome.

—Si nunca discutíamos, supongo que tampoco necesitábamos disculparnos.

Christopher no pudo discernir si Jenny estaba siendo sincera o sarcástica. Aquella mujer le rompía los esquemas. Alargando las manos hacia ella, dijo:

—Ven aquí.

Tras dudar brevemente, Jenny se acercó.

—Quiero que seas feliz. Quiero que estés a salvo.

—Y no quieres que altere tu mundo.

Christopher estuvo a punto de enfadarse de nuevo, pero enseguida comprendió que Jenny tenía razón. Su nota había puesto patas arriba su mundo, y todavía no había vuelto a asentarse.

—Lo que yo quiera no parece importar. Entre tú y el destino…

—Sí me importa que tú quieras —dijo Jenny con suavidad—. Pero también importa lo que yo quiera. Tu respeto es tan importante como cualquier cosa que suceda entre nosotros.

—Siempre te he respetado Jenny.

—Sabes que cuentas con ventaja en esto, ¿verdad? Tengo que confiar en lo que tú me digas para averiguar cosas sobre mí misma… sobre nosotros. Eso me da miedo.

Christopher sintió la imperiosa necesidad de tocarla. Estaban tan cerca… la deseaba tanto… Tomó el rostro de Jenny entre sus manos, inclinó la cabeza y buscó su boca con un ansia que debería haberlo asustado. Pero no fue así. Simplemente alentó su deseo, urgiéndolo a ladear la cabeza para saborearla mejor, para despertar en ella el mismo fuego que ardía en él.

La música sonaba en el fondo con suavidad. Jenny besó a Christopher como si fuera su marido, no como a un hombre que creía no conocer. Sentir sus manos en el rostro, en el pelo, le produjo tal sensación de pertenencia que los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Cómo no iba a responder a su pasión?

El beso cambió de fiero deseo a pura seducción Christopher acarició con su lengua la de Jenny, tentándola, retirándose, volviendo a tentarla. Un momento después estaba desabrochándole la blusa.

De pronto, Jenny se dio cuenta de que aquello era una seducción, tal vez deliberada, y no podía permitir que siguiera adelante. Con el corazón latiéndole con más fuerza de la que creía posible, se echó hacia atrás y cubrió las manos de Christopher con las suyas.

—Deja que suceda —susurró él.

Ella vio la necesidad que había en sus ojos y casi cedió. Pero supo que si lo hacía no habría marcha atrás. Aún no confiaba en él tanto como para eso. Ni en sí misma.

—¿Es este el motivo por el que has bajado? ¿Para que «sucediera»?

En lugar de enfadarse, como Jenny imaginaba que sucedería, Christopher respiró profundamente y dijo:

—Sí, supongo que sí. Te deseo, Jenny. Y tú me deseas a mí. ¿Por qué no tomar lo que deseamos?

—Porque no estaría bien, Christopher. Aún tengo tantas preguntas… tantas piezas que no encajan en la imagen. En lo referente a nosotros, lo único que tengo son sentimientos y algunas vagas sensaciones. Antes de que llamaras estaba escuchando un CD que he encontrado en mi despacho. Es de un musical de Broadway. La música me emociona, me hace llorar. ¿Por qué? ¿Porque es muy bella? ¿O por que significa algo especial para mí? ¿O para nosotros?

Tras una pausa, Christopher dijo:
—Viste esa obra en Nueva York, en otoño.
Jenny trató de leer su expresión, pero no pudo.
—¿Podemos volver a verla? Si acudo al teatro, si me siento allí de nuevo a verla, puede que surja algún recuerdo.
Christopher asintió.
—De acuerdo. ¿Cuándo quieres ir?
—Sé que para ti puede ser complicado dejar tus ocupaciones…
—¿Quieres que vayamos en cuanto consiga las entradas?
—Sí, me gustaría.
Christopher alzó una mano y acarició la mejilla de Jenny.
—Yo me ocupo de conseguir las entradas. Cuando estemos en Nueva York podemos crear nuevos recuerdos en lugar de limitarnos a tratar de revivir los antiguos —dejó caer la mano y se acercó a la puerta—. Pauline tendrá lista la comida enseguida.
—Subo en unos minutos. Quiero dejar el laboratorio recogido.
Christopher asintió.
—¿Crees que lo de Nueva York es buena idea? —preguntó Jenny.
—Creo que si es algo que necesitas hacer, debes hacerlo. Te espero arriba.
Jenny sólo podía fiarse de sus sentimientos. Y en esos momentos volvía a sentir que Christopher le ocultaba algo. ¿Averiguaría qué era en Nueva York?

Al día siguiente, en su despacho, Christopher sostuvo el auricular mientras esperaba a que su madre se pusiera al teléfono. No sabía cómo reaccionaría a su petición, pero la noche pasada había decidido cuál sería el mejor camino a tomar.
La noche pasada.
Mientras comían, Jenny y él habían hablado sobre cosas sin importancia. Luego fueron a dar un paseo y después jugaron al Scrabble. En conjunto, fue una tarde muy agradable, y cuando se besaron para darse las buenas noches, Christopher pensó n Nueva York y en el peligro que estaba a punto de correr.
Era necesario.
—Buenos días, hijo. ¿Sucede algo malo? —preguntó su madre.
Normalmente, Christopher no llamaba nunca a sus padres durante

el día.

—No, no sucede nada malo. Quería pedirte un favor.

—Lo que quieras. Ya lo sabes.

Recordando que su solicitud para vivir en casa en lugar de en el internado fue repetidamente denegada, que cuando pidió a sus padres repetidas veces que fueran a visitarlo en verano a Star Four su padre siempre estaba ocupado, no sentía especial confianza en la predisposición de su madre a ayudarlo.

—Jenny y tú vais a comer juntas mañana. Probablemente mencionará el viaje que vamos a hacer a Nueva York.

—¡Eso es maravilloso! Le sentará muy bien. Le encantó el musical que vimos juntas en otoño. Fue una pena que tú tuvieras que cancelar a última hora el viaje y que yo fuera con ella en tu lugar.

—Ese es el favor que quería pedirte. No le digas que fuiste con ella.

—¿Por qué no?

—Es complicado madre. Pero su doctora piensa que es mejor que recuerde por su cuenta. Después de que vayamos a ver la obra, y si hacerlo le trae algún recuerdo, le diré que no fui yo quien la acompañó la primera vez.

—¿Es esa la única razón?

—No sé a qué te refieres.

—Christopher, ya sabes cuánto quiero a tu padre, pero él antepone los negocios a nuestra vida personal. Tú siempre has hecho lo mismo. Me pregunto si el accidente de Jenny te ha enseñado que ella es más importante que cualquier reunión de negocios que puedas tener. No me parece un buen comienzo que le ocultes algo.

Christopher apoyó un codo en el escritorio, mirando su agenda del día. Siempre había vivido siguiendo su agenda, en parte porque siempre había visto a su padre hacerlo.

—Mi situación con Jenny no es fácil. Y sólo pienso ocultarle esta información hasta después de ver el musical. Entonces, si no lo recuerda por sí misma, se lo diré.

—Espero que sepas lo que haces. Hace tiempo que decidí aceptar mi vida con tu padre tal como es. Pero Jenny es una mujer de otra generación, y ahora expresa sus opiniones con más fuerza que antes del accidente. No la subestimes.

Christopher permaneció un momento en silencio.

—¿Te contó Jenny algo sobre nuestra relación antes del accidente? —preguntó, finalmente—. ¿Te dijo que era infeliz?

Su madre no dudó al contestar.

—Creo que se sentía sola. Te aseguro que conozco los síntomas. Y creo que durante los últimos meses le preocupaba algo. Pero yo no quería inmiscuirme y ella no me hizo ninguna confidencia.

—El destino me ha dado la oportunidad de hacer algunos cambios. Pero si ella recuerda…

—Jenny lo recordará todo, Christopher. Incluyendo todo lo que hagas de ahora en adelante.

—Eso espero.

—Buena suerte, hijo. Rezaré por ti.

Christopher sintió un nudo en la garganta al oír las palabras de su madre y se preguntó hasta qué punto conocía a las dos mujeres más importantes de su vida.

Christopher dio una propina al botones y luego cerró la puerta.

—¿Estás segura de que así está bien?

Jenny no podía creer que hubiera pedido ir a Nueva York hacía menos de dos semanas y que Christopher ya hubiera conseguido las entradas para el musical. Miró el precioso cuarto con sus dos camas, las elegantes cortinas y alfombras, la vista de Times Square. Al llegar al hotel habían descubierto que la secretaria de Christopher sólo había reservado una habitación, no dos, y el hotel estaba abarrotado debido a una conferencia profesional.

—Puedes confiar en mí —dijo Christopher, mirando seriamente a Jenny.

Y ella lo había hecho. Pero, para bochorno de Christopher se aseguró de que les pusieran dos camas… en lugar de la única gran cama de matrimonio que había en el dormitorio.

Pero lo cierto era que Jenny no estaba tan preocupada por el deseo de Christopher como por el suyo. Creía que él mantendría su palabra y se quedaría en su cama. Pero se sentía muy susceptible a los destellos de deseo en su mirada, y más aún a los besos y caricias.

Respondiendo a su pregunta, dijo:

—Así está perfectamente. No tenemos tiempo para buscar otro hotel con dos habitaciones vacías si queremos llegar a tiempo al

espectáculo.

—Puedes confiar en mí, Jenny —repitió Christopher, como si sintiera que ella necesitara que se lo reafirmara.

—Ya lo sé. Pero el hecho de compartir una habitación es algo tan… íntimo.

—También lo es ser marido y mujer.

—Eso es exactamente a lo que me refiero, Christopher. Tú nos ves de esa manera. Yo no. Todavía no —al ver que Christopher se acercaba a ella, Jenny sintió el impulso de apartarse, pero supo que debía mantenerse firme, en su terreno.

—Te diré qué —dijo él con suavidad—. Si te despiertas por la mañana queriendo un cuarto sólo para ti, buscaremos uno para mañana por la noche. Aquí o donde haga falta.

Los sentimientos de ternura que Jenny no podía negar la impulsaron a preguntar:

—¿Has sido siempre tan bueno conmigo?

Hubo un cambio en la mirada de Christopher, y Jenny no supo interpretar la emoción que lo provocó. Pero entonces sonrió y dijo:

—Vamos a centrarnos en el presente. Ya que no tenemos tiempo para comer, pediré algo para picar al servicio de habitaciones. Podemos ir a un restaurante después de la obra.

Una noche en la ciudad con Christopher, pensó Jenny, mientras iba a cambiarse. Durante la última semana habían pasado muchos días juntos. Christopher volvió a llevarla a ver a la doctora ésta le había dicho que ya podía conducir y montar. También habían comprado el todo terreno que tanto le había gustado a Jenny para que pudiera moverse por su cuenta, ocupándose de los detalles para la subasta que tendría lugar dos semanas más tarde. También habían paseado y hablado mucho, y Christopher parecía haber disfrutado tanto como ella. Y la sensual tensión que surgía entre ellos cada vez que estaban cerca no había dejado de crecer.

Las bocinas sonaban, los coches circulaban con dificultad y la brisa agitaba el chal blanco de Jenny. Otros espectadores pasaban junto a ellos, algunos vestidos in formalmente, otros con más elegancia. Christopher lo veía todo como a través de una bruma, porque estaba preocupado fijándose en su esposa, preguntándose si el musical le

traería recuerdos y cuáles serían éstos.

Una vez en sus butacas, Jenny miró a su alrededor. Christopher la observó atentamente. Finalmente, con un leve encogimiento de hombros, ella apoyó una mano sobre la de su marido en el brazo de la butaca.

Contento al ver que Jenny se sentía cómoda tocándolo, y deseando que se sintiera más que cómoda, Christopher permaneció muy quieto, esperando que Jenny mantuviera la mano allí, sin importar lo que pasara o dejara de pasar durante el espectáculo.

Durante el primer acto, Jenny apenas se movió. En el segundo cambió varias veces de postura en su asiento. Su mano se enfrió sobre la de Christopher. Cuando sonó la última canción antes del intermedio, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Christopher, inclinándose hacia ella cuando las luces se encendieron.

—¿Podemos salir al vestíbulo? Necesito un poco de aire.

Preocupado, Christopher la tomó por el brazo mientras caminaban sobre la alfombra roja hacia la salida.

—La música es preciosa —dijo Jenny—. Pero hace que me sienta tan triste… Es una tristeza que va más allá de lo que sucede en el escenario, que llega directamente a mi corazón. No lo entiendo.

Christopher le acarició la mejilla.

—Puede que se trate simplemente de una reacción a todo lo que te ha sucedido durante las últimas semanas.

—No sé. A veces me siento tan… rara.

—Procura no preocuparte demasiado —dijo Christopher con suavidad—. ¿Quieres que te traiga algo de beber?

—Un refresco de limón estaría bien.

—Enseguida vengo.

Durante la segunda parte de la obra Jenny no apoyó su mano en la de Christopher. De hecho, pareció alejarse de él en cuerpo y espíritu. Cuando en la culminación de la obra sonó una canción especialmente sentimental, sus hombros se estremecieron y Christopher supo que estaba llorando. Pasó un brazo por encima de ellos y la atrajo hacia sí. Mientras los actores salían a saludar por tercera vez, Jenny se apartó y se sonó la nariz.

Como estaban en el centro de la fila, nadie tuvo que pasar por delante de ellos para salir.

—Conozco un sitio bastante agradable donde podemos tomar café y algo de comer —dijo Christopher—. Podemos ir caminando, si no te molesta hacerlo con esos tacones.

Jenny guardó el pañuelo en su bolso.

—Uso tacones altos desde los doce años. Puedo caminar perfectamente con ellos.

Desde el accidente, Christopher había aprendido más sobre la fuerza de su esposa que durante los cinco años anteriores.

Tomados del brazo, caminaron algunos bloques, hasta que Christopher se detuvo ante una puerta de cristal.

Una vez sentados a una mesa, Christopher tomó las manos de Jenny entre las suyas.

—¿Te ha venido algún recuerdo durante la obra?

Ella negó con la cabeza.

—El teatro me ha resultado familiar, como si ya hubiera estado en él. Pero no he tenido ningún recuerdo concreto. ¿Lloré la última vez que fuimos a ver la obra?

Christopher sintió que se le encogía el estómago.

—¿Por qué lo preguntas?

Jenny se encogió de hombros.

—Sólo trato de entender.

—No sé si lloraste la primera vez que viste la obra —dijo Christopher, con cautela—. Yo no estaba contigo.

Jenny lo miró con gesto confundido.

—No entiendo. Cuando te pregunté si podíamos volver a verla me dejaste creer que habíamos venido juntos. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo estoy diciendo ahora.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no antes? ¿Qué pasa, Christopher? —preguntó Jenny, evidentemente enfadada.

—Pensé que sería mejor que recordaras por tu cuenta.

—Parece que hice muchas más cosas por mi cuenta de las que creía —Jenny apartó sus manos de las de Christopher y se sentó erguida en la silla.

—No viniste a Nueva York sola. Viniste con mi madre.

—¿Con tu madre? ¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo dijo ella? Le mencioné que íbamos a venir a ver la obra… ¿Le pediste que me mintiera?

Christopher se apoyó contra el respaldo del asiento, tranquilo.

—Ella no te mintió.

Jenny hizo un sonido de protesta.

—Simplemente, no me dijo la verdad. Como tú. Podría haberle pedido que viniera conmigo, que hiciéramos lo mismo que hicimos la primera vez, para ayudarme a recordar. No me diste esa oportunidad. ¿Qué más me estás ocultando?

—Íbamos a venir juntos, pero en el último momento tuve que verme con uno de mis socios de Boston y no pude acompañarte.

—Entonces yo me sentí muy decepcionada y tú le pediste a tu madre que me acompañara.

—¿Lo recuerdas?

—No. Pero apostaría cualquier cosa a que no fue la primera vez que pasaba.

El tono de Jenny puso a Christopher a la defensiva.

—Estuvimos aquí juntos un año después de que nos casáramos, y pasamos un estupendo fin de semana juntos.

Jenny se levantó y tomó su bolso.

—Estoy segura de que fue un fin de semana mucho mejor que el que vamos a pasar. He perdido el apetito. Me voy al hotel.

Christopher se levantó de inmediato y la tomó por el brazo.

—Ni hablar. No voy a dejar que camines sola por las calles de Nueva York.

—No tengo intención de ir caminando. Voy a tomar un taxi.

—A los taxistas de aquí no les gusta hacer viajes tan cortos.

—Le daré una buena propina —Jenny dio un leve tirón para librarse de la mano de Christopher y se encaminó hacia la puerta.

Él se quedó mirándola unos segundos y luego la siguió, alcanzándola cuando estaba a punto de salir. Apoyó la mano en la puerta para impedir que lo hiciera.

—Vamos a volver juntos.

Jenny lo miró con gesto desafiante, pero no dijo nada.

Christopher había oído hablar sobre el castigo del silencio, pero nunca lo había experimentado. Jenny había sido silenciosa en el pasado, pero nunca se había negado a hablar con él. No trató de tocarla ni de hablar con ella mientras caminaban de regreso al hotel, sabiendo que lo rechazaría.

Rechazo.

¿Sería eso lo que sentía Jenny cuando él no llegaba a la casa hasta

después de que ella se hubiera dormido, cuando anteponía citas de negocios y jugar al golf a sus planes comunes?

Empezaba a ver por qué se había distanciado de él, pero no estaba seguro de cómo recuperarla. Y si Jenny llegaba a recordar al hombre que le había prestado la atención que necesitaba…

Cuando entraron en la habitación, Jenny evitó mirarlo y fue hasta las ventanas para correr las cortinas.

—¿Quieres prepararte para ir a la cama primero o lo hago yo? —preguntó.

—Ve tú —dijo Christopher—. Yo voy a ver las noticias de última hora.

Diez minutos después, Jenny reapareció en el dormitorio descalza y con un camisón y una bata de color crema. Christopher se había quitado la chaqueta y la camisa y sostenía en la mano su pantalón de pijama. Cuando Jenny vio su pecho desnudo, se detuvo. Cuando deslizó la mirada desde sus hombros hasta sus pezones, casi ocultos por el vello, y luego a su cintura, Christopher sintió que su sangre corría con más ardor por sus venas.

Jenny se mordió el labio inferior. Él quiso besarlo, y el superior y su cuello…

Recordándose que le había asegurado que podía fiarse de él, comprendiendo que después de esa noche era posible que Jenny no lo creyera, hizo un gran es fuerzo para darse la vuelta y pensar en que lo que tenía que hacer era cepillarse los dientes. La transición fue prácticamente imposible.

Cuando salió del baño, Jenny ya estaba en la cama, cubierta con las mantas hasta la barbilla.

Christopher apagó la televisión y la luz de la mesilla de noche, esperando que la oscuridad suavizara la tensión. Pero no fue así.

—Buenas noches, Jenny.

—Buenas noches —replicó ella, con una suavidad que Christopher no esperaba.

Los minutos parecieron horas mientras se movía de un lado a otro, comprobando cada poco rato su reloj tratando de escuchar indicios de que Jenny también estaba inquieta, pero sin oír nada.

Cuando un repentino sonido lo despertó, lo único que recordaba era que había visto en el reloj que ya eran las dos y media.

—¡Christopher!

Alerta al instante, Christopher encendió la luz. Jenny estaba sentada en la cama, con el pelo revuelto y los ojos brillantes.

—He recordado algo —dijo, casi sin aliento.

Christopher se quedó helado, y una sola pregunta surgió en su mente. ¿Habría acabado su matrimonio antes de haber tenido la oportunidad de revivirlo?

Capítulo 7

Los latidos del corazón de Christopher aumentaron su ritmo al oír las palabras de Jenny.

—¿Qué has recordado?

—Estaba de compras con tu madre en Bloomingdale. Ella probaba un nuevo perfume. Yo abrí el bolso para comprobar mi lista. Al hacerlo vi otro papel dentro, doblado como si fuera una carta. Cuando lo miré me sentí muy triste y confundida…

Sus ojos brillaron, y Christopher pudo ver la tristeza que había en ellos. Salió de su cama y se sentó en la de ella.

—¿Qué ponía en el papel? —preguntó con suavidad, tomándola de la mano.

Jenny se llevó la otra mano a la frente y apartó de ésta unos mechones.

—No sé. No puedo verlo. ¿Por qué no puedo verlo?

Christopher estaba cada vez más convencido que la amnesia de Jenny no se debía principalmente al trauma ocasionado por el accidente. Había algo que no quería recordar. Era evidente en su falta de recuerdos relacionados con él. Tal vez estaba terriblemente culpabilizada por su aventura y su mente se negaba a enfrentarse a ello.

—Hay algo que no está bien, Christopher. No sé qué es. ¿Sabes tú de qué se trata?

Él pensó que si lo supiera con certeza, se lo diría para salir de una vez de aquella pesadilla.

—No lo sé, Jenny.

Ella lo miró al rostro y luego, sin soltar su mano, se cruzó de brazos, como si tuviera frío.

A pesar de lo que había pasado entre ellos aquella tarde, Christopher supo que la necesitaba. No recordaba haber estado tan seguro de algo en su vida.

Cuando soltó la mano de Jenny para levantarse, vio decepción en su rostro y se preguntó cuántas veces habría ignorado aquella expresión. Antes de que se alzara otro muro entre ellos, apartó las sábanas y se metió en la cama junto a Jenny, tomándola entre sus brazos.

Ella no se apartó ni se resistió y Christopher le acarició el pelo como tantas veces había deseado hacer desde que volvió a casa del hospital.

Mientras el cuerpo de Jenny empezaba a entrar en calor con el suyo, Christopher sintió el comienzo de otro calor que no tenía lugar en aquella cama esa noche. No si quería ganar su confianza. No si quería recuperarla.

—¿Quieres que te abrace mientras duermes?

Jenny ladeó la cabeza sobre su hombro para mirarlo.

—Eso no sería justo para ti.

—Tenerte entre mis brazos es justo lo que necesito en estos momentos —Christopher la besó en la frente y le acarició el rostro, sabiendo que lo que había dicho era cierto. Luego apagó la luz.

Poco a poco, Christopher sintió que su cuerpo se relajaba. El sueño llegó rápidamente y lo abrazó gustoso, aspirando el aroma de Jenny, rogando para que pudieran volver a encontrarse.

Cuando Jenny despertó, se encontró acurrucada contra Christopher, con la mano en su pecho y una rodilla sobre sus muslos. No se movió durante unos minutos, sintiéndose… familiarmente confortable. Pero no tanto como para seguir donde estaba. Cuando deslizó con cuidado la rodilla, sintió los dedos de Christopher moviéndose en su brazo.

—Buenos días —dijo él, con voz ronca.

Jenny se apartó entonces.

—Justo estaba levantándome… —cuando él la sujetó por el brazo, se quedó muy quieta.

—Estabas disfrutando estando así conmigo… al menos hasta que has pensado en ello.

—No quería que pensaras…

—¿Que me estabas ofreciendo algo? Ya te dije que podías confiar en mí.

Y Jenny confiaba en él. De quien no se fiaba era de sí misma.

—Me he sentido a salvo contigo esta noche. Cuando no entiendo lo que recuerdo, lo que siento, todo parece dar vueltas en mi cabeza. Cuando me abrazas, las cosas se calman.

—¿Has recordado algo más?

—No. Y necesito saber algo. ¿Por qué no me dijiste antes de que viniéramos que la última vez que vine aquí fue con tu madre?

La mandíbula de Christopher se tensó y su expresión se volvió más retraída.

—No hagas eso, Christopher.
—¿Qué? —preguntó él con las cejas arqueadas.
—Te cierras a mí, como si no fuera asunto mío conocer la respuesta. Le pediste a tu madre que me ocultara algo, y quiero saber por qué. Y no me digas que es por el consejo de la señora Coswell.

Haciendo una mueca, Christopher siguió en la cama y se apoyó contra el cabecero. Tras dar un profundo suspiro, dijo:

—No te lo dije por instinto de conservación. De conservación de nuestro matrimonio. O tal vez por puro ego. En Otoño, cuando sucedió, cuando tuve que cancelar el viaje, no quise admitir ante mí mismo lo decepcionada que te vi, a pesar de que no lo demostraste. Y esta vez, algo me hizo creer que volverías a sentirte igual de decepcionada.

—¿Tratabas de protegerme?

—Creo que estaba tratando de proteger la cercanía que estaba surgiendo entre nosotros. No quería frenarla hasta que no fuera absolutamente necesario.

—Oh, Christopher —murmuró Jenny sintiendo que su corazón se llenaba de ternura. ¿Era posible que se hubiera enamorado de él de nuevo con tanta rapidez?

—¿Quieres que dejemos el hotel y volvamos a casa? —preguntó él.

Jenny pensó que, tal vez, lo que ambos necesitaban era estar un tiempo alejados de casa, donde no esperaba recordar, donde fueran tan solo un hombre y una mujer volviendo a conocerse.

—Creo que preferiría dar un paseo por Central Park. Y luego me gustaría subir al Empire State.

—Espero que conmigo —dijo Christopher y su boca se curvó en una lenta sonrisa demasiado varonil y sexy para la paz mental de Jenny.

—Desde luego —contestó, deseando besarlo, pero decidiendo reprimirse hasta haber aclarado consigo misma sus sentimientos.

Christopher salió de la cama.

—¿Desayunamos antes?

Jenny asintió, deseando pasar el día y otra noche con su marido.

La cena con Christopher en un restaurante giratorio en lo alto de uno de los hoteles más famosos de Nueva York fue la guinda de un

día perfecto. Se comportaron como auténticos turistas, disfrutando de cada minuto.

Cuando, mientras tomaban el café, Christopher la miró, había una luz en sus ojos que había estado reprimida a lo largo del día. Ahora brillaba con toda claridad y Jenny supo que tendría que enfrentarse a ella.

—¿Nos vamos ya? —preguntó él—. Podemos dar otro paseo si…

—No. Volvamos al hotel.

Los ojos de Christopher contenían una pregunta, pero Jenny aún no estaba segura de la respuesta.

Ya en el hotel, mientras esperaban al ascensor, Christopher supo que no podría dormir en la misma habitación que Jenny esa noche. Sabía que sería incapaz de limitarse a reconfortarla. Aquel era un asunto al que debía enfrentarse sin disgustarla, sin tratar de seducirla. El veloz ascensor los llevó hasta la planta veintitrés. Jenny no lo miró ni una vez, y él se preguntó qué estaría pensando. Probablemente habría sugerido que volvieran al hotel porque estaba cansada. Parecía tan hermosa, tan vibrante Y llena de vida… era difícil creer que sólo unas semanas atrás había estado en coma.

Jenny se quitó el chal mientras iban hacia la habitación. El movimiento hizo que su perfume se elevara hacia Christopher. El calor del cuerpo de Jenny intensificaba el aroma, mezclándose con él, haciendo que el deseo de Christopher aumentara. Tratando de ignorarlo, abrió la puerta. Cuando la abrió para que ella pasara y Jenny lo rozó con el hombro al hacerlo, supo que aquella iba a ser una de las noches más difíciles de su vida.

En lugar de cerrar la puerta permaneció en el umbral.

—Jenny.

Ella se volvió.

—Voy a pedir otra habitación —por un momento pensó que Jenny iba a preguntar por qué. Pero cuando se acercó a él y lo miró a los ojos supo que ya conocía la respuesta.

—Ayer dijeron que no tenían ninguna libre.

—Eso fue anoche. Seguro que alguien se ha ido hoy.

—¿Y si no tienen otra habitación? ¿Te irás a otro hotel? ¿Crees que la distancia ayudará?

La situación, sus dudas, la frustración sexual, hicieron que Christopher maldijera entre dientes. Se pasó una mano por el pelo.

—No. La distancia no va a ayudar. No aliviará el deseo. A pesar de… —se interrumpió—. Te deseo, Jenny. Cuanto más estoy contigo más quiero besarte y tocarte y…

Jenny se detuvo a escasos centímetros de él, alzó ligeramente la barbilla y cuando habló su voz fue apenas un susurro.

—No quiero que te vayas a otra habitación.

—¿Te da miedo quedarte aquí sola?

El azul de los ojos de Jenny parecía más intenso que nunca.

—No. No tengo miedo. Pero te necesito aquí conmigo… en mi cama.

—No puedo abrazarte como anoche y no…

—Quiero que me hagas el amor.

¿Le había dicho Jenny alguna vez eso antes? Si así hubiera sido, Christopher sabía que lo habría recordado. Porque nunca habría podido olvidar la instantánea respuesta de su cuerpo, o los latidos de su corazón, tan fuertes que apenas pudo respirar. A pesar de todo, logró preguntar:

—¿Estás segura?

—Estoy segura —y por si no la creía, Jenny alzó una mano y le acarició el rostro.

Fue su aroma, su caricia, la certeza de su voz la que hizo que la necesidad fuera más acuciante que las palabras, que un beso fuera el comienzo de un viaje hacia las estrellas. Obligándose a contener su deseo, teniendo presente que Jenny no recordaba nada sobre su relación física, la besó en lugar de llevarla directamente a la cama.

El beso fue todo lo que no pudo expresar con palabras sobre el deseo, las caricias, el matrimonio… Abrió la boca sobre la de ella, y cuando Jenny deslizó la lengua por su labio inferior, gimió, rogando ser capaz de contenerse, esperando darle tal placer que nunca volviera a pensar en la posibilidad de dejarlo. Le acarició la lengua con la suya, jugueteó con ella y luego la metió en su boca hasta que ella gimió, dejó caer el bolso y el chal al suelo y deslizó los brazos en torno a su espalda, sosteniéndolo contra sí con fuerza.

Christopher apartó el rostro y la miró a los ojos. Su azul profundidad de luz plateada, mágica como la de una estrella.

—Jenny, sé que no recuerdas cómo eran las cosas entre nosotros.

No quiero hacer nada que pueda asustarte…

—No me preocupa en lo más mínimo que vayas a asustarme —dijo ella, con una sonrisa.

Christopher volvió a besarla, hambriento, y sintió el estremecimiento que recorrió su cuerpo, un cuerpo que conocía muy bien. Acarició con los dedos la parte de su espalda que el vestido dejaba al desnudo. Los temblores que la recorrieron le hicieron ver que ya estaba dispuesta para algo más que los besos.

Soltó el cierre trasero del vestido y le bajó la cremallera. Con un leve tirón, la prenda cayó a suelo. Un diminuto sostén de seda azul ocultaba apenas los pezones de Jenny.

—Ese sujetador podría volver loco a un hombre —murmuró Christopher con voz ronca.

—Entonces, tal vez debería quitármelo —sugirió ella, llevando las manos tras su espalda.

Christopher había obtenido muchas veces placer del cuerpo de Jenny durante su matrimonio. Pero no sabía si alguna vez la había deseado tanto. Se quitó la chaqueta, dejándola caer al suelo sobre el chal. Luego se quitó la corbata y desabrochó su camisa como si los botones fueran enemigos a los que hubiera que conquistar. Una vez desnudo de cintura para arriba, deslizó las manos por el cuello y los hombros de Jenny, como que riendo acariciarle todo a la vez.

Christopher estaba despertando una necesidad tan intensa en ella que su deseo por él, aquel nuevo amor, la empujó a responder libremente y a darle el mismo placer que él le estaba dando a ella. Deslizó las manos desde su cintura hacia arriba, entrelazando los dedos en el vello de su pecho. Cuando oyó que Christopher contenía el aliento, supo que estaba haciendo algo que le gustaba.

Cuando llevó las manos al cierre de sus pantalones, él las tomó entre las suyas.

—Quiero que esto sean tan especial para ti que…

Jenny vio que estaba buscando una manera adecuada de decirlo.

—¿Que nunca lo olvide? —mientras desabrochaba el cierre de los pantalones, lo miró a los ojos y añadió—: Esto será especial, lo recuerde o no.

—No era eso lo que iba a decir. Quiero que sea tan especial que no importe si lo recuerdas o no.

Su expresión y la emoción que había en sus ojos reveló a Jenny que

Christopher quería que aquello fuera un nuevo comienzo para ellos. Ella también lo quería, pero aún sentía que había algo oscuro en su pasado. Podía permitir que aquellas dudas interfirieran entre ellos, o podía dejarse llevar por el momento.

Se dejó llevar y, cuando desabrochó los pantalones de Christopher, él la tomó en brazos y la llevó a la cama. Tras tumbarla sobre ésta, se desvistió rápidamente y se tumbó junto a ella. Permaneció quieto mientras Jenny lo miraba, dejándole asimilar todo lo que ya conocía de antes.

Tenía un cuerpo magnífico, duro, viril, lleno de una fuerza que ella había sentido muchas veces. Pero fue un destello de incertidumbre en la mirada de Christopher lo que le hizo acariciarlo con una mano desde el hombro hasta el codo.

Él cerró los ojos un momento, y cuando volvió a abrirlos dijo:

—Aún estás medio vestida. Creo que deberíamos hacer algo al respecto.

Jenny pensó en ayudarlo, pero suspiró y disfrutó de sus íntimas caricias más de lo que creía posible. Él pareció apreciar sus reacciones, y cuando terminó de desvestirla, la estrechó entre sus brazos. Sus corazones latieron al unísono, rápido, con fuerza. El tiempo se detuvo mientras su necesidad se volvía más y más palpable, y el palpitante deseo de Christopher le dijo a Jenny que su contención no podría durar mucho.

Pero estaba equivocada. Él la besó y la acarició hasta que su nombre se convirtió en un ruego para que la colmara. Con suavidad, Christopher se apartó de ella y Jenny se sintió momentáneamente confundida.

—¿Qué sucede, Christopher? ¿He…?

—Protección —explicó él con voz ronca—. Está en el cajón de la mesilla.

Protección. No habían hablado de niños… si quisieron tenerlos en el pasado, si querían tenerlos ahora. Por supuesto, Christopher hacía bien usando un preservativo. Al menos, hasta que supieran qué iba a depararles el futuro.

Cuando volvió, Jenny abrió los brazos, dando la bienvenida a su pasión, invitándolo a entrar en su corazón. Era su marido y quería conocerlo así, de la forma más íntima posible. Christopher la besó con la ternura de una primera unión, con el hambre de alguien que

llevara mucho tiempo sin comer.

Jenny alzó las rodillas, y cuando él dejó de besarla, dijo:

—Te deseo, Christopher.

—Oh, Jenny, no puedo esperar más —susurró él, y se deslizó en el cálido interior de su amada, colmando un vacío que ella ni siquiera sabía que estaba allí.

Incapaz de atrapar ninguna de las palabras que cruzaban su mente, Jenny se entregó a la pura sensación de ser amada por su marido. Ser amada.

Mientras Christopher se retiraba un poco y luego volvía a penetrarla, un intenso placer erótico se fue arremolinando en el interior de Jenny, hasta que se aferró a sus hombros, sintiendo cómo era absorbida por éste.

Él susurró su nombre y luego dejó que sus alientos se fundieran en profundo beso. Luego deslizó una mano entre sus cuerpos y un intenso gemido escapó de la garganta de Jenny.

Su mutua pasión destelló en sus pieles mientras ambos alcanzaban a la vez el orgasmo. Luego permanecieron abrazados besándose, hasta que, poco a poco, sus corazones recuperaron el ritmo normal.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Christopher mientras se tumbaba y tomaba a Jenny en uno de sus brazos.

—Que somos maravillosos juntos —Jenny quería preguntar si siempre habían sido así, pero recordó lo que Christopher había dicho sobre un nuevo comienzo de manera que, en lugar de preguntar, lo besó.

La respuesta de Christopher le reveló que iba a disfrutar de nuevo de lo maravillosos que eran juntos.

El sol brillaba en lo alto el domingo, cuando volvieron a casa. Ante la puerta, Christopher dejó las bolsas de viaje en el suelo y tomó a Jenny en brazos.

Ella rió.

—¿Qué haces?

—Cruzar el umbral contigo en brazos —dijo él con sencillez, besándola tras dejarla en el vestíbulo.

No importaba cómo hubiera sido su matrimonio hasta entonces, porque había empezado de nuevo el día anterior. Jenny sabía que

sólo una cosa podía hacer que fuera aún más perfecto. Que Christopher le dijera que la amaba. Pero estaba segura de que, con el tiempo, las palabras segui1 a sus sentimientos. Ella tampoco las había dicho.

¿Por que sentía que el camino aún no estaba despejado para ellos? ¿Por que aún sentía cierta prevención hacia Christopher? Eso no podía ser. No, después de cómo habían hecho el amor.

Mientras él la besaba, Jenny dejó que todas sus dudas se desvanecieran y…

—¡Oh! Lo siento —dijo una inesperada voz—. Sólo quería saber si necesitaban algo.

Christopher alzó la cabeza y sonrió, ligeramente avergonzado.

—No importa, Pauline. Creo que hoy no necesitaremos nada.

—Pero, señor, ya tuve el viernes por la tarde libre, y ayer…

—Ve a buscar a Fred y dad un paseo. Hace un día precioso.

Pauline sonrió.

—Ya veo. Hay un guiso en la nevera para la cena, y también embutido y fruta. Oh, y la señora tiene un mensaje en el contestador. Lo han dejado esta mañana.

—¿Es algo urgente? —preguntó Jenny, suponiendo que el mensaje sería de Dave Hedgewick y estaría relacionado con las fotos para la exposición.

—No estoy segura —la expresión de Pauline era totalmente neutral —. Puede que Fred y yo vayamos a dar una vuelta. Les veré mañana —a continuación, desapareció en la cocina, dejándolos discretamente solos.

Jenny rió y miró a su marido.

—Creo que piensa que necesitamos un poco de intimidad —la sonrisa abandonó sus labios al ver la seria expresión de Christopher —. ¿Qué sucede?

—Creo que deberías ir a escuchar tu mensaje.

—Supongo que será Dave para hablar de algo relacionado con la exposición.

Christopher se encogió de hombros.

—Entonces vamos a oírlo. Después podemos probar el sofá de la sala de abajo.

Jenny notó que su sonrisa era forzada y sintió una tensión que no estaba allí hacía unos minutos. Empezaba a conocer a Christopher

bastante bien. Hasta que no escucharan el mensaje no se relajaría.

Bajaron la escalera en silencio. Una vez en su despacho, Jenny apretó el botón del contestador.

—Jenny, soy Marty. Estoy preocupado por ti. Dijiste que llamarías cuando volvieras, pero no lo hiciste. He tratado de ponerme en contacto contigo algunas veces, pero no has contestado y conozco tu situación. Llámame para contarme qué pasa, por favor.

La voz del hombre sonaba muy preocupada, y Jenny no supo qué pensar.

Cuando miró a su marido, éste le preguntó en tono cortante.

—¿Quién es Marty?

Capítulo 8

El corazón de Jenny latió más deprisa. Sabía reconocer la rabia cuando la oía, pero no sabía qué la había causado.

—No sé quién es Marty. Sólo he visto su nombre una vez antes…

—¿Dónde?

—¿Qué sucede, Christopher? ¿Por qué estás siendo tan…?

Christopher tomo a Jenny por la muñeca y la miro fijamente a los ojos.

—Quiero saber dónde has visto su nombre.

—En un trozo de papel que había entre algunos billetes en mi cartera.

—¿Qué más había en el papel? ¿Un apellido? ¿Unas señas?

—Sólo el nombre y unos números. Seis y ocho.

—¿Y no tienes idea de lo que pueda significar?

—¡No! Y no me gusta el tono…

—¿Era tu escritura o la de alguna otra persona?

—La mía. Y esa es la última pregunta que pienso responder hasta que me digas por qué me estás interrogando como si fuera una criminal.

—No hay nada que decir —espetó Christopher, mirando el contestador—. Quiero que me des ese trozo de papel.

—No.

Christopher miró a Jenny como si lo hubiera abofeteado.

—Jenny…

—Dime por qué estás tan enfadado.

El silencio de Christopher fue aún peor que su tono.

—Dime algo —insistió Jenny.

Era como si se hubiera vuelto de piedra ante sus ojos. Pero Jenny sabía que debía insistir.

—¿No significó nada para ti lo de anoche?

—No sabes cuánto —murmuró Christopher.

—No, no lo sé —espetó Jenny, enfadada—. Tampoco conozco a nadie llamado Marty ni sé por qué estaba en Binghamton cuando sufrí el accidente. Me dijiste que tú tampoco sabías qué hacía allí. Supuse que había ido a hacer alguna compra, o a algo relacionado con alguna obra de caridad. Pero ahora no lo sé. ¿Por qué no sabías a dónde había ido? ¿Cuánto tiempo estuve fuera?

—Cuatro días.

De pronto, todo encajó en la mente de Jenny, el distanciamiento de Christopher, su inexplicable actitud en determinados momentos, las sospechas, las dudas y preguntas…

—¡Crees que tenía una aventura! —al ver que Christopher permanecía en taciturno silencio, Jenny casi gritó—: ¡Dímelo!

—La doctora Coswell dijo…

—No me importa lo que dijera la doctora. Es mi vida la que se ha desmoronado, no la suya. ¿Sabe ella algo de todo esto?

—Le pedí consejo. Como ya sabes, dijo que sería preferible que recordaras por tu cuenta.

—Pero no recuerdo. Ayúdame, Christopher, por favor.

—¿Ayudarte? Eso llevo haciendo todo este tiempo, Jenny, tomando cada día según venía mientras las dudas me mataban. ¿Tienes idea de lo que fue llegar una noche a casa y encontrar una nota en la que decías que te ibas sin ninguna explicación, pidiendo tan solo mi comprensión? ¿Imaginas lo que sentí sentado junto a ti en el hospital, mientras estabas en coma, preguntándome a cada minuto dónde habías estado, con quién, sin saber si alguna vez lo averiguaría?

El aire crepitó con la fuerza de la rabia y el resentimiento de Christopher. Como si no pudiera soportar seguir allí, se volvió y caminó hacia la puerta.

Jenny lo siguió y lo tomó por un brazo.

—Christopher…

Él negó con la cabeza.

—Hasta que recuerdes, nunca lo sabremos. Anoche pensé que sería mejor que nunca recordaras… para poder empezar de nuevo. Pero me estaba engañando. Esto siempre se interpondrá entre nosotros. Y no sé si podré vivir con ello.

Cuando se soltó y empezó a subir las escaleras, Jenny supo que debía dejarle ir. Al menos, de momento. Ella tenía mucho en qué pensar.

Y una búsqueda que hacer.

Si había tenido una aventura, debía haber evidencia de algo… en algún sitio. Una nota. Una foto. Una carta. Algo al margen de las sospechas de Christopher y la voz de un desconocido en el contestador.

¿Quién podía ser aquel hombre? ¿Y por qué pensaba su marido que tenía una aventura?

Después de la noche pasada…

Si la pasión entre Christopher y ella en los años que habían pasado juntos se había acercado en intensidad a la de la noche pasada, no podía imaginarse a sí misma queriendo hacer el amor con otro hombre. Y estaba segura de que sólo se habría casado con él por amor. No le habría bastado con la atracción física, por fuerte que fuera. Y si lo amaba tanto como para haberse casado con él, no lo habría engañado. No habría sido capaz de traicionarlo.

Pero, al parecer, Christopher tenía una visión distinta de ella.

Tenía que averiguar por qué.

Revisó cuidadosamente cada cajón de su escritorio y el archivador, pero no encontró nada personal, nada que pudiera llevarla a la verdad.

Cuando terminó en su despacho, subió al ático y revisó la caja que contenía los papeles de su madre, sin saber muy bien por qué. Pero sólo encontró tarjetas y cartas que no le dijeron nada. Cuando, finalmente, decidió volver a hablar con Christopher para insistir en que le contara lo sucedido, éste se había ido. Supuso que había decidido refugiarse en oficina, el único lugar en que se sentía a salvo del dolor que creía le había infligido su esposa.

Jenny no podía saber con certeza si lo había traicionado o no. Pero la intuición le decía que antes de hacerlo se habría arrancado el corazón.

Ahora debía lograr que Christopher la creyera.

Cuando Christopher contestó el teléfono de su línea privada esperaba oír a Luke, a Jud o a sus padres. En lugar de ello, oyó la voz de Jenny.

—Siento molestarte, Christopher, pero quería saber si vas a venir hoy a cenar.

Christopher se había ido el día anterior por la tarde y aún no había vuelto.

—No estoy seguro.

—¿Viniste anoche a casa?

El tono de Jenny no era acusador, sino resignado.

—No. Tenía varias llamadas que hacer.

—¿Dormiste algo?

El tono preocupado de Jenny era sincero, y Christopher sintió que se le encogía el corazón.

—Un poco. Tengo un sofá en el despacho.

—No vas a poder evitarme siempre —dijo ella con suavidad.

—Jenny…

—Tenemos que hablar. Es la única manera de resolver los problemas que tenemos. Por favor, ven a casa.

Christopher suspiró.

—De acuerdo. Llegaré hacia las seis.

La cálida despedida de Jenny permaneció con él todo el día.

Cuando llegó a casa, subió directamente a cambiarse. Al bajar, encontró a Jenny en el comedor, echando una salsa en una fuente con pechugas de pollo. Vestía vaqueros y un jersey en una cuyas mangas había una mancha de harina.

—Le he dicho a Pauline que podía tomarse la tarde libre —dijo, al ver a su marido—. He pensado que sería mejor estar solos.

Pasar la tarde a solas con ella… Christopher deseó que fuera tan sencillo.

—¿Has cocinado tú?

—Sí. Pechugas de pollo y patatas, y de postre, tarta de limón.

—Nunca habías preparado una cena así.

—En ese caso, ya era hora de que lo hiciera.

—Jenny…

—Siéntate. Yo voy a traer lo demás.

Cuando volvió, sirvió la comida en ambos platos. Christopher pensó que parecía mucho más relajada de lo que él se sentía.

—Cuéntame lo que has hecho hoy —dijo Jenny, tras sentarse y beber un sorbo de agua.

Christopher jugueteó con su tenedor.

—¿De verdad quieres hablar de eso?

—Quiero charlar contigo y comer bien antes de meternos en nada profundo. Disfruta de tu comida.

Christopher pensó que desde el día anterior no había tomado más que un café y un bollo, en su despacho. Tenía hambre, y el aroma de la comida lo tentaba casi tanto como su esposa.

Probó un bocado y lo saboreó.

—Está muy bueno.

—Gracias —dijo Jenny, sonriendo.

«De acuerdo», pensó Christopher, decidiendo seguirle la corriente. No tenía por qué tener el estómago hecho un nudo mientas comían.

Consiguieron mantener una relajada conversación sobre la cercana subasta y algunos de los objetos que habían llegado para esta. Luego, Christopher preguntó a Jenny sobre sus fotos para la exposición y ella, le dijo que pensaba ir a la galería el miércoles, para hablar con Dave sobre dónde colocarlas.

Comieron la tarta en silencio. Finalmente, Jenny sirvió el café.

—Ayer por la tarde revisé de arriba a abajo mi oficina y nuestro dormitorio —dijo.

—¿Qué buscabas?

—Cualquier cosa que pudiera ayudarnos. Pero no encontré ningún indicio sobre quién pueda ser Marty o por qué fui a Binghamton. Incluso revisé todos los recibos…

—No sé de qué podría servir eso.

—¿Y qué serviría? A parte de que recuperara mi memoria, claro.

—No lo sé.

—Necesito respuestas tanto como tú, Christopher. Tal vez, incluso más. Tengo que averiguar qué clase de mujer soy. Por cómo crecí, viendo el amor que había entre mi madre y mi padre, conociendo los valores que les importaban, no creo que fuera capaz de serle infiel a mi marido.

Jenny vio la emoción que iluminó momentáneamente los ojos de Christopher, pero ésta quedó inmediatamente apagada por las dudas.

—Pero no lo sabes con certeza, ¿verdad? —preguntó.

—Dime por qué llegaste a sospechar que te estaba siendo infiel.

Christopher suspiró y apartó la mirada.

—Te volviste más silenciosa, evasiva, como si no quisieras tenerme en tus pensamientos. Si estabas hablando por teléfono y yo entraba en la habitación, colgabas rápidamente. Hubo varias llamadas sin respuesta cuando yo respondí al teléfono. Me dejaste una nota diciendo que te ibas varios días y pidiendo mi comprensión, sin mencionar cuándo volverías, o si volverías. Luego tuviste el accidente en un lugar en el que no tenías por qué estar —movió la cabeza—. Después de tu vuelta hubo otra llamada sin respuesta. Y con el mensaje de ayer… Desde luego, todo puede ser meramente circunstancial, pero la evidencia indica que estabas viéndote con otro hombre.

Dijo aquello con frialdad, como un juez pronunciando una sentencia condenatoria.

—¿Por qué estás tan dispuesto a creer que te haría algo así? ¿Qué te hace estar tan seguro de que querría tener una aventura?

Christopher habló con brusquedad.

—Algunas mujeres piensan que la yerba es siempre más verde en otros pastos.

—Yo no soy «alguna mujer», Christopher. Si me volví hacia otro hombre, si nuestro matrimonio se estaba desmoronando, ¿no habría que culpar a ambos?

La mandíbula de Christopher se tensó mientras se levantaba.

—Yo nunca contemplé la posibilidad de dormir en brazos de otra mujer. Hice mis votos creyendo en ellos. Pero ahora no estoy seguro de que tú hicieras lo mismo —apoyando las manos en el respaldo de la silla, añadió—: Esto no ya a llevarnos a ningún sitio. Voy a cabalgar un rato. Deja todo en la mesa. Pauline lo recogerá por la mañana.

Christopher evitó mirarla mientras zanjaba el asunto y dejaba claro que si su matrimonio no había tenido problemas antes, ahora los tenía. Cuando se fue del comedor, Jenny no sabía qué hacer.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y comprendió que amaba realmente a Christopher. Quería luchar por su matrimonio, pero no sabía cómo hacerlo. Necesitaba consejo y no sabía a quién acudir.

Pensó en Luke, pero sospechaba que éste también tenía dudas sobre ella. De pronto recordó sus conversaciones con Jud, lo franco que éste se mostró con ella. Tal vez él podría ayudarla.

Fue a su despacho, buscó el teléfono del Star Four y lo marcó.

—Star Four —contestó un hombre de voz grave.

—¿Jud?

—Sí. ¿Eres tú, Jenny?

—Sí. ¿Tienes unos momentos para hablar?

—Por supuesto. ¿Sucede algo malo?

Jenny no sabía muy bien cómo empezar.

—Yo… ¿sabes que Christopher piensa que me veía con otro hombre?

Tras una larga pausa, Jud contestó.

—Eso me dijo. ¿Has recordado?

—No. No he recordado nada relacionado con él y conmigo. Pero él

tiene varios motivos que confirman sus sospechas.

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—No creo que fuera capaz de engañarle. Puede que, simplemente, no quiera creerlo.

—Las dudas están destrozando a Christopher, Jenny.

—Ya me he dado cuenta y no sé qué hacer al respecto. No deja de distanciarse de mí…

Jud maldijo entre dientes.

—Eso es típico de Christopher. Cuando está dolido o inquieto, se encierra en sí mismo y se centra en algo que le da seguridad.

—Su trabajo.

—Normalmente sí —asintió Jud.

—¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo lograr que se abra a mí?

—¿Qué quieres conseguir?

—Quiero recuperar nuestro matrimonio. Pero si él no puede perdonarme por algo que cree que hice…

—No soy un consejero matrimonial, Jenny.

—No. Pero eres muy buen amigo de Christopher —Jud no era el tipo de hombre al que gustaba inmiscuirse en los problemas de otras personas y Jenny sabía que lo estaba poniendo en una situación difícil.

—Si de verdad quieres salvar tu matrimonio, tienes que seguir intentándolo. Cuando Christopher se vaya, ve tras él. Si no te escucha, átalo a un árbol con una cuerda para obligarlo.

Jenny tuvo que sonreír.

—Es mucho más fuerte que yo.

—Si lo haces bien no tendrás ningún problema.

«Bien». ¿Qué significaba eso? ¿Que lo atara con su amor? Jenny suspiró.

—No pretendía meterte en medio de esto, Jud.

—No lo has hecho. No te he dicho nada que no hubiera dicho delante de Christopher.

—Gracias.

—No he hecho nada.

—Sí, lo has hecho. Me has dado esperanza.

Cuando colgó, Jenny decidió que, efectivamente, iba a dejar la mesa sin recoger. De pronto tuvo un intenso deseo de ver a Wind Feader.

Best Chance relinchó mientras Christopher le pasaba el cepillo.

—Lo siento, muchacho —antes de montar a su caballo Scout, Christopher había decidido prestar un poco de atención a su nueva adquisición.

Atención.

«¿Por qué iba a querer tener una aventura?», había preguntado su esposa.

Culpaba a Jenny por la situación en la que se encontraban. Quería creer que todo era por su culpa. Sin embargo sus pensamientos no dejaban de dar vueltas. Además del enfado, el sentimiento de culpabilidad también había influido en que se fuera del comedor, y ya iba siendo hora de que lo reconociera. No podía evitar preguntarse si su falta de atención hacia Jenny sería lo que había empujado a ésta en brazos de otro hombre.

Eso no la excusaba, pero sí hacía que él viera su matrimonio desde otro punto de vista. Siempre había pensado que era perfecto. Él trabajaba, ganaba dinero para comprar cualquier cosa que necesitaran y pensaba que estaba cumpliendo sus metas, teniendo éxito, siendo un buen marido. Pero ahora tenía que replanteárselo todo. Readaptar su idea de la vida, el trabajo y las relaciones le producían vértigo, como si no tuviera un brújula por la que guiarse. Y su necesidad y deseo por Jenny, a pesar de lo que ésta había hecho, lo alteraban aún más.

Cuando oyó que la puerta del establo se abría, siguió cepillando a Best Chance. Aquellas ligeras pisadas no pertenecían a Fred. Siguió cepillando al caballo hasta que Jenny se situó junto a él. No dijo nada durante un momento y él aspiró su aroma a champú, a perfume, a mujer.

—¿Me enseñas a montar?

Christopher volvió el rostro hacia ella.

—¿Ahora?

—Sí.

—Iba a sacar a Scout.

—Puedo ir contigo —sugirió Jenny.

—Pensaba ponerlo a galopar un buen rato.

—Entonces supongo que tendré que esperar. Puede que mañana,

cuando vuelvas a casa.

¿Cuántas veces había querido Jenny pasar tiempo con él y se había topado con su rechazo? ¿Cuántas veces lo había esperado de noche sin que él llegara? ¿Debía sentirse culpable ahora respecto a aquello?

Jenny permaneció junto a él, esperando su respuesta sin impaciencia.

—Fred puede sacar a Scout mañana —dijo Christopher, finalmente —. Espera aquí. Voy a por una silla para ti.

Para apartar su mente del brillo del pelo de Jenny, de sus ceñidos vaqueros, de sus pequeños pies en las botas prácticamente nuevas que debía haber encontrado en el fondo de su armario, explicó lo que iba haciendo mientras ensillaba a Wind Feather. Cuando sacó fuera a la yegua, Jenny lo siguió.

—Voy a alargar los estribos para que te resulte más fácil montarla. ¿O prefieres que te dé un empujón?

—Enséñame a hacerlo como es.

Colocándose junto a ella, Christopher dijo:

—Coloca tu pie izquierdo en el estribo y sujeta el pomo de la silla mientras te impulsas hacia arriba.

Jenny lo miró por encima del hombro.

—Es tan fácil como hacer merengue.

Christopher podría haberla besado, podría haberla llevado de vuelta al establo para tumbarla sobre el heno y…

Impulsándose con el pie derecho, Jenny montó a la yegua.

Viendo su rostro, la alegría que reflejaba mientras miraba a su alrededor, Christopher comprendió lo diferente que era ahora respecto a cuando trató de aprender a montar a los veintiún años. Entonces era insegura, temerosa. Ahora anticipaba lo que iba a suceder con auténtica curiosidad. ¿Tanto la había cambiado el accidente? ¿O era él quien la veía con ojos diferentes?

—¿Qué te parece? —preguntó Christopher, ajustando el estribo.

—Es maravilloso. Como estar sentada en lo alto del mundo —Jenny se ruborizó—. O al menos en lo alto de una pequeña colina.

Christopher tuvo que sonreír.

—Ten en cuenta que esta colina se mueve. Vamos a dar un paseo para que te vayas acostumbrando a ella.

Al cabo de un momento, Jenny preguntó:

—¿Puedo sujetar las riendas?

Christopher se detuvo y también lo hizo Wind Feather.

—¿Estás segura?

—No creo que dar unas vueltas por el corral sea vivir muy peligrosamente.

Pasando las riendas por encima de la cabeza del caballo, Christopher fue a situarse junto a Jenny. Cuando ella las tomó de sus manos, sus dedos se rozaron.

—¿Christopher?

Él supo que Jenny quería volver a hablar sobre lo sucedido.

—Déjalo de momento, ¿de acuerdo?

Jenny se mordió el labio inferior y luego dijo:

—De acuerdo. Pero sólo si prometes que vendrás a casa mañana por la noche y me darás otra lección.

Meditando los pros y los contras, Christopher decidió que darle lecciones no les haría daño y podría ayudarles. Tal vez, si le enseñaba a montar podría simular ante sí mismo que eran una pareja normal. Tal vez incluso podría creer que aún tenían un matrimonio.

Capítulo 9

Las tiras de satén del vestido fucsia de Jenny realzaban la cremosidad de su piel mientras ladeaba la cabeza y sonreía a Dave Hedgewick. Christopher sintió que su estómago se contraía. Había sido una tarde de triunfo para Jenny. Sus fotografías habían tenido mucho éxito. Ya se habían vendido la mitad. Varias personas que habían asistido a la exposición querían conocerla.

Christopher no dejaba de preguntarse si alguno de los hombres que había allí sería Marty. Todos la miraban como si quisieran que les perteneciera. Cuando otro hombre se acercó a ella y le tocó el hombro para llamar su atención, Christopher apretó los dientes.

—¿A qué viene ese ceño fruncido, hijo? —preguntó su madre, mirándolo con gesto preocupado—. Deberías estar orgulloso de tu esposa. Hoy ha triunfado.

—Lo sé —respondió él, con un suspiro—. Y estoy orgulloso de ella. Siento que papá no haya podido venir.

—Yo también. Pero no volverá hasta mañana por la tarde.

—¿Le ha acompañado alguien?

—No. Ha volado solo. Yo lo habría acompañado, pero dijo que la reunión iba a tener lugar en un lugar muy aburrido, sin tiendas, ni espectáculos. Aún no ha comprendido que me basta con estar con él.

—No quiere que te aburras.

—Supongo que esa es la forma de verlo de un hombre. Pero no es la mía. ¿Qué tal os va a ti y a Jenny? Me dijo que lo pasasteis muy bien en Nueva York y que recordó haber estado allí de compras conmigo. Supongo que hiciste bien esperando a decirle que no fuiste con ella.

Christopher sabía que su madre estaba tanteando el terreno, pero él no estaba preparado para hablar de su matrimonio.

—No sé si hice bien, pero ella entendió.

—¿Entonces todo va bien entre vosotros?

Las cosas no podían ir bien cuando el marido y la mujer dormían en habitaciones separadas.

Habían pasado juntos cada tarde de la semana, montando a caballo. Cada noche, la lección duraba un poco más. El día anterior habían cabalgado hasta el río y habían visto allí la puesta de sol. Christopher quiso tomar a Jenny en sus brazos, besarla, hacerle el amor bajo la luz del crepúsculo. Pero ni siquiera desmontaron, y él decidió que la distancia era más segura que el dolor de estar demasiado cerca.

Su madre esperaba una respuesta.

—Estamos trabajando en ello, mamá.

—Hay más que el accidente y su amnesia, ¿verdad?

En ese momento sonó el busca de Christopher. Lo sacó del bolsillo de su chaqueta y comprobó el número.

—Tengo que hacer una llamada.

—Espero que los negocios no te aparten de una noche tan importante para tu mujer —dijo Marjorie.

—No dejaré que eso ocurra.

Tras hacer la llamada desde el coche, Christopher volvió a la galería. Luke se apartó del grupo de personas con quienes estaba charlando sobre las fotos de Jenny y se acercó a él.

—Tu esposa es todo un éxito. Creo que ni siquiera ha tenido tiempo para tomar una copa de champán.

—Tal vez ha llegado el momento de solucionar eso —dijo Christopher—. Ese tipo ya la ha monopolizado el tiempo suficiente.

—Es un periodista —le informó Luke.

—Como si es el presidente de los Estados Unidos —murmuró Christopher mientras tomaba dos copas de una bandeja y se encaminaba hacia su esposa.

Cuando le entregó una, Jenny le dedicó una sonrisa de agradecimiento y le presentó al periodista. Tras dedicar un breve asentimiento de cabeza Christopher, el periodista se lanzó de nuevo a hacer preguntas, y no paró hasta que Dave Hedgewick insistió en que Jenny se uniera a los otros artistas de la exposición para hacerse unas fotos para un periódico rival. Ella dedicó a su marido una sonrisa de disculpa y dejó que el dueño de la galería se la llevara.

Luke debió ver el gesto de enfado de Christopher. Dándole suavemente con el codo en un costado, dijo:

—Jenny tiene que promocionar su trabajo.

—Lo sé —espetó Christopher.

—Entonces, será mejor que sonrías para que sepa que no te disgusta que no pueda estar a tu lado.

Recordando todas las fiestas y cócteles de negocios a los que Jenny lo había acompañado con la mejor de sus sonrisas, Christopher se esforzó en hacer lo que su primo decía.

La tarde fue pasando mientras Christopher permanecía al margen, mirando a Jenny, admirando su talento, deseándola. Mientras los

asistentes se iban yendo, la esperó en la parte delantera de la galería. Ella se acercó con una brillante sonrisa en el rostro.

—¿Ya has acabado? —preguntó Christopher, levantándose.

—En un minuto. Dave ha insistido en informarme sobre los beneficios de las ventas de esta noche. ¡Creo que nunca he pasado una tarde más excitante!

Christopher estaba a punto de decirle lo preciosa que estaba y lo orgulloso que se sentía de ella, cuando Hedgewick se acercó.

El dueño de la galería entregó un sobre a Jenny.

—Felicidades. Estoy seguro de que venderemos el resto mañana. Me gustaría organizar otra exposición de tu trabajo a finales de verano. ¿Qué te parece?

—¿Tan pronto?

Dave sonrió.

—Hay que aprovechar el momento. Tus fotos llegan con gran facilidad al público. Me alegra ser tu descubridor —tomó una mano de Jenny y la sujetó entre las suyas—. Tienes un talento especial, y vamos a mostrárselo a toda la gente, que podamos. Será mejor que te hagas unas tarjetas, porque vas a necesitarlas.

—Gracias por haberme dado esta oportunidad, Dave. No sabes cuánto significa para mí.

El estómago de Christopher se encogió al ver la familiaridad que demostraba el galerista con su esposa. No le gustó en lo más mínimo.

—Jenny, ¿no crees que deberíamos irnos?

Hedgewick le soltó la mano.

—No pretendía reteneros —dijo, sonriendo—. Supongo que querréis celebrarlo solos. Mañana te llamaré para informarte de las ventas.

Tras una nueva ronda de despedidas, Christopher acompañó a Jenny al coche. Una vez dentro, preguntó.

—¿Quieres que paremos en algún sitio a celebrarlo?

—No creo que estés de humor para celebrar nada —dijo Jenny con suavidad—. Si tenías asuntos de los que ocuparte esta noche, más habría valido que te fueras en lugar de haberte pasado la mayor parte de la tarde frunciendo el ceño.

—No tenía ningún negocio del que ocuparme.

—¿Entonces cuál es el problema? Nunca he estado más contenta ni satisfecha en mi vida. ¡La exposición ha sido un éxito!

—Y tú también.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Christopher puso el coche en marcha.

—No importa.

Tras un prolongado silencio, Jenny dijo:

—Muy bien. No me importa. Porque lo cierto es que quiero saborear esta noche, no estropearla.

A pesar de que era cierto que Jenny quería saborear la noche, el silencioso trayecto a casa con Christopher apagó las burbujas de su alegría. Le habría gustado que le dijera qué iba mal, en lugar de actuar como un volcán a punto de estallar.

Creía que durante aquella semana habían asentado una buena base para su relación. Había visto el deseo en los ojos de Christopher, pero también había visto el escudo que había erigido para protegerse. Él aún necesitaba respuestas, lo mismo que ella. Pero, ¿y si nunca las obtenían?

Christopher condujo el coche al garaje. Entraron en la casa por la cocina, y cuando se hallaba a medio camino de comedor, se volvió hacia Jenny.

—¿Te sientes atraída por Hedgewick?

—¿Qué? —preguntó Jenny, sorprendida.

—¿Te sientes atraída por él? ¿Te gusta hablar con él? ¿Quieres acostarte con él?

—No seas ridículo.

Christopher la tomó por los hombros.

—¿Estoy siendo ridículo? Hoy había hombres en la galería que te deseaban como yo te deseo. Y lo comprendo, por eres una mujer hermosa, vibrante y con talento. Pero lo que no sé es cómo los mirabas tú. Si los mirabas. Hedgewick y tú parecéis tan cómodos juntos…

—¡Christopher! Dave es un hombre agradable. Comprende mi visión… lo que quiero conseguir cuando saco una foto. Pero eso es todo. Tú eres mi marido. Tú eres el hombre al que deseo.

Christopher deslizó una mano hasta el pelo de Jenny.

—Ojalá pudiera creer eso.

—Créelo —murmuró Jenny, necesitando que su marido confiara

en ella y en el futuro que podían compartir.

La creyera o no, Christopher la besó posesivamente, reclamándola, sin dejar lugar para nada ni nadie más que él. Y Jenny quería demostrarle que no había nada ni nadie más que él. Dejó que hiciera con ella lo que quería, devolviendo su fervor con pasión.

Sin apenas dejar de besarse, sus ropas fueron cayendo al suelo. Sin evitar el fuego de los ojos de Christopher, ni la evidencia de su deseo, Jenny deslizó una mano entre sus muslos y, sujetándolo con firmeza comenzó a subirla y bajarla con lentos y sensuales movimientos.

Con rápidos y precisos movimientos, Christopher le quitó las braguitas y la estrechó con fuerza contra sí. Siguiendo el impulso, Jenny lo rodeó por el cuello con los brazos y él la alzó, haciéndole rodearlo con las piernas por la cintura. Moviendo sus manos fervientemente por la espalda de Jenny, la apoyó sobre la mesa y, atrayéndola hacia sí, la penetró de un sólo empujón.

—Di mi nombre —ordenó, mirándola a los ojos, haciéndole saber que no iría más allá hasta que Jenny le dijera que sabía exactamente con quién estaba.

—Christopher —gimió ella. Cuando él volvió a penetrarla, volvió a gritar su nombre, alentándolo a moverse, asegurándole sin palabras que quería su pasión y su matrimonio.

Jenny alcanzó el clímax explosivamente en torno a él y cuando él llegó a la cima, la hizo suya y sólo suya.

Mientras permanecían abrazados, el teléfono se puso a sonar, sobresaltándolos.

Christopher alzó la cabeza y se apartó.

—Es más de medianoche —gruñó—. Tal vez deberías responder tú. No querría que colgaran si respondo yo.

Volvía a mostrarse suspicaz. Y Jenny no podía decirle que estaba equivocado. Alguien podía saber que su marido solía quedarse a menudo trabajando en su despacho de noche y que ella estaba sola en casa. Descolgó el teléfono conteniendo el aliento.

—Jenny, soy Marjorie. ¿Puedo hablar con Christopher? —había un evidente temblor en la voz de su suegra. Jenny alargó de inmediato el teléfono a su marido—. Es tu madre.

Él tomó el auricular y, mientras escuchaba, se puso pálido.

—Enseguida voy. Puedo hacer unas llamadas para tratar de averiguar qué ha pasado —cuando colgó, dijo—: Papá ha salido de

Indiana esta noche y nadie sabe nada de él. Al parecer ha habido una inesperada tormenta en la zona. Voy al estudio a hacer unas llamadas. Luego iré a casa de mi madre.

Jenny lo tomó por el brazo antes de que pudiera irse.

—Voy contigo.

—No es necesario.

—Soy tu esposa, Christopher. Me preocupo por ti y tu familia. Voy contigo.

Evitando mirarla, él se apartó y recogió sus ropas del suelo.

—De acuerdo. Pero tienes que estar lista para salir en diez minutos.

En cuanto Jenny vio a Marjorie, la abrazó.

—¿Cómo estás?

Marjorie le devolvió el abrazo.

—Muy preocupada —volviéndose hacia su hijo, preguntó—. ¿Has averiguado algo?

Christopher pasó un brazo por los hombros de su madre y la acompañó al sofá, haciendo que se sentara.

—Papá despegó hacia las ocho. Se suponía que debía aterrizar en Pittsburg para repostar, pero no lo hizo. Ha habido un inesperado temporal en la zona. No ha habido llamadas de alerta, pero si estaba tratando de maniobrar…

—Tal vez no haya tenido tiempo de avisar antes de caer —concluyó Marjorie, a punto de llorar.

Jenny se sentó junto a ella y la tomó de la mano.

—Eso no podemos saberlo.

—Están comprobando en todos los aeropuertos de la zona. Puede haber aterrizado en cualquiera —dijo Christopher, tratando de mostrarse optimista—. De momento estamos haciendo todo lo que podemos. Sólo nos queda esperar.

—Pero, ¿por qué no llama por radio? —preguntó—. Crees que se ha estrellado, ¿verdad? Sé sincero conmigo, hijo.

—No sé más de lo que te estoy diciendo. Papá es un piloto experimentado. Tenemos que fiarnos de su habilidad.

Unas silenciosas lágrimas se deslizaron por las mejillas de Marjorie.

—¿Por qué no habrá esperado hasta la mañana?

Jenny apretó su mano con calidez.

—Probablemente porque quería volver cuanto antes.

—¿Estás seguro de que no podemos hacer nada más que esperar? —preguntó Marjorie a su hijo.

—Eso es todo lo que podemos hacer.

Haciendo un evidente esfuerzo, Marjorie se levantó del sofá.

—Entonces voy a preparar un poco de té.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Jenny.

—Sí, me gustaría. Siento haberos estropeado una noche tan especial, pero me alegra que hayas venido con Christopher.

—No has estropeado nada. Mientras esperamos a que el agua hierva puedes recordarme algunos detalles que se me hayan pasado por alto para la subasta. El viernes va a llegar antes de que nos demos cuenta.

Marjorie pareció agradecida por tener algo en que centrarse.

—He hecho una lista. ¿Te apetece comer algo, Christopher? Podemos preparar unos sándwiches.

—No, madre. Voy a hacer algunas llamadas más —la mirada de Christopher voló hacia Jenny.

Ella quiso acercarse a él y abrazarlo. Pero desde que habían hecho el amor y habían recibido la llamada telefónica, parecía hallarse a varias millas de distancia. Jenny empezaba a preguntarse si su amor por él era suficiente o si necesitaban un milagro que volviera a unirlos.

La sensación de algo rozándole el hombro despertó a Jenny. Estaba acurrucada en el sofá y Christopher la estaba tapando con una manta.

—Gracias. ¿Qué hora es?

—Casi las dos.

Jenny se sentó en el sofá.

—¿Hay alguna noticia?

Christopher negó con la cabeza y se sentó junto a ella.

—Nada todavía. Y es difícil buscar antes de que amanezca. Si se ha estrellado…

Jenny apoyó una mano sobre la de él.

—¿Dónde está Marjorie?

—Ha ido a la cocina a preparar más té…

Cuando el teléfono empezó a sonar, Marjorie entró corriendo en el

cuarto de estar. Christopher corrió a responder. Escuchó unos momentos y luego sonrió. Al cabo de unos segundos alargó el auricular hacia su madre.

—Es papá.

Marjorie casi le arrancó el teléfono de la mano.

—¡Wayne! Wayne, ¿estás bien?

Christopher se acercó a Jenny.

—Un rayo golpeó su avioneta y se vio obligado a aterrizar en un prado. Luego ha tenido que caminar bastante hasta encontrar ayuda. Al parecer ha estado un rato inconsciente y cree que tiene un brazo roto. La gente de la granja en la que ha acabado ha insistido en pedir una ambulancia antes de que llamara aquí.

Jenny abrazó a su marido, llorando de alivio.

—¡Cuánto me alegro!

Él la rodeó con sus brazos y luego se apartó.

—Voy a hacer unas llamadas.

Marjorie aún estaba hablando con su marido cuando la ambulancia llegó a la granja, insistió en hablar con uno de los enfermeros antes de colgar. Después explicó a Christopher y a Jenny que aún podían pasar unas horas hasta que admitieran a Wayne en el hospital más cercano y le hicieran una revisión completa. Ella abría querido volar de inmediato a Ohio, donde había tenido lugar el accidente, pero su marido le había ordenado que se quedara en casa esperando su llamada. Después ofreció a Christopher y a su nuera que se quedaran a dormir allí, pero Christopher declinó su oferta, diciendo que prefería esperar su llamada en casa.

Cuando Jenny miró el perfil de Christopher en el coche, le pareció que estaba tan agotado como ella se sentía.

—He llamado a Luke y le he contado lo que ha pasado —dijo Christopher una vez en casa—. Llamaré a Jud cuando sepa con certeza cómo está papá. Jenny precedió a su marido por las escaleras y se detuvo frente al dormitorio principal.

—Has sido maravillosa con mi madre —dijo él, deteniéndose junto a ella—. Gracias por tratar de distraerla.

—No es necesario que me des las gracias. Christopher, ¿por qué no duermes conmigo esta noche?

—¿Dormir?

—Sí. Los dos lo necesitamos. Y creo que también nos necesitamos

mutuamente. ¿No crees?

Él la miró un momento y luego pasó el dorso de una mano por su mejilla.

—La vida es tan frágil…

Cuando Jenny asintió, él dejó caer la mano y abrió la puerta del dormitorio.

Jenny se puso el camisón en el baño. Cuando volvió a la cama, Christopher ya estaba acostado. Al alzar las sábanas y meterse dentro, comprobó que estaba desnudo.

—¿No era esto lo que querías? —preguntó él.

Su expresión era impenetrable, y Jenny supo que tenía que alcanzar su corazón de algún modo.

—Quiero que confíes en mí. Quiero que confíes en nuestro matrimonio y en nuestra estabilidad para construir un futuro juntos.

Él se apoyó en un codo y la miró.

—¿Y si confío en ti, Jenny? Incluso aunque pudiera olvidar que te fuiste con otro hombre, ¿cómo voy a saber que no volverás a hacerlo?

Jenny se arrimó a él.

—Te lo prometo. Puedo garantizarte mi fidelidad. No sé lo que sucedió en el pasado, pero sé que puedo controlar lo que haga en el futuro.

—¿Y si te creo, acepto reconstruir nuestro matrimonio y entonces tu recuerdas lo que sucedió y decides pasar el resto de tu vida con él en lugar de conmigo?

De manera que ese era el verdadero asunto entre ellos, comprendió Jenny. Christopher no se fiaba de la mujer que había sido ni de la mujer que era.

—No sé cómo responderte porque no estoy segura de que vayas a creer nada de lo que diga.

—Inténtalo.

Jenny no sólo estaba luchando por su matrimonio, sino también por su amor y su vida con aquel hombre. Y sin embargo estaba segura de que las palabras de amor y las promesas no lo convencerían para que bajara la guardia. Y tampoco podía utilizar la atracción que existía entre ellos, porque Christopher sentiría que trataba de manipularlo.

Todo lo que podía hacer era decir la verdad y hablar de sus sueños.

—Quiero estar contigo, Christopher, en todos los sentidos en que un

marido y una esposa pueden estarlo. Quiero que cuando vuelvas a casa me cuentes lo que has hecho y que me escuches cuando yo te cuente lo que he hecho yo. Quiero cabalgar contigo, que me acompañes cuando vaya a hacer mis fotos. Quiero hacerte el amor y que me lo hagas, que pasemos juntos los buenos y los malos ratos. Y sobre todo, cuando decidas si quieres o no todo esto, me gustaría que tuviéramos hijos.

El rostro de Christopher no reveló la más mínima emoción. Finalmente, dijo:

—Quieres mucho.

—Tal vez. Siempre he tenido sueños. Y siempre he creído que pueden hacerse realidad. ¿Puedes creer tú también en mí? ¿En nosotros?

—No sé si alguna vez he confiado en alguien más que en Luke y Jud. Tu y yo… hicimos nuestros votos y esperaba que me fueras fiel. Esperaba que permanecieras a mi lado.

—¿Por que firmamos un contrato? —Jenny se sintió dolida por lo que había dicho Christopher, pero se alegró de que por fin se abriera a ella.

—El matrimonio es un contrato —dijo él, a la defensiva.

—El matrimonio debería ser mucho más que un contrato. Yo quiero más, desde luego, pero la pregunta es si tú también lo quieres.

Christopher permaneció unos momentos en silencio.

—Esa no es una pregunta que pueda responder de inmediato, ni en unos días o semanas.

—¿Y qué hacemos?

—Viviremos día a día, tratando de empezar de nuevo. ¿De acuerdo?

Con cada nuevo día, su confianza en ella crecería. Con cada nuevo día, le iría envolviendo en los lazos de su amor hasta q las palabras significaran tanto como sus actos.

—De acuerdo.

Pasándose una mano por el pelo, Christopher dijo:

—Creo que la mejor forma de empezar será durmiendo un rato —deslizándose de nuevo bajo las sábanas, apoyó la cabeza en la almohada y abrió los brazos hacia Jenny.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro, esperando lo mejor, soñando con el mañana.

Capítulo 10

Los asistentes a la subasta caminaban por el salón del hotel el viernes por la tarde, examinando los objetos que les interesaban, desde antiguas joyas hasta piezas de cerámica y cuadros. Jenny comprobaba sus notas en el estrado, asegurándose de que todo estuviera en orden.

Alguien la tocó en el hombro y al volverse vio a los padres de Christopher sonriéndole. Wayne llevaba un brazo escayolado. Una hilera de puntos recorría parte de su mandíbula.

Jenny lo abrazó cuidadosamente.

—¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo te sientes?

Wayne le devolvió el abrazo y luego se apartó.

—¿Quieres decir desde que tuve que volar de regreso en un vuelo regular? ¿O desde que el médico en Ohio llamó a mi doctor y éste informó a mi esposa de que debía tratarme como a un inválido durante varios días? Qué existencia más aburrida. Y esas colas en el aeropuerto…

Marjorie sonrió.

—Está hecho un gruñón porque no puede empezar a trabajar hasta el lunes.

—He tenido suerte de que me dejara salir esta noche —murmuró Wayne. Jenny sonrió.

—Me alegra que hayas venido. Y me alegra aún más que estés aquí y a salvo. ¿Hay alguna posibilidad de que protejan la avioneta contra las tormentas en el futuro?

—Espera a ver los aparatos que va a llevar mi nuevo avión.

Jenny miró a su suegra para ver cómo se sentía respecto a la idea de que su marido volviera a volar.

Marjorie suspiró, resignada.

—No puedo retenerlo en tierra. ¿Pero puedes creer que ha aceptado hacer ese crucero conmigo por Grecia en otoño?

Wayne tomó la mano de su esposa.

—Cuando el rayo golpeó la avioneta y empecé a caer, decidí que unas cuantas vacaciones más contigo al año no nos vendrían mal.

Jenny había sentido antes un fuerte lazo de respeto y cariño entre los padres de Christopher. Ahora, ese lazo parecía haberse reforzado.

Cuando Christopher se acerco a ellos, su corazón latió más deprisa La noche del accidente de su padre también había cambiado algo

entre ellos Ahora dormían en la misma cama su marido le hacia el amor y ella le correspondía con cada fibra de su ser. Pero después, cuando lo miraba a los ojos, aún podía ver dudas en ellos. ¿Acabaría por llevárselas el tiempo?

¿O serían aquellas sospechas y su amnesia un espectro entre ellos?

No podía pensar en aquello ahora. Tenía que centrarse en su amor por él y en los sentimientos de Christopher por ella, rogando para que un día la confianza se adueñara de su matrimonio.

Christopher deslizó la mirada por el traje de chaqueta azul marino de Jenny y acabó deteniéndola en los anillos de su mano.

El domingo por la mañana, el teléfono los despertó a las cinco de la mañana. Marjorie les aseguró que Wayne estaba bien y que ella iba a tomar un vuelo al mediodía para ir a estar con él. Después de colgar, Christopher tomó a Jenny entre sus brazos e hicieron el amor. Ella notó la contención de su marido, su afán por protegerse de sentir demasiado. Cuando se vistió, volvió a ponerse los anillos para demostrarle que se sentía comprometida con su matrimonio. Pero Christopher no había hecho ningún comentario al respecto a lo largo de la semana.

Volviendo su atención hacia sus padres, Christopher sonrió.

—¿Habéis visto algo por lo que os apetezca pujar?

—Me ha encantado una pequeña cómoda que he visto en la segunda planta —dijo Marjorie y, mirando hacia su marido, añadió—: Vamos a verla para decidir hasta cuánto ofrecer.

Jenny sonrió mientras los padres de Christopher se alejaban.

—Espero hacer un buen trabajo describiendo los objetos de la subasta —dijo—. Llevo practicando toda la semana, pero estoy más nerviosa de lo que esperaba. ¡Ha venido un montón de gente!

Christopher deslizó la mirada por la sala, que estaba prácticamente llena.

—Lo harás muy bien —dijo—. Si sientes que te entra pánico escénico, imagina que todo el mundo está en ropa interior y se te pasará.

Jenny sonrió.

—Si te imagino en ropa interior, puede que no pueda seguir adelante con la subasta —murmuró.

Christopher le devolvió la sonrisa a la vez que el conserje cerraba las puertas de la sala y hacía una seña a Jenny, indicándole que podía

comenzar con la subasta.

—Si necesitas que suba alguna puja, hazme una seña con la cabeza.

—Puede que acabes quedándote con la pieza —advirtió Jenny.

—Es por una buena causa.

Jenny miró a su marido mientras éste se alejaba, saludando y sonriendo a varias de las personas que habían acudido a la subasta.

Después, tras dar la bienvenida a los asistentes y explicar el motivo de la subasta, describió un objeto tras otro, tomó nota de las pujas y animó a la audiencia a subirlas. De vez en cuando miraba a su marido, veía que éste la observaba especulativamente y se preguntaba qué estaría pensando.

Tras conseguir un precio especialmente elevado por una vajilla inglesa, dio unos sorbos del vaso de agua que tenía en el estrado y esperó a que uno de los ayudantes sacara el siguiente objeto que se iba a subastar.

Mirando a su esposa, Christopher decidió que nunca la había visto más viva… más hermosa. Los anillos de su mano destellaban a la luz mientras movía la mano. ¿Podía confiar en que significaban para ella el mismo compromiso que para él? ¿Podía perdonarla?

Cuando sonó el busca, casi se alegró. Aquellas preguntas no dejaban de rondar su cabeza, y temía que nunca obtendría las respuestas. Comprobó el número y vio que era él de su casa.

Salió al vestíbulo y llamó desde el teléfono público. Contestó Pauline.

—Soy yo, Pauline —dijo Christopher.

—Señor Langston, no sabía si llamarlo o no. Ha venido un hombre a ver a la señora Langston. Ha insistido en verla y… bueno, le he dicho dónde estaba. Lo siento. Tal vez no debería…

El corazón de Christopher latió más deprisa.

—¿Ha dicho su nombre?

—Sí. Se llama Martin Nesbitt.

Martin. Marty. Christopher supo que pronto iba a enfrentarse con la sombra que había desgarrado su matrimonio.

—Descríbelo.

—Pelo negro. Ojos azules. Pantalones vaqueros y camisa de

cuadros…

—No te preocupes Pauline, has hecho bien en llamar. Yo me ocuparé de él.

Cuando colgó, Christopher pensó en esperar en el vestíbulo. Pero había muchos hombres en vaqueros entrando y saliendo, y no quería cometer un error. Con Jenny en el estrado, no había forma de que alguien se dirigiera hacia ella sin que él lo viera. Decidió volver a la sala… y esperar.

Según pasaban los minutos se fue poniendo más y más tenso. Era posible que el tal Martin Nesbitt decidiera esperar a Jenny en el exterior. También era posible que ni siquiera acudiera. Era posible que no quisiera verla en un sitio público. Sin embargo, no había tenido ningún reparo en presentarse en su casa…

Jenny estaba describiendo una mesita tallada a mano cuando las puertas de la sala se abrieron. Su mirada fue de la mesita hacia el recién llegado. Se quedó en silencio, sin apartar los ojos de él. Mientras los asistentes comprendían que no sólo se había interrumpido, sino que estaba como hipnotizada por algo que había visto al fondo, se volvieron y empezaron a murmurar.

Los ojos de Jenny se abrieron de par en par, se llevó una mano a la frente y dejó escapar un grito ahogado. Christopher acudió junto a ella antes de que pudiera hacerlo el hombre que caminaba por el pasillo. Toda la rabia y el resentimiento acumulados durante aquellos meses, todas las dudas que lo habían carcomido, quedaron reflejadas en sus preguntas.

—¿Es ese tu amante?

Los ojos de Jenny se llenaron de lágrimas.

—Ese hombre es mi padre —dijo, y a continuación se desvaneció.

Christopher se quedó paralizado por la conmoción y fue Martin Nesbitt quien impidió que su hija cayera al suelo.

Marjorie acudió junto a su nuera al instante, indicando a Nesbitt que la tumbara.

—Jenny, cariño —dijo, tomándola de la mano—. Vas a ponerte bien.

Jenny parpadeó y se llevó la mano a la frente.

—Me siento tan rara… mareada… me duele la cabeza —dirigió la mirada hacia el hombre que decía ser su padre—. Marty, ¿qué haces…? Sufrí un accidente después de dejarte. No podía recordar.

Cuando te he visto ahora todos los recuerdos han vuelto de repente.

Como si acabara de recordar quién era, miró a Christopher.

—Oh, Dios mío. Menuda escena. Siento tanto…

Christopher se sentía como si lo hubieran golpeado con un martillo en la cabeza. Tenía tantas preguntas que hacer, un sentimiento tal de culpabilidad… Pero no podía pensar en sí mismo. Debía pensar en Jenny.

—Voy a llamar a la doctora Coswell. No os mováis hasta que vuelva.

La siguiente hora fue muy confusa. La doctora Coswell no estaba en su consulta y tardó un buen rato en devolver la llamada. Mientras éste seguía aún junto al teléfono en el vestíbulo, Jenny se acercó a él, frotándose la sien con la mano y con Martin Nesbitt a su lado.

—Te había dicho que no te movieras —dijo Christopher.

Jenny alargó una temblorosa mano para que le alcanzara el teléfono. Reacio, Christopher se lo alcanzó.

Tras contestar algunas preguntas, Jenny colgó.

—La doctora se reunirá conmigo en casa.

—Voy a por el coche —dijo Christopher, sin saber qué otra cosa hacer.

Marjorie insistió en quedarse con Jenny hasta que llegara la doctora.

Mientras esperaba con Martin Nesbitt en el vestíbulo de la planta alta, Christopher no paró de caminar de un lado a otro, aún conmocionado, sin saber qué decir.

—Así que tú eres Christopher Langston —dijo Nesbitt al cabo de un rato—. Jenny me habló de ti.

—Pues a mí no me habló de ti —reconoció Christopher.

—Le asustaba hacerlo.

Fijándose bien en Martin Nesbitt, en su pelo negro y sus ojos azules, en sus rasgos faciales, Christopher reconoció el parecido que había entre aquel hombre y su esposa.

—¿Por qué iba a asustarle?

—No sabía cómo reaccionarías. Presentía que estabais al borde del divorcio, y temía que si averiguabas que yo existía las cosas empeorarían.

—¿Divorcio? ¿Por qué iba a pensar…?

—Oh, conozco a los de tu clase. Mucho dinero, mucho trabajo,

muchos viajes de negocios. El último iba a durar dos meses, ¿no? Jenny parecía creer que eso significaba que no te importaba vuestro matrimonio, y menos aún ella.

—¿Ella te dijo eso?

—Si conoces a tu esposa, sabrás que ella nunca lo diría. Es demasiado leal. Pero yo pude leer entre líneas, a pesar de que la conocía hacía poco tiempo.

—Creía que su padre murió cuando era una adolescente —Christopher aún estaba tratando de encajar las piezas.

Nesbitt palmeó el, sofá en el que estaba sentado.

—Siéntate. A menos que tengas algún problema en sentarte junto a un ex convicto.

Christopher percibió el desafío que había en la mirada de Nesbitt y se sentó junto a él, diciendo:

—Cuéntame todo lo que deba saber.

Nesbitt lo miró con dureza un momento. Luego suspiró.

—El pasado octubre, Jenny encontró una carta que escribí a su madre desde la cárcel. Lydia y yo nos conocimos cuando ella tenía veintiún años y estaba en la universidad. Nunca debimos unirnos. Ella era demasiado refinada. Quería ser abogada. Así que supongo que pensé que podía conseguirle las cosas que quería por el camino más fácil. Malversé fondos donde trabajaba, entregué cheques falsos… y me atraparon. Mientras estaba en la cárcel, Lydia averiguó que estaba embarazada.

—Pero tu nombre no aparece en el certificado de nacimiento de Jenny.

—Había un amigo de la familia que se había encariñado con Lydia, a pesar de que era quince años mayor que ella. Lo conocía de toda la vida. Era médico, la clase de hombre con quien debería haberse relacionado desde el principio. Se casaron y Jenny recibió su apellido al nacer. Lydia me escribió para informarme yo ya había arruinado mi vida, así que lo mejor que podía hacer por ella era salir de la suya. Quedamos en no volver a ponernos en contacto nunca más.

—Jenny nunca lo supo.

—No hasta que leyó la carta.

—¿Cómo te encontró?

—A través de un investigador privado que descubrió mis antecedentes penales.

—¿Y cuándo te encontró?

—Me llamó por primera vez en febrero. Pasamos mucho tiempo al teléfono. Pero yo tenía órdenes estrictas de colgar si contestabas tú. Jenny quería decírtelo. No dejaba de esperar a que llegara el momento adecuado. Entonces le dijiste que te ibas a ausentar dos meses. Sintió que teníamos que vernos en persona, que debía pasar un tiempo conmigo para poder decirte la verdad antes de que te fueras.

—Estuvo contigo esos cuatro días.

—Sí. En un pequeño pueblo cercano a Corning. Tengo allí un pequeño restaurante. Jenny comprobó que llevo una vida honrada —Nesbitt sacó una hoja doblada de su bolsillo—. Esta es la carta que encontró. Creo que sería conveniente que la vieras.

Christopher tomó el papel y le echó un vistazo, sin tratar de apartar el sentimiento de culpabilidad que se había apoderado de él.

—Pensaba que me estaba engañando con otro hombre. La he juzgado, la he tratado como si me hubiera sido infiel. Si nuestro matrimonio estaba en peligro antes, puede que ahora lo haya destrozado por completo. ¡No puedo creer que haya estado tan ciego!

El padre de Jenny lo miró pensativamente.

—Nada de lo que diga va a hacer que te sientas mejor. Empezaba a pensar que eras un auténtico miserable, dejándola sola noche tras noche, estando con ella sólo cuando te resultaba conveniente.

Christopher bajó la mirada, porque lo que acababa de decir el padre de Jenny era cierto.

—Tienes razón. Si ni siquiera podía decirme que había encontrado un padre que no sabía que tenía, no la merezco.

Nesbitt se encogió de hombros.

—Me parece que los dos estabais cometiendo errores.

Christopher movió la cabeza, apesadumbrado.

—Ella no lo verá así. No ahora que ha recuperado todos sus recuerdos. Jenny quería reconstruir nuestro matrimonio y yo la he tratado como si hubiera hecho algo imperdonable.

—No conozco a mi hija hace mucho, pero sé que te amaba.

Christopher se daba cuenta ahora de que no había cuidado lo suficiente aquel amor, de que lo había dado por sentado. ¿Cómo iba a perdonarlo Jenny por eso? Y menos aún por sus dudas y sospechas.

La puerta del dormitorio se abrió en ese momento, eran la doctora Coswell y Marjorie. Sonriendo a Martin Nesbitt, ésta dijo:

—¿Por qué no bajamos al salón, donde espera mi marido? Creo que deberíamos presentarnos formalmente.

La doctora Coswell esperó a que se fueran para hablar con Christopher.

—Su esposa está durmiendo. Le he dado un sedante suave.

—¿Se encuentra bien?

—Tiene un fuerte dolor de cabeza, pero creo que se le pasará durmiendo. Lo sucedido ha sido muy traumático para ella. Cuando su padre entró en la sala donde se estaba realizando la subasta, todos sus recuerdos cayeron sobre ella en avalancha.

—No ha preguntado por mí, ¿verdad? —Christopher temía que aquel fuera un indicio de que Jenny ya había renunciado a él y a su matrimonio.

Mary Coswell le dedicó una compasiva mirada.

—Déle tiempo para aclararse. Sus emociones y la repentina recuperación de la memoria la han dejado exhausta. Podrá enfrentarse mejor a todo ello tras una noche de sueño. Le he dicho que me llame mañana para decirme qué tal se siente.

Mientras acompañaba a la doctora a la puerta, Christopher sólo podía pensar en su esposa.

Con una percepción que Christopher agradeció silenciosamente, su madre sugirió a Martin Nesbitt que se quedara a pasar la noche en su casa. El padre de Jenny aceptó.

Una vez a solas, Christopher permaneció frente a la puerta del dormitorio, perdido en el silencio reinante, atormentado por los remordimientos. Jenny necesitaba dormir, pero él necesitaba estar a su lado. Abrió cuidadosamente la puerta. Sintiendo un tremendo dolor en su corazón, supo que no podía tumbarse junto a ella, por que, probablemente, Jenny no querría que lo hiciera. De manera qué, tan silenciosamente como pudo, acercó una silla a la cama y se sentó en ella, sin apartar la mirada ni por un momento del rostro de Jenny.

Los primeros cantos de los pájaros despertaron a Jenny. Manteniendo los ojos cerrados comprobó que el terrible dolor de cabeza había desaparecido. Había surgido a la misma velocidad con que habían regresado sus recuerdos al ver a su padre en la sala de la subasta.

Su padre.

Marty.

La carta que encontró en el ático entre las cosas de su madre fue una terrible conmoción que hizo tambalearse los pilares de su identidad. El padre que había admirado y amado mientras crecía no era su verdadero padre. Su madre había mantenido el secreto durante toda su vida. ¿Porque se avergonzaba de la aventura que tuvo con Marty Nesbitt? ¿Por que estaba avergonzada de él?

Las semanas que pasó sin saber o no si buscar a su padre biológico, la alteraron mucho. Pero tras contratar al investigador privado supo que ya no había marcha atrás. Le gustó Marty desde su primera conversación telefónica. Pero tuvo miedo de decírselo a Christopher…

Christopher.

¿Qué estaría pensando? Había mantenido el secreto durante meses, temiendo perderlo si le revelaba sus verdaderos orígenes. Christopher se había casado con ella por quien creía que era. La condición social de sus padres formaba parte de su identidad. La escena de la noche anterior pasó como un relámpago tras sus párpados cerrados. La familia de Christopher, sus padres y colegas habían sido testigos de todo. Todos sabían que su padre no era un doctor, sino un ex convicto.

¿Pero qué más daba? Aunque los cotilleos ya hubieran empezado, ya no tenía nada de qué avergonzarse, al principio le asustó la idea de tener por padre a un hombre que había estado en prisión, pero cuando conoció a Marty y vio cómo había reformado su vida, se sintió orgullosa de él. Y si Christopher no podía aceptarla por quién era, entonces, por mucho que lo amara, tal vez no podrían estar juntos.

La pasada noche se había sentido demasiado inquieta como para verlo, sabiendo que probablemente habría desaprobación en su rostro, enfado porque no le hubiera contado lo de su padre. Abrió los ojos, dispuesta a salir de la cama e ir en busca de Christopher…

Se quedó paralizada. Su marido estaba sentado en una silla junto a la cama, con la cabeza apoyada contra el respaldo y los pies sobre la cama.

Jenny debió hacer algún ruido, porque Christopher abrió los ojos y se irguió en la silla. Por la intensa mirada que le dedicó, ella supo que debía abordar el tema de inmediato.

—Siento lo de anoche, y siento no haberte contado lo de mi padre. Temía perderte.

El canto de un pájaro llenó el silencio que siguió a sus palabras.

—¿Llegaste a saber alguna vez que me tenías a mí, que contabas con mi amor? —preguntó Christopher.

Inesperadamente, los ojos de Jenny se llenaron de lágrimas.

Inclinándose hacia ella, Christopher la tomó de la mano con cautela, como si temiera que fuera a apartarse.

—No tienes nada de qué avergonzarte. Yo sí. Demasiadas cosas. Di por sentado que contaba contigo y con nuestro matrimonio. Hasta que sufriste el accidente no comprendí que un matrimonio necesita cuidados y cariño para crecer. No me di cuenta de que te estaba dejando al margen, protegiéndome contra la clase de intimidad que sentía que querías. Esta noche he pasado muchas horas pensando en mi fracaso como marido.

—Tu no has fracasado, Christopher. Yo no tuve el valor suficiente para…

—Te he fallado —dijo él, con voz grave—. Si hubieras sabido que de verdad te quería, me habrías contado lo de tu padre.

Jenny se irguió en la cama y se deslizó hacia él.

—Debí decirte que me sentía sola, que me daba miedo tener hijos porque no sabía si nuestro matrimonio era lo suficientemente fuerte como para darles el apoyo y el amor que necesitarían. No debería haber puesto mis sueños a un lado y haber dependido tanto de ti.

Christopher la miró a los ojos.

—Te amé desde el primer momento en que te vi, pero nunca te lo dije lo suficiente… si es que te lo dije alguna vez. Supongo que pensaba que mi deseo era suficiente demostración. Pero cuando empecé a creer… —se aclaró la garganta—. Siento haber dudado de ti. No tengo ninguna excusa, excepto que, tal vez, de quien realmente dudaba era de mí mismo. En el fondo, sabía que no te estaba amando lo suficiente.

—¿Cuánto es suficiente? —preguntó Jenny con suavidad.

Tras unos momentos, Christopher dijo:

—Suficiente es poner tus sueños y deseos junto a los míos, no detrás. Suficiente es pasar tiempo contigo sin más razón que estar juntos. Suficiente es criar unos hijos que serán sinceros y cariñosos y que sabrán cómo confiar mucho mejor que yo.

Parecía tan inseguro y vulnerable, como si ella aún pudiera rechazarlo. Pero ni podía ni quería. Ni en esta vida ni en la siguiente.

—Te quiero, Christopher. ¿Me harás el amor?

La tensión del rostro de Christopher se relajó de modo evidente. Tomó una mano de Jenny y la besó con tanta ternura que ella estuvo a punto de romper a llorar.

Él se levantó y se tumbó en la cama junto a ella. Apartándole un mechón de pelo de la frente dijo:

—He llegado a la conclusión de que, tras tu accidente me olvidaste a mí y a nuestro matrimonio porque yo no te había querido lo suficiente. Te prometo que durante los próximos sesenta o setenta años, por lo menos, nunca olvidaré cuánto te quiero.

Jenny rodeó a su marido con los brazos, y mientras él la besaba, su fervor le dijo que había creído cada una de sus palabras.

Epílogo

El ocho de junio, Jenny estaba en el cuarto de estar de su casa, vestida de novia, sintiéndose tan nerviosa como se sintió el día de su primera boda Los invitados se habían reunido en el jardín para ver cómo Christopher y ella renovaban sus votos matrimoniales.

Su padre estaba tras las puertas de cristal del salón, esperándola. Era el cumpleaños de Marty. Eso indicaban los números que había en el papel que encontró en se cartera. Le pareció que aquel sería un día perfecto para celebración, ya que Marty había hecho que Christopher y ella volvieran a encontrarse realmente.

—¿Lista para casarte? —Christopher sonrió mientras se acercaba a ella con su esmoquin negro y un pequeño paquete en la mano.

—Para recasarnos —corrigió ella.

Christopher le alzó la barbilla y la besó con ternura.

—Jud ha mandado un regalo. Pero sólo está tu nombre escrito en la caja, aunque había una nota para lo dos. Dice que lamenta no poder venir, aunque lo hará en cuanto pueda. Está muy ocupado en el rancho.

Jenny tomó la cajita de la mano de Christopher y la abrió. Dentro había una cuerda atada con un fuerte nudo.

—Es un regalo bastante extraño, ¿no te parece? —preguntó Christopher.

Jenny sonrió.

—Cuando volvimos de Nueva York y escuchamos el mensaje de Marty, te disgustaste mucho. Me sentía tan desorientada que llamé a Jud para pedirle consejo.

—¿A Jud?

—No te sorprendas tanto. Cuando vino a traerte el caballo sentí que nos llevábamos muy bien y que sabría escucharme.

—A diferencia de Luke, que creyó lo que yo le dije, ¿no? Hiciste bien en llamar a Jud. Él insistió desde el principio en que tú nunca me habrías engañado.

—Luke sólo estaba siendo leal contigo, y eso lo entiendo. Y Jud me ayudó cuando lo llamé. Me dijo que si para que me escucharas hacía falta que te atara, que lo hiciera.

Christopher rió.

—Jud me conoce bien —sacó la cuerda de la caja y se la alcanzó a Jenny—. ¿Crees que la necesitarás?

Jenny miró amorosamente a su marido.

—No —presionando la cuerda en su mano, preguntó—: ¿Qué crees que deberíamos hacer con ella? Christopher le guiñó un ojo.

—La colgaré en mi despacho para recordar que siempre debo escucharte. Aunque ser atado por ti podría resultar muy divertido.

—¿Vas a decirme de una vez dónde vamos a pasar nuestra segunda luna de miel? —preguntó Jenny. Christopher había mantenido en secreto su destino, diciéndole que quería sorprenderla.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Le has dicho a Pauline lo que debía meter en las maletas, pero puede que yo quiera añadir algunas cosas.

—Esta noche vamos a dormir en un hotel… y te aseguro que allí no necesitarás ninguna ropa —la sonrisa de Christopher recordó a Jenny las noches, tardes y mañanas que habían pasado juntos desde el día de la subasta—. Mañana volaremos a Curaçao.

—¿Curaçao? —repitió Jenny, encantada—. ¡Qué maravilla!

Christopher la rodeó por la cintura con los brazos y la besó en el cuello.

—Un paraíso tropical, una suite de lujo y tiempo para hacer el amor, nadar y contar las estrellas. Pero antes de irnos tenemos unos cuantos amigos y familiares esperando fuera para atestiguar la renovación de nuestros votos.

Cuando salieron al jardín, Jenny tomó el brazo que le ofreció su padre y el ramo de rosas que le entregó Marjorie. Luego Christopher y ella se colocaron frente a frente, junto al oficiante.

Marty sonrió a su hija y susurró junto a su oído:

—Es un buen tipo.

Christopher y su padre habían pasado bastante tiempo juntos últimamente, y se llevaban muy bien.

—Es un hombre muy especial —dijo Jenny—. Y estoy dispuesta a casarme con él de nuevo.

Un violinista empezó a tocar y el padre de Jenny se apartó a un lado.

El oficiante comenzó la ceremonia.

—Estamos aquí para renovar el matrimonio de Christopher y Jenny Langston.

Jenny miró a su marido y sonrió. Él le devolvió la sonrisa, le apretó la mano y vocalizó sin pronunciar:

—Te quiero.

Ella hizo lo mismo y ambos se volvieron hacia el frente, sabiendo que miraban en la misma dirección, convencidos de que el amor los mantendría unidos para siempre.

Fin